una novela de

JÉSSICA MACEDO



RECHAZADA por el *multimillonario* Italiano

Grupo Editorial Portal

Un romanzo di

JÉSSICA MACEDO

RECHAZADA por el *multimillonario* Italiano

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, ya sea física o electrónica, sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de la portada y el interior

Jéssica Macedo

Corrección y revisión

Sônia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que realmente existieron en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Índice

Sinopsis
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Epílogo
Acerca del autor
Lea también:
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

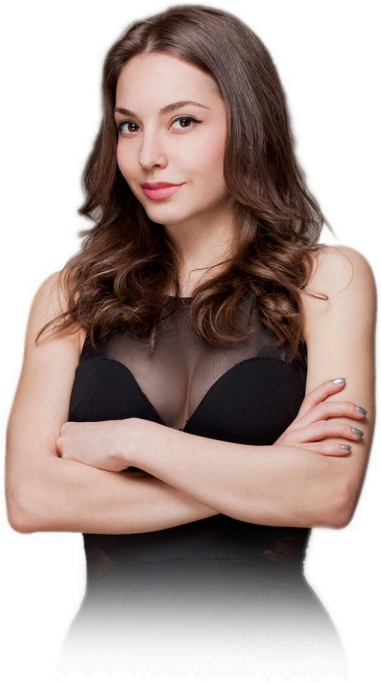
Un sinvergüenza la dejó embarazada y rechazó al bebé.

Rafaela Borges vivió el sueño de conocer Italia después de ser enviada por trabajo a este encantador país europeo. Lo que no planeó fue involucrarse casualmente con un sinvergüenza.

Andrea Carraro era un multimillonario del sector vitivinícola que poseía una hermosa propiedad en la región del Véneto, pero a veces iba a Venecia para hacerse pasar por gondolero y acostarse con turistas a las que nunca volvería a ver.

Rafaela debería haber sido solo una de esas aventuras, pero la joven había sido enviada para negociar la importación de los vinos del multimillonario. Eso le permitió descubrir quién era él en realidad.

El destino hizo que el sexo casual diera fruto, pero el sinvergüenza no creyó que el bebé fuera suyo.



Rafaela Borges

Capítulo uno

Subí apresuradamente la escalera blanca de uno de los puentes sobre los innumerables canales de la hermosa ciudad de Venecia.

—Llego tarde —murmuré en voz baja mientras me ajustaba el asa del bolso, que se me resbalaba del hombro debido al intenso calor.

Estábamos en medio de uno de los veranos más calurosos de la historia de Europa y la temperatura de mi cuerpo, sumada al dolor de cabeza por la insolación, reflejaba cifras muy superiores a los cuarenta grados que marcaban los termómetros. Aun así, nada podía empañar la belleza de la ciudad. Venecia tenía fama mundial y estar allí demostraba lo acertadas que estaban las personas al respecto.

Llevaba unos dos años trabajando para una importadora de vinos en São Paulo y ya había hecho algunos viajes por la empresa, pero era la primera vez que estaba en Italia, aunque llevaba tiempo

negociando directamente con algunos productores locales. Había venido específicamente a la ciudad de San Donà di Piave, conocida por sus viñedos, pero era un pecado pensar que estaría tan cerca de Venecia y no iría a conocerla. Un día libre era todo lo que necesitaba antes de tener que sumergirme en el trabajo y en la búsqueda de complacer a mis jefes, que siempre estaban encima de mí para que la importadora satisfaciera a los perfiles más exigentes.

Me detuve jadeante, apoyando las manos sobre las rodillas frente a un gran cartel que decía «servicio de góndolas» y que estaba a medio camino entre la plaza de San Marcos y el hotel donde me alojaba. Había comprado un billete por Internet para un paseo compartido y el punto de encuentro parecía ser ese.

Respiré hondo mientras me pasaba la mano por la frente sudorosa e intentaba arreglarme el pelo revuelto. Con ese calor, tenía que lidiar con mis ondas porque no había forma de mantener el pelo bien peinado. Por no hablar del maquillaje, por suerte solo me había puesto una base mate y protector solar, porque, de lo contrario, ya se me habría corrido por el cuello.

Me acerqué a un hombre con una camisa a rayas y un sombrero redondo. Se fijó en mí y era obvio que era una turista, pero no sería la primera ni la última con la que trataría ese día.

—*¡Hello!* —dije en inglés, que era el único idioma que hablaba además del mío.

—*Prego*. —Se acercó y ladeó la cabeza para oírme mejor.

Empecé a explicarle que tenía un billete de una agencia de viajes y que ese era el punto de encuentro y, según el correo electrónico que había recibido, mi góndola salía en cinco minutos.

No dijo mucho, solo señaló a un grupo que también estaba esperando.

—*Grazie* —me arriesgué a decir «gracias» en el idioma local.

Pronto nos hicieron un gesto para que nos acercáramos a una plataforma de madera donde había una góndola parada cerca. Primero entraron dos señoras, luego un hombre y después yo.

Cuando me acerqué para subir a la góndola, el chico que estaba dentro me tendió la mano y fue entonces cuando lo miré a los ojos. Afortunadamente, el sol brillaba con tanta intensidad que me sirvió de excusa para disimular el rubor de mis mejillas. Ya había visto a varios hombres guapos desde que llegué por la mañana, pero ese en particular me llamó mucho la atención. Vestido como los demás gondoleros, tenía el pelo castaño claro y los ojos color miel. Los rasgos de su rostro eran bien marcados, intensos, al igual que su barbilla y su nariz.

Cuando me empujó hacia delante, me di cuenta de que me había quedado paralizada y me sentí aún más incómoda. La góndola se balanceó y pensé que íbamos a caer, pero él me colocó delante del banco, equilibrando la pequeña embarcación.

—Siéntese, por favor.

—Está bien, gracias.

Puse mi bolso sobre mi regazo y me encogí como una niña que había recibido una reprimenda, pero no podía dejar de mirar al muchacho.

Pronto entraron las otras personas que iban en el paseo compartido conmigo e intenté fingir que la presencia del hombre no me afectaba tanto.

¡Contrólate, Rafaela!

Me había tomado ese día libre, así que pronto tendría que volver a ser muy profesional, pero eso no significaba que pudiera acosar al gondolero. En los últimos años de mi vida me había dedicado tanto a mi futuro profesional que había dejado de lado a los chicos y a las citas. Por no hablar de que mi última relación había dejado huellas en las que no quería pensar en ese momento.

La embarcación se movió balanceándose ligeramente hacia un lado, pero esta vez no tuve tanto miedo de caer al agua.

El gondolero nos guió por debajo de un puente, como si fuera un túnel, y allí, sin la fuerte incidencia del sol de uno de los veranos más calurosos de Europa de los últimos años, parecía más fresco y cómodo.

Abrí mi bolso, buscando el móvil. Necesitaba hacer varias fotos y grabar ese momento que sin duda guardaría para toda mi vida. En cuanto nos alejamos del gran canal, empezamos a pasar por otros aún más pequeños. Era curioso pensar en cómo eran las calles de esa ciudad. Para mí, que estaba acostumbrada al caótico tráfico de São Paulo, con sus coches yendo y viniendo, sus bocinas y mucha contaminación, Venecia me ofrecía un momento de calma para observar todo lo que había a mi alrededor.

Me recosté un poco más en el asiento de la góndola y sonreí mientras tomaba algunas fotos del Puente de los Suspiros, que se encontraba en el Palacio Ducal, en la plaza de San Marcos. Era una estructura de tonos blancos, pero envejecida por el paso del tiempo. Pude ver a algunas personas pasando por dentro a través de una pequeña ventana con una reja de hierro, pero del mismo color que el resto del puente.

Las otras personas que estaban conmigo en la góndola parecían tan maravilladas como yo. Sería una gran sorpresa si actuaran de otra manera.

Otra embarcación acabó chocando contra nosotros y solté un gritito cuando algunas gotas me salpicaron.

—*Scuza* —dijo el gondolero mientras tomaba un pañuelo y me lo entregaba.

—Gracias. —Sonreí con la mayor emoción del mundo, sin poder disimular mientras me secaba con su pañuelo.

Entre los canales y las construcciones, que parecían casas de varios pisos y palacetes construidos hace siglos, el tiempo pasó

mucho más rápido de lo que hubiera querido, y pronto regresamos al gran canal, nuestro punto de partida del servicio de góndolas, donde un joven acercó la góndola a la orilla y me ayudó a bajar.

Solté un suspiro de pesar, quería disfrutar un poco más del paseo, pero no había nada que hacer. Me quedé parada como un palo sobre el pavimento de piedra mientras observaba al gondolero alejarse.

Él me miró, dándose cuenta de que lo estaba mirando fijamente. Me sentí avergonzada y mis mejillas se sonrojaron de nuevo, lo que hizo aún más difícil disimular.

¡Qué tonta!

Me giré rápidamente y fingí mirar una máscara en uno de los muchos puestos de souvenirs que había a lo largo de la calle, pero cuando me giré, ya no estaba allí, era como si hubiera desaparecido.

Supuse que se había ido a otro paseo con el siguiente grupo de turistas. Si quería aprovechar mi único día en Venecia, era mejor que yo también siguiera adelante.



Andrea Carraro

Capítulo dos

Ir a Venecia era una especie de escape de mi realidad. En esa ciudad tan turística y llena de gente de todos los rincones del mundo, yo era solo una cara más entre la multitud, nada más. La gente no sabía que había heredado una bodega muy rentable que exportaba a todo el mundo.

Greco era un viejo conocido, propietario de uno de los principales puntos de paseos en góndola, muy cerca de la plaza de San Marcos. Cuando venía a relajarme a la ciudad, me dejaba hacer algunos trabajos esporádicos como gondolero. Era divertido y me permitía coquetear con algunas turistas que viajaban solas.

Mi *nona*, cuando vivía, se reía de mí y decía que tenía el espíritu aventurero de mi padre. Mi madre la corregía, diciendo que en realidad lo que yo tenía era un carácter más bien travieso.

De todos modos, yo me divertía.

Desde lejos, perdida entre la multitud que compraba abanicos y sombreros debido al intenso calor, seguí a la turista hasta que la perdí de vista, probablemente en la cola para entrar en el palacio ducal.

Volví a la carpa donde había otros gondoleros que trabajaban para Greco. El sol era tan intenso que sentí que los turistas habían renunciado al paseo por el momento, posponiéndolo para más tarde, al menos por unas horas, aunque en verano el sol tardaba mucho en ponerse.

Tenía la esperanza de que alrededor de las cinco de la tarde estuviera más fresco.

Cuando se acercó una pareja de turistas, uno de los gondoleros se levantó del banco de madera y yo lo dejé ir, fue mejor así, porque justo después mi móvil empezó a sonar y me vi obligado a contestar.

—Graciela, ¿qué pasa?

—¿Es esa forma de atender a tu querida hermana? —refunfuñó al otro lado de la línea.

—Nunca me llamas solo para conversar.

—Tienes razón. Me tomo los asuntos de nuestra familia un poco más en serio.

—No exageres, me dedico muy bien a lo que es necesario.

—A veces.

—Como si mis visitas esporádicas a Venecia fueran un gran problema.

—Sí, no lo son. En fin, solo quería recordarte la reunión que tendremos con una representante de una importadora brasileña. Brasil es un mercado muy grande en el que necesitamos consolidarnos.

—Soy consciente de ello.

—Genial, solo quiero que no prolongues tu viaje y te olvides.

—Estaré allí para reunirme con ella. Por cierto, ¿tienes algún nombre o una foto?

—¿Por qué quieres una foto de la mujer, Andrea?

—Solo para prepararme para la reunión.

—Contrólate.

—Dime el nombre, Graciela.

—Rafaela Borges.

—Grazie.

—Vuelve pronto.

—De acuerdo. —Colgué el teléfono y, curioso, escribí el nombre de la brasileña en un buscador y, para mi sorpresa, encontré su perfil en LinkedIn—. No puede ser. —Me reí solo.

—¿Qué pasa, principito? —Greco se acercó a mí con curiosidad.

—¿Es o no es esta la chica que se bajó de mi góndola?

—Sí. —Frunció el ceño mientras se mordía el labio inferior, pensativo—. Parece que es ella. Te estás volviendo más peligroso de lo que imaginaba. Ahora puedes descubrir a las turistas en Internet solo con ver su rostro.

—No fue exactamente así. —Tuve que admitir.

—Explícame eso mejor.

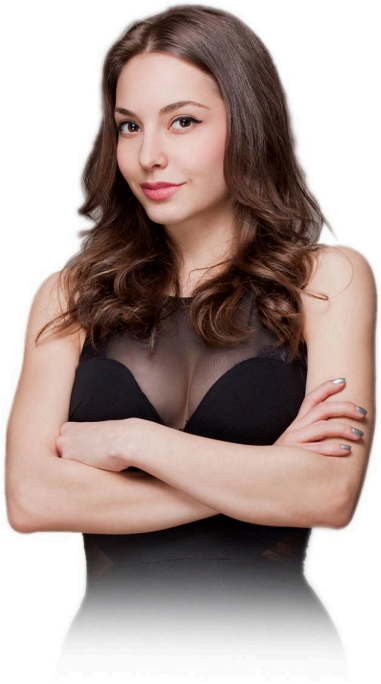
—Parece que esta mujer pertenece a una importadora de vinos brasileña que quiere hacer negocios conmigo.

—¡Qué coincidencia!

—Sí. —Esbocé una sonrisa en el rabillo de los labios—. ¿Qué probabilidades había de volver a encontrarla aquí?

—Venecia es una ciudad pequeña. —Greco se encogió de hombros.

—Ya lo veremos —murmuré pensativo, con una sonrisa cada vez más maliciosa en los labios.



Rafaela Borges

Capítulo tres

Había reservado una sola noche en un hotel cerca del Gran Canal, a menos de un kilómetro de la plaza de San Marcos, la zona donde se concentraba el mayor número de turistas y, por consiguiente, las tiendas más caras. Pero después de años de duro trabajo, no había nada de malo en disfrutar una sola noche de los placeres que una de las ciudades más románticas de Europa podía ofrecer.

Había elaborado un pequeño itinerario mental. Caminaría hasta el puente de Rialto, la principal conexión entre ambos lados del Gran Canal. Tomaría algunas fotos en puentes más pequeños y del horizonte de la ciudad antes de elegir un buen lugar para cenar. Por último, volvería al hotel, ya que tenía que madrugar para una de las reuniones de negocios más importantes de mi carrera. Si conseguía esos proveedores, mi jefe estaría muy contento conmigo y podría obtener la bonificación por la que llevaba tanto tiempo trabajando.

A cada paso que daba hacia el puente, me fijaba en la gente. Había personas de todo el mundo, con ropa diferente y hablando innumerables idiomas. Era increíble y me dejaba completamente encantada.

Cuando me acerqué, los comercios ya estaban cerrados. Definitivamente había perdido la noción del tiempo, pero al menos pude tomarme algunas selfies con la maravillosa vista y algunos barcos pasaron justo en ese momento, lo que hizo que la imagen fuera aún más bonita. Me fijé en una de las fotos y decidí que merecía incluso un marco.

Después de quedarme allí hasta que el sol se puso por completo y la ciudad se iluminó, me di cuenta de que mi estómago estaba rugiendo. Había un lugar maravilloso para explorar, pero no podría hacerlo en un solo día.

Volví por el camino que había recorrido hasta allí mientras decidía dónde cenar.

Suspiré al ver a unos novios vestidos para la boda en una de las góndolas. Los estaba fotografiando un profesional y se veían muy enamorados.

Giré la cabeza hacia otro lado. No quería pensar en lo sola que estaba, sino en disfrutar lo mejor que pudiera, porque no sabía si tendría la oportunidad de volver.

Entré en un restaurante encantador, con mesas de madera y una bonita pintura de una bodega en una pared decorada con enredaderas y uvas de plástico.

Un camarero simpático y también guapo se acercó a mí.

Una cosa podía decir: aquel lugar era un bálsamo para mis ojos cansados.

—¿Está acompañada?

—No, estoy sola.

Me sonrió, mostrando sus dientes, y lo seguí hasta una mesa pequeña en la que solo cabían dos personas, pero que para mí era perfecta.

Puse mi bolso en la silla de enfrente y abrí la servilleta de tela sobre mi regazo.

Cuando el camarero se acercó y me entregó el menú, pedí un risotto de marisco, ya que no me apetecía comer pizza. Ellos pudieron haber inventado el plato, pero nosotros lo perfeccionamos. Tuve que salir del país para darme cuenta de algunas cosas.

—Por favor, también quiero una botella de agua.

—Sí, señorita.

—Gracias.

Estaba mirando distraídamente la puerta de entrada, fijándome en la madera rojiza y la decoración floral, cuando me llevé una sorpresa. El mismo hombre que había conducido la góndola en mi paseo matutino entró en el restaurante. Aunque llevaba ropa diferente, me había fijado tanto en él que me resultó imposible no reconocerlo.

Aparté la mirada sintiendo cómo se me sonrojaban las mejillas al darme cuenta de que él se había percatado de que lo estaba mirando. Era la segunda vez que me pasaba lo mismo en el mismo día y me sentía cada vez más incómoda.

Pero cómo no mirarlo...

¡Rafaela!

Respiré hondo y tomé un sorbo del agua que había visto que el camarero había traído junto con una cesta de pan.

Cuando volví a mirar en su dirección, sin poder ocultarlo, me llevé un gran susto al darme cuenta de que se había acercado y estaba frente a mi mesa, con la mano sobre la silla vacía.

—*Ciao*...

—Ah... Hola... —Me sentí muy incómoda y esa simple palabra se me escapó de la boca en portugués.

—¿Esperas a alguien? —Me preguntó en inglés para que pudiera entenderlo y lo único que pude hacer fue negar con la cabeza—. ¿Puedo sentarme contigo?

¡Sí! ¡Por supuesto! ¡Obvio!

Solo pude asentir y él acercó la silla, sentándose frente a mí y dedicándome una sonrisa que me derritió más que el intenso sol que había brillado durante todo el día.

—¿Te gusta la ciudad?

—Mucho. Es completamente encantadora...

Abrió la boca y pensé que iba a hacerme más preguntas, pero antes de que pudiera, un camarero se detuvo cerca de nosotros y acabó distrayendo al hombre al que aún no había tenido oportunidad de preguntarle su nombre.

Hablaron en italiano y yo capté alguna que otra palabra, pero no lo suficiente como para entender lo que decían.

En cuanto el camarero se alejó, él se giró y se inclinó hacia mí.

—Espero que te guste el vino, he pedido una botella del especial de la casa para los dos.

—Me gusta el vino. —Me pasé la mano por la cara, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja. Preferí no decirle que trabajaba en eso y acabar haciendo la situación más incómoda de lo que ya era.

Intenté relajarme un poco, apretando mis muslos debajo de la mesa, pero posiblemente fracasé en la tarea.

La falta de contacto amoroso con el sexo opuesto probablemente había contribuido a mi total incapacidad ante él. Era

una mujer madura, con una carrera consolidada, pero parecía una adolescente ante su primer *amor*.

Me arreglé la servilleta de tela sobre el regazo, corrigiendo mi postura y proyectando una imagen más segura, al menos eso fue lo que intenté.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando como gondolero? —Intenté entablar conversación para aliviar la tensión del ambiente y, al mismo tiempo, no quería que el chico saliera corriendo porque me sentía demasiado incómoda ante él.

—Solo de vez en cuando. —Él amplió su sonrisa y mis ganas de acercarme a él se hicieron más grandes.

—Entonces tiene otros trabajos.

—Algunos. —Al mismo tiempo que parecía estar dándome información sobre él, el tipo se mostraba muy misterioso.

—¿Cómo te llamas? —Volví a beber agua para intentar disimular mi curiosidad, que estaba desbordándose.

—Andrea.

—Es un nombre bonito.

Se inclinó hacia mí y pensé que iba a continuar la conversación, pero nos interrumpió de nuevo el camarero, que se cruzó entre nosotros para servir las copas de vino tinto sobre la mesa.

—*Grazie*. —Andrea tomó la copa, olió el líquido y dio un pequeño sorbo, disfrutando del sabor como un conocedor de vinos, y asintió con la cabeza, permitiendo que el camarero completara la copa y luego me sirviera a mí—. A ver si te gusta.

—Gracias. —Probé el vino, pero estaba tan interesada en el hombre sentado a la mesa frente a mí que no me habría importado si fuera el peor Bardolino que hubiera probado nunca, habría dicho

que estaba bueno solo para no ofender, pero el sabor era realmente agradable y me hizo sonreír—. Está bueno.

Él asintió y le dijo al camarero que dejara la botella en la mesa. El hombre volvió a acercarse a nosotros y yo deseé que tardara en volver con los platos. En ese momento tenía intereses mucho más importantes que la comida.

—¿Y tu nombre?

—¿El mío? —Casi me atraganto con el vino.

—Sí, el suyo.

—Rafaela. —Tuve que contenerme para no empezar a reír. Si estuviera observando esa situación desde fuera, me estaría divirtiendo mucho con lo torpe que estaba resultando ser en todo esto.

—Es un placer conocerte, Rafaela.

—Gracias.

El placer es todo mío, pero me guardé ese pensamiento para mí.

Antes de que la conversación continuara, el camarero volvió con nuestros entrantes y probé un carpaccio de calamar con ricotta que estaba delicioso.

—¿Ha venido a Venecia de vacaciones? —Volvió a sacar el tema.

—Por una noche, sí.

—¿Por qué tan poco tiempo?

—He venido a Italia por negocios y lo máximo que me he podido permitir ha sido esta noche.

—Es una pena, pero eso explica porqué estás sola en una de las ciudades más románticas del mundo.

—¿Entonces está prohibido venir sola a Venecia?

—No he dicho eso. —Dio otro sorbo al vino y me miró de reojo con un aire encantador que hizo que mi corazón latiera aún más rápido. Pensaba que tendría innumerables motivos para no olvidar aquella noche, pero cada momento que pasaba estaba más segura de ello.

—¿Así que dejaste a una mujer enamorada en algún lugar de la ciudad y viniste a sentarte a la mesa de una extranjera?

—Yo también soy de los que vienen solos a Venecia.

—¿Vienes? —Entrecerré los ojos ante esa palabra que sonaba extraña a mis oídos—. ¿No vives aquí?

—No.

—¿Vienes a hacer un trabajo ocasional como gondolero de vez en cuando?

—Digamos que sí. —Seguía sonriendo y, si por mí fuera, podría quedarme contemplándolo el resto de la noche—. ¿Eres brasileña?

—¿Mi falta de habilidad con el italiano me delató?

—No. —Se rió—. Solo algunas palabras que se te escaparon en portugués.

—¿Hablas portugués?

—Tanto como tú hablas italiano.

Nos reímos juntos.

—Quizás pueda enseñarte.

—Me encantaría. —Se inclinó y puso su mano sobre la mía. Mi corazón dio un salto en mi pecho y comenzó a latir más rápido. La forma en que avanzaba nuestro coqueteo me hacía sentir aún más involucrada y cómoda estando frente a él.

El simple hecho de conocer Venecia en persona ya era un sueño hecho realidad. Cenar con un italiano guapo en compañía de

un buen vino era mucho más de lo que podía desear.

Después del plato principal, pedí un tiramisú. El postre típicamente italiano tenía un sabor cremoso y suaves notas de café.

Andrea no pidió postre, solo se quedó mirándome mientras yo comía.

Después de un rato, miré a mi alrededor y me di cuenta de que el restaurante estaba prácticamente vacío. Solo estábamos nosotros y los camareros, que parecían algo inquietos. Dada la franqueza de los italianos, casi preveía el momento en que se acercarían a nosotros y nos dirían que iban a cerrar.

—Creo que será mejor que pidamos la cuenta. —Me incliné hacia atrás para tomar mi cartera del bolso.

—Oye... —Se inclinó hacia mí y puso su mano sobre la mía, haciendo que volviera a meter la cartera en el bolso—. Déjame pagar.

—¿Estás seguro?

Asintió con la cabeza.

No sabía exactamente cuánto ganaba como gondolero ni a qué más se dedicaba, pero solo por el hecho de ser en euros, al convertirlo podría ser mucho más que mi sueldo en reales.

—Gracias.

—De nada —llamó al camarero y pagó nuestra cena con una tarjeta de crédito, así que ni siquiera pude saber exactamente cuánto había sido la cuenta.

Aunque fue un detalle por su parte pagar, me sentí incómoda cuando me di cuenta de que tenía que levantarme e irme. Pero ya debería haberme acostumbrado al hecho de que todo lo bueno dura poco.

Doblé la servilleta, la dejé sobre la mesa y me levanté.

—Me encantó conocerte, Andrea.

—A mí también.

Nos levantamos y fuimos juntos hasta la entrada del restaurante. Pensé que se despediría de mí en ese momento y que nunca volvería a verlo, pero no fue exactamente así.

—¿Te alojas cerca de aquí?

—No muy lejos.

—¿Quieres que te lleve?

—No he visto muchos coches por aquí, ni calles para ello.

—Usamos barcos. —Frunció el ceño.

—¡Claro! —Me reí torpemente por mi comentario.

En la parte de la ciudad donde me encontraba, la zona turística cerca de la plaza de San Marcos, las calles eran estrechas como callejones y había muchos canales, pero no había espacio para los coches. Solo había visto algunos aparcados cerca de la estación de tren cuando llegué. Sin embargo, como no estaba muy lejos del hotel, no veía ningún problema en ir andando sola. Pero la compañía de Andrea podía hacer que todo fuera aún mejor.

—Tienes una góndola.

—Sí —respondió, aunque yo había hecho una afirmación y no una pregunta—. Puedo llevarte allí si quieres.

—¡Por supuesto que quiero! —Me llevé las manos a la boca, cubriéndola inmediatamente cuando se me escapó algo que debería haber guardado solo para mis pensamientos.

Él simplemente esbozó una breve sonrisa, sin mostrar los dientes, y se humedeció los labios de una manera que me provocó un cosquilleo entre las piernas. Podría ser solo mi impresión, pero cada vez estaba más convencida de que yo no era la única interesada allí.

—Ven.

Me indicó el camino y lo seguí hasta uno de los canales a pocos metros del restaurante donde estábamos. Había unos escalones de hormigón hasta la línea de agua, donde pude ver, a través de la luz de las farolas y las fachadas de las casas, algunos peces nadando. Andrea se adelantó y acercó la góndola con una cuerda que estaba atada a uno de los postes de la orilla del canal.

El italiano entró primero en la pequeña embarcación y luego me tendió la mano para que me uniera a él. En ese momento, como solo estábamos nosotros dos, no mostró ningún pudor en acercarme mucho más a él, casi como una excusa para que me mantuviera estable en la embarcación.

Me acerqué más a su cuello y sentí su perfume. Era intenso, amaderado y masculino, de una forma que solo intensificó aún más el latido entre mis muslos. Me humedecí los labios y tuve que contenerme para no olerlo más de cerca y llenar mis fosas nasales con su aroma. Tenía una extraña y deliciosa mezcla de madera, mar y viñedos. Las dos primeras eran obvias, pero la última me causó inquietud. Debía ser algún efecto del vino que tomamos juntos.

—¿Dónde te alojas?

Tuve que buscar la dirección en mi móvil y, para no correr el riesgo de pronunciarla mal, pensé que era mejor enseñarle la imagen de la pantalla.

—Aquí.

—Sé dónde está.

—Genial.

Empezó a mover la pequeña góndola y yo me acomodé cuando el barco comenzó a balancearse. No quería arruinar esa noche mágica corriendo el riesgo de caer al canal y ahogarme.

Recordaba muy bien cómo había sido el paseo durante el día, el brillo del sol en los edificios, el color de las fachadas e incluso la ropa colgada en tendederos suspendidos en las calles, pero la magia

de esa ciudad parecía aún más intensa por la noche. El brillo de las luces y las lámparas en el cielo reflejaba el paisaje en el agua de los canales como si fuera un espejo y lo hacía todo aún más hermoso.

No sabía exactamente si Andrea me estaba llevando a la dirección correcta, pero cuando detuvo la góndola debajo de un puente donde no parecía haber mucho más que edificios y vehículos aparcados vacíos, supuse que ese no era exactamente el lugar donde yo me alojaba.

—¿Qué ha pasado? —Me giré hacia él.

—Solo quería mostrarte mi lugar favorito de la ciudad, aunque no sea el más turístico. Bueno, tal vez me guste porque es uno de los más tranquilos.

—Es precioso. —Me recosté mejor en el asiento de tapicería roja y observé el canal que se extendía en el horizonte y los puntos luminosos reflejados en el agua. El cielo estaba iluminado por una increíble luna llena que parecía un enorme queso amarillo y los puentes parecían estar hechos de mármol, al igual que la fachada del palacio ducal, con balaustres y toda la estructura bien tallada, imaginé que habían sido hechos a mano hacía mucho tiempo.

Suspiré al darme cuenta de que Andrea había detenido la embarcación y se había sentado a mi lado, hasta el punto de sentir su camisa rozando mi brazo. El hecho de estar debajo de uno de los puentes había hecho que el clima fuera un poco más fresco y agradable.

—Venecia es realmente una ciudad maravillosa.

—Sí. —Sentí su aliento cerca de mi cuello y se me erizó la piel por su proximidad.

Me giré hacia el italiano y mis ojos se encontraron con los suyos. Había una sombra del puente sobre su rostro, pero no era suficiente para ocultar la belleza de las facciones de aquel hombre. Si aquello era un sueño, no quería despertar. Mi respiración se volvió

más pesada y se me secó la boca, lo que me hizo salivar, pero no me atreví ni por un momento a apartar la mirada. Él tampoco.

—Andrea...

—Eres preciosa. —No era exactamente lo que esperaba oír, pero al mismo tiempo era exactamente lo que quería oír.

—Gracias. —Me sentí incómoda y me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja, y él posó su mano sobre la mía para ayudarme.

Su dedo se deslizó por el lado de mi cara, rodeándola, y acercó mi mentón hacia él. Finalmente, acabé con la distancia que había entre nuestros labios y sentí el sabor de su boca, haciendo que mi interior se revolcara aún más.

Su otra mano rodeó mi cintura y me atrajo hacia él, haciendo que su lengua se sumergiera en mi boca. Le correspondí el beso, inclinando la cabeza para permitir un mejor encaje. El agarre del italiano pronto me envolvió. El calor comenzaba donde él me tocaba y se irradiaba por cada célula de mi cuerpo.

Presioné mis labios contra los suyos en una búsqueda desesperada por más. Él apretó mi cintura y dejé escapar un gemido contra sus labios. Sentí que la góndola se balanceaba, pero no me preocupé por su estabilidad en ese momento, ni por el hecho de que nos estuviéramos besando debajo de un puente por donde cualquiera podía pasar.

Una de sus manos subió por mi nuca, sujetándome el pelo con firmeza, mientras la otra se deslizaba por mi muslo. Mis pantalones cortos me parecieron demasiada ropa en ese momento, en el que la tela separaba mi piel hormigueante de su tacto tan firme. Volvió a apretar mi cintura y yo jadeé, ansiosa por mucho más que eso.

Acerqué mi cuerpo al suyo, frotando mis tetas, protegidas por el sujetador y la camiseta, contra su pecho, que me sorprendió por su firmeza.

Eché la cabeza hacia atrás cuando su boca se deslizó por mi cuello, provocándome escalofríos incompatibles con el terrible calor del verano. Tuve que apretar los labios para contener un gemido cuando su lengua subió hasta mi oreja y sus dientes mordisquearon mi lóbulo.

Me retorcí, ansiosa por que la mano que tenía en la cintura volviera a bajar. Esa inquietud me estaba volviendo loca. Andrea volvió a apretar mi muslo y fue mi turno de bajar con la boca por su cuello, hasta el primer botón de su camisa. La mano que estaba en mi nuca cayó para unirse a la otra en mi cintura y dejé escapar un gruñido. No tenía ni idea del tamaño del deseo que había dentro de mí hasta que fue despertado por el estímulo adecuado.

En ningún momento de mi vida me imaginé teniendo sexo en un pequeño barco con un desconocido, pero no había nada más seguro que mi deseo de hacerlo. En ese instante, prefería arrepentirme a lamentar haber dado marcha atrás. El calor incontrolable entre mis muslos, alimentado por el peso de sus manos, no me dejaba pensar en otra cosa que no fuera la necesidad desenfrenada de que sus caricias avanzaran un poco más, explorando una zona que debía proteger de caricias inapropiadas.

Un gemido más enfático recorrió el canal donde estaba la góndola cuando me mordió la oreja y sus dedos apretaron un poco más mi cintura.

Más abajo... más cerca...

La necesidad de que me tocara ya rayaba en la intensa desesperación.

Andrea me miró fijamente, clavando su mirada en la mía mientras me bajaba la cremallera de los pantalones cortos. Si hubiera tenido un mínimo de sentido común, habría apartado su mano e impedido que sus delgados dedos se adentraran más allá del fino encaje de mis bragas.

Me moví en el respaldo, levantando un poco la cadera, en una ofrenda casi descarada. Era una locura y una completa insensatez, pero no podía juzgarme en ese momento y nadie más podría hacerlo tampoco.

Me mordí el labio inferior para contener un gemido demasiado fuerte cuando su dedo bajó por el interior de mis labios vaginales mayores, abriéndose paso hasta mi punto de mayor placer. Me incliné más hacia él y le agarré los hombros, clavándole las uñas.

Andrea comenzó a estimularme, subiendo y bajando la mano dentro de mis bragas. Sin ningún pudor. No podía pensar en nada más que en estar con ese hombre, en ese lugar. Mi viaje a Venecia estaba siendo aún más increíble de lo que había imaginado.

Él sacó la mano de mis bragas y, antes de que pudiera protestar, sus dedos envolvieron con precisión mis pantalones cortos y los bajaron hasta mis pies. Por reflejo, moví la cabeza de un lado a otro al darme cuenta de que estaba desnuda de cintura para abajo. No parecía haber nadie en el canal y el hecho de estar bajo el puente nos ocultaba de las miradas de los edificios cercanos, pero aun así era una completa locura.

Pero antes de que pudiera pensar en salir de allí, Andrea se inclinó sobre mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo. El maravilloso sabor de su boca me envolvió. Su deliciosa lengua se entrelazó con la mía mientras sus manos volvían a dibujar mis curvas.

Pasé una de mis piernas alrededor de su cintura, acercándome a él y rozando mi intimidad palpitante de deseo contra el bulto de sus pantalones.

Gemí contra sus labios cuando se apretó aún más contra mí y solo podía pensar: *¡Quítate esos pantalones!*

Me froté más, demostrando mi desesperada necesidad de que él se encajara en mí. Finalmente, Andrea atendió mi súplica, alejándose lo suficiente para abrir la cremallera de sus pantalones.

Sacó un paquete de condones de la cartera y me incliné para ayudarle a ponérselo.

Volví a besarlo y Andrea me sujetó por la cintura, tumbándome en el suelo de la góndola. Jadeé, casi ahogándome con mi propia respiración cuando sentí que me penetraba. El encaje fue perfecto y yo estaba tan mojada que se deslizó con facilidad. Pero solo estar dentro mío no parecía suficiente, quería que se moviera, que me envolviera y me llevara al éxtasis.

Nuestros labios volvieron a encontrarse y, entre jadeos y suspiros, la embarcación se balanceaba con cada embestida que él daba dentro mío.

Enlacé su cintura con mis piernas y lo apreté más contra mi pelvis. Aunque la blusa y el sujetador protegían mis tetas, parecían increíblemente sensibles y disfrutaban de la presión de su pecho masculino contra el mío.

El vaivén era como el movimiento de las olas. El sexo perfecto me estaba volviendo loca y solo quería más.

Cuando el éxtasis explotó por todo mi cuerpo, me sentía increíble. Él siguió encima mío mientras ambos nos recuperábamos de ese maravilloso estallido.

Sin duda, aquella noche en Venecia la recordaría el resto de mi vida y me marcaría para siempre.

Aunque había sido fantástico, me di cuenta de que había terminado cuando Andrea se apartó, se quitó el condón sucio y se subió la cremallera de los pantalones.

—Supongo que aún sabes cómo llegar a mi hotel —dije lo primero que se me pasó por la cabeza porque el silencio me estaba poniendo incómoda.

—Sí, lo sé —respondió con una sonrisa y un aire simpático—. ¿Ya te vas?

Asentí con la cabeza, pero enseguida me sentí una tonta.

Por mucho que haya disfrutado cada segundo de aquella noche con Andrea, era obvio que nunca volveríamos a vernos.



Andrea Carraro

Capítulo cuatro

Admito que las noches en Venecia eran buenas por varios motivos: además de permitirme conocer a algunas mujeres interesantes, en su mayoría turistas, también me permitían olvidar un poco el peso que llevaba sobre mis hombros, lo que significaba mi apellido y todo el legado de mi familia.

Por mucho que a mi hermana Graciela no le gustara mi forma de actuar, cada uno de nosotros encontraba una manera diferente de afrontar la vida y era mejor no discutir sobre ello.

Aparqué el coche en la entrada de mi casa y bajé. Era tarde, pero imaginaba que habría muchos asuntos pendientes por los dos días y medio que había estado fuera, pero nada que no pudiera poner en orden con un poco de esfuerzo, una noche de mal sueño y una buena botella de vino tinto.

—Buenas noches, señor. —Luigi vino a recibirme a la puerta cuando entré en casa.

—¿No deberías estar ya durmiendo?

—Iba a mi habitación cuando oí el ruido del coche al llegar.

—Atento como un lince.

—Siempre, señor. —Se encogió de hombros con falsa modestia.

El señor, de casi sesenta años, trabajaba para mi familia desde que yo tenía uso de razón y había acompañado mi infancia y la de mi hermana. Él también estaba allí y fue un pilar para los dos cuando perdimos a nuestros padres en un terrible accidente de coche. Yo apenas había cumplido los dieciocho años y tenía una hermana de dieciséis que dependía de mí. Si no hubiera sido por él, todo se habría derrumbado.

—Vete a dormir, Luigi. —Pasé junto a él y le di una palmada en el hombro.

—Su hermana está furiosa porque no apareció.

—Como si no hubiera pasado antes.

—Pero, señor...

—Solo me estaba divirtiendo un poco, algo que creo que tú también deberías hacer en lugar de estar solo cuidando de esta familia disfuncional.

—Le prometí a sus padres que siempre estaría aquí.

—Ya ha pasado más de una década. No tienes por qué estar atado a eso para siempre.

—Mi lugar está en esta casa.

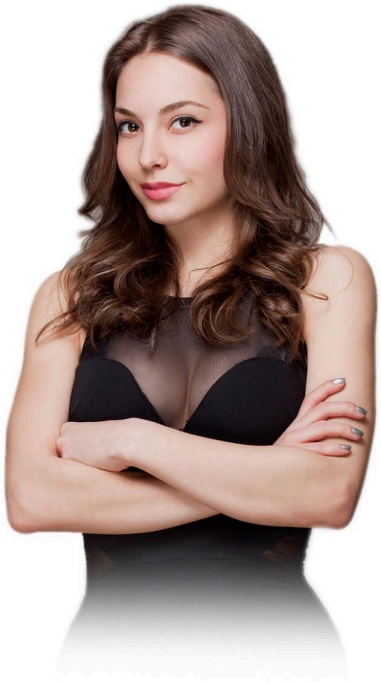
—Claro que sí. —Esbocé una media sonrisa.

Luigi había pasado tanto tiempo cuidando de nosotros que creía que le resultaría difícil imaginar una vida diferente a esa. Más aún a su edad.

—Buenas noches —me despedí de él y subí a mi habitación.

—Buenas noches. —Le oí murmurar antes de cerrar la puerta e ir al baño.

Me iba a dormir porque estaba seguro de que a la mañana siguiente me esperaba un día muy ocupado.



Rafaela Borges

Capítulo cinco

Todo lo bueno dura poco...

Había oído esa frase muchas veces desde mi infancia y ya la había aplicado en varios aspectos de mi vida hasta ese momento. Había ido a Venecia para disfrutar un poco de la ciudad y tenía que admitir que lo había hecho en exceso.

El paseo en góndola, la cena, el sexo...

Miré a ambos lados mientras bajaba del autobús, suponiendo que alguien allí podría siquiera imaginar lo que había pasado. Acostarme con un chico que acababa de conocer en el fondo de un pequeño barco debajo de un puente, sin duda sería la experiencia más loca de mi vida, porque pensaba que con mi rutina centrada en el trabajo, sería difícil pasar por otra así.

Tuve que dejar el hotel donde me alojaba muy temprano; para ser sincera, apenas había dormido. No podía dejar de pensar en

todo lo que había pasado en un solo día, para poder superarlo todo, sin duda necesitaría un poco más de tiempo.

Llegué al lugar de encuentro un poco antes de la hora acordada y esperé frente a una cafetería hasta que apareció un coche para recogerme. El conductor me llamó por mi nombre y se identificó como empleado de la bodega.

Me senté en el asiento trasero y él condujo en silencio hasta el lugar. Había investigado mucho sobre Villa Boschi en Internet antes de llegar. Era una propiedad que atraía a muchos turistas, además de producir vinos considerados entre los mejores del Véneto. Pero ninguna foto se comparaba con la espléndida vista de la mansión en la entrada cuando el conductor se detuvo. Exquisitos jardines rodeaban una casa blanca que no tenía nada que envidiar a ningún palacio europeo.

La fachada combinaba tonos blancos y amarillos y tenía varias estatuas bien colocadas.

—¡Guau!

Y yo que pensaba que mi viaje terminaría al salir de Venecia.

El conductor me abrió la puerta y me ayudó a bajar del coche, pero antes de que diera un paso hacia la entrada, me hizo un gesto para que esperara y contestó una llamada. Esperé unos segundos mientras él escuchaba a alguien al otro lado de la línea.

—Sí, señor, estamos aquí... De acuerdo, se lo diré.

—¿Ha pasado algo? —pregunté preocupada.

Lo único que me faltaba, después de llegar allí, era que me mandaran de vuelta sin siquiera tener la oportunidad de negociar con los responsables de esa bodega. Ni siquiera quería pensar en lo que mi jefe haría conmigo si volvía con las manos vacías.

—El señor Carraro ha dicho que está de camino y que la verá personalmente. Siéntase halagada, porque normalmente es la gerente de la propiedad quien lleva a cabo las negociaciones.

—Está bien. —Esbocé una media sonrisa, sintiéndome feliz y tensa al mismo tiempo.

En ningún momento había hablado con ese tal señor Carraro. Para ser sincera, había investigado mucho sobre los vinos y poco sobre la familia propietaria de la finca. Imaginaba que solo tendría que tratar con Graciela, con quien ya había mantenido algunas conversaciones y llamadas telefónicas.

Me di la vuelta cuando oí el ruido de un coche acercándose. Era un Lamborghini gris, con algunos detalles laterales en color cobre, al igual que las ruedas. Nunca había visto un coche tan bonito y caro tan de cerca. Sin embargo, el vehículo no fue lo que me sorprendió.

Podría haber esperado que saliera cualquiera, desde un viejo barrigudo hasta un playboy mimado, pero cuando la puerta se abrió hacia arriba como el ala de un murciélago y un hombre se inclinó hacia fuera, pisando el suelo de piedras blancas y ajustándose el traje azul claro, casi me caigo de espaldas.

—¿Andrea?

—Hola, Rafaela...

Me pellizqué porque pensé que podría ser algún sueño loco y que mi mente me estaba gastando la broma más descabellada de mi vida, pero no me desperté.

—¿Lista para hablar de negocios? —Me indicó el camino.

No pude contener el impulso de acercarme más.

—¿Sabías quién era yo?

—Me gusta saber exactamente con quién estoy tratando. —Su tono burlón parecía pura provocación.

¿Me había seguido a propósito? Sin duda, Andrea sabía demasiado. Solo con recordar aquellas manos recorriendo mi cuerpo y su boca sobre la mía, no sabía si enfadarme o sonrojarme.

Me enojé al darme cuenta de que probablemente había estado jugando conmigo.

—¿Vienes o no? —insistió para que lo siguiera.

Apreté los labios y necesité unos segundos para recomponerme.

Asentí con la cabeza y seguí al tipo, todavía necesitaba volver a Brasil con un buen acuerdo, aunque él hubiera fingido ser un gondolero para acostarse conmigo.

Había ido a Italia a firmar un contrato de importación y la noche en Venecia podía ser cosa del pasado, o eso intenté creerme.



Andrea Carraro

Capítulo seis

El brillo de furia en su mirada era evidente, pero resultaba un poco gracioso ante aquella situación. Admito que no esperaba que la mujer que había conocido en Venecia fuera la misma enviada por una empresa importadora para cerrar un acuerdo con mi bodega.

Durante el desayuno, mi hermana me había hablado de la llegada de la mujer.

La chica de Venecia...

Tenía que admitir que era una coincidencia bastante divertida, teniendo en cuenta el contexto. Por lo general, los responsables de las importadoras eran viejos *aburridos* que intentaban menospreciar mi producto para conseguir mejores acuerdos. No esperaba a una mujer guapa con un aire divertido con la que ya me había acostado.

Mi hermana se sorprendió cuando le dije que negociaría con ella personalmente. Normalmente huía de eso y prefería lidiar con

números e informes que negociar con personas, pero esa vez sería diferente. Supongo que incluso divertido.

—Tú sabrás. —Graciela se encogió de hombros—. Puedo ocuparme de otros asuntos mientras tú resuelves esto.

—De acuerdo.

—Solo intenta no estropearlo todo. Llevar nuestros vinos a Brasil sería muy interesante para nosotros.

—¿Por qué lo estropearía? —Fingí no entender.

—No me tomes por idiota, hermano.

Graciela me conocía bien y me juzgaba por eso, pero no significaba que me importara mucho.

Si cada uno se ocupaba de su vida, los dos nos llevábamos bien.

Salí de mi recuerdo y volví a mirar a la mujer que caminaba a mi lado.

Rafaela Borges...

Tenía una sonrisa sutil y un aire decidido que me llamaba la atención. Yo era un conquistador y me gustaban las mujeres con ese perfil. Que Rafaela se cruzara en mi camino por segunda vez había sido una coincidencia más que agradable.

Sin embargo, ella no parecía pensar lo mismo. Casi podía sentirla resoplar con cada paso que daba.

—¿Qué pasa? —me atreví a preguntar.

—No puedo creer que lo supieras.

—¿Saber qué? —Fingí no entender.

—Que era yo, cuando pasamos la noche en Venecia.

—No lo sabía.

—Mientes peor de lo que crees.

—No estoy mintiendo.

—Entonces no fuiste a Venecia solo para acercarte a mí.

—Tendría que ser muy bueno para adivinar exactamente a qué empresa de góndolas ibas a ir y quedarme allí esperando hasta encontrarte.

—Aun así... ¿Qué hacías en Venecia?

—Ya te lo he dicho, me gusta ir allí.

—¿A seducir turistas? —Apretó los dientes.

—No hay ningún delito si todo lo que hacemos es completamente consensuado.

Ella apretó los dientes y respiró hondo. Probablemente pensó en lo que podría decir, pero no se le ocurrió nada mejor, así que se quedó callada.

—Solo que no esperaba encontrarme con un depredador...

—¿Has venido aquí para discutir mis hábitos sexuales o para hablar de vino? —Intenté cambiar de tema, lo que solo hizo que apretara los dientes y se enfadara aún más conmigo.

—La empresa para la que trabajo tiene mucho interés en llevar los vinos de Villa Boschi a Brasil.

—Creo que el interés es mutuo, pero tenemos que discutir algunos detalles, ya que no es la única importadora interesada.

—¿No? —Levantó las cejas, algo sorprendida.

Solo negué con la cabeza antes de llegar a una parte del jardín donde había una pérgola de madera oscura, cubierta por una enredadera verde muy viva, que daba sombra a una mesa de hierro blanco y algunas sillas.

—¡Vaya! —No pudo contener la exclamación cuando nos acercamos al lugar.

—¿Te gusta? —Contuve la sonrisa, pero sentí una ligera curvatura en la comisura de mis labios.

—Tienes una propiedad preciosa.

—No tienes ni idea de lo bonita que es. —Le guiñé un ojo y, por mucho que lo intentó evitar, sus mejillas terminaron sonrojándose.

Rafaela carraspeó y acabó girando la cara.

—¿Por qué no te sientas? —Señalé una de las sillas y tiré de otra para que se acomodara.

No tardó mucho en acercarse uno de los empleados, trayendo una bandeja con embutidos, quesos y carnes para degustar con los vinos.

—Quizás ya lo sepas, pero el punto fuerte de Villa Boschi son los tintos, cultivamos la uva Merlot y también Corvina.

—Sí.

—Nuestros vinos han sido premiados en los principales concursos del mundo y algunas botellas de reservas especiales pueden alcanzar un precio de dos mil euros.

—No son vinos populares.

—La calidad justifica el precio —comenté como un típico hombre de negocios.

—Estoy segura de que sí. —Ella mantuvo la postura, como si ya no le diera vueltas a lo que habíamos compartido en la intimidad —. La importadora con la que trabajo da prioridad a los restaurantes para clientes de gama alta. Son paladares muy exigentes que buscan lo mejor del sabor de cada vino.

—¿Por qué no lo pruebas? —Le indiqué su copa e hice un gesto al camarero para que le sirviera.

Rafaela tomó la copa correctamente, siguiendo todo el protocolo antes de oler el líquido y luego tomar una pequeña dosis,

moviéndola por la boca para que cada una de sus papilas gustativas fuera estimulada.

—Está bueno...

—¿Solo bueno? —Me sentí un poco ofendido por su falta de entusiasmo.

—Con cuerpo, pero no muy afrutado. Bueno para paladares que prefieren algo más firme, con menos influencias.

—Se requiere un paladar más refinado y desarrollado para apreciar todos los matices.

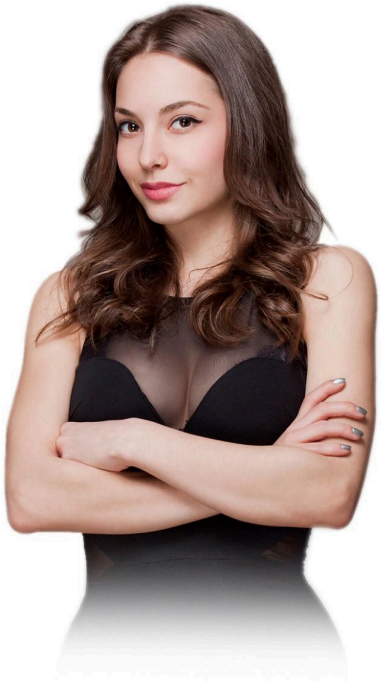
—¿Es el mejor que tienen?

¿Ella estaba jugando conmigo?

Quizás fuera un error de mi parte pensar que no sería como las otras *personas aburridas* con las que mi hermana trataba frecuentemente.

—En realidad, este es nuestro buque insignia, pero tenemos otros vinos.

—Trabajo con paladares muy exigentes. —Se inclinó, pinchó un trozo de queso con un palillo, se lo llevó a la boca y lo masticó lentamente.



Rafaela Borges

Capítulo siete

Mi jefe me diría que estaba volviéndome loca. Tenía que adular a este tipo y asegurarme de volver a casa con un contrato de exclusividad. Ni siquiera podía imaginar lo que pasaría con mi trabajo si contaba que había perdido el negocio por acostarme con el dueño. Sin embargo, esa competencia de egos era más grande de lo que podía controlar.

Andrea podía asegurar que no sabía quién era yo cuando nos encontramos en las góndolas, pero yo estaba segura de que eso no había durado mucho, porque durante el resto de la noche él ya sabía perfectamente quién era yo.

Hizo un gesto al hombre que nos atendía, que se alejó por un momento.

Aunque estaba furiosa por la situación, era imposible no dejarme llevar por el maravilloso ambiente que nos rodeaba. Nunca había estado en una propiedad tan encantadora.

Por muy bonita y romántica que fuera Venecia, esa bodega tenía un encanto especial y, si no fuera por mi enemistad con su propietario, seguramente estaría admirando aún más el lugar.

—Este es uno de nuestros tesoros de la reserva especial —comentó Andrea mientras señalaba la botella que trajo el camarero.

El camarero me sirvió un trago en una copa limpia.

El aroma del vino por sí solo ya era maravilloso e intenté no dejar traslucir lo mucho que me afectaba. Había probado muchos vinos buenos a lo largo de mi vida, pero ese, acompañado de un carpaccio de carne roja, era sin duda una de las mejores cosas que mi paladar había disfrutado jamás.

—Entonces...

—Es agradable... —Contuve mi elogio, pero Andrea no pareció enfadarse esta vez, como si comprendiera que se trataba de una disputa.

—¿Crees que gustará a los paladares más exigentes?

—Es posible.

—Entonces hablemos de lo que realmente importa. Los precios...

—Quiero un descuento del sesenta por ciento sobre el precio de venta al público.

—¿Qué? —Levantó las cejas—. Te has vuelto loca.

—Vamos a revenderlo a restaurantes...

—No más del veinte por ciento.

—Nuestro margen es casi inviable.

—Estoy seguro de que pueden trabajar con eso.

—Cuarenta ya es una cifra más viable.

—Sigue siendo mucho, teniendo en cuenta que somos nosotros quienes producimos el vino. Y hay que mantener la excelencia.

—Treinta. Ya es la mitad de lo que mi jefe me pidió que propusiera y tendré que lidiar con su ira cuando vuelva a Brasil.

—Eres decidida, Rafaela. —Inclinó la cabeza para mirarme mejor. Estaba convencida de no volver a caer en ese encanto y podía mantenerme firme ante esa expresión—. Pero esto no es una broma.

—Nunca dije que lo fuera.

—Entonces hablemos de cifras reales.

—Treinta es lo mínimo que puedo ofrecer para que toda la logística y la comercialización sean viables para la empresa en la que trabajo. Además, necesito exclusividad. Seremos el único importador de Villa Bosch en Brasil.

—Imagino que con tales exigencias debería conseguir un contrato mejor.

—Como si el mercado no funcionara de esa forma. —Me encogí de hombros, sin dejar que intentara imponerse sobre mí—. Seamos honestos, la expansión hacia Brasil puede ser muy beneficiosa para la vinicultura.

—Eso es un hecho, pero no significa que tenga que cerrar el trato contigo.

—No, de hecho no tienes por qué, pero la empresa para la que trabajo es una de las mejores importadoras de América Latina.

—Tienes tan buenos argumentos como bonitos labios, señorita Borges. —Me sonrió con un aire descarado que me dejó desconcertada por unos instantes.

Ese tipo jugaba duro, pero yo no podía volver a casa con las manos vacías ni dejar que mi jefe pensara que haberme elegido había sido una mala decisión.

—Estoy segura de que no te arrepentirás del trato.

—Puede que no.

—Treinta por ciento con exclusividad.

—Durante un año. Veremos cómo va todo, si no estamos satisfechos con la colaboración, podremos vender a otros importadores.

—Dos años...

—Un año —reafirmó—. Eso no es negociable.

—De acuerdo. —Me vi obligada a aceptar, por mucho que esperaba salir de allí con una negociación mejor, dada la situación, creía que era lo suficientemente buena. Solo esperaba que mi jefe no se enfadara mucho conmigo cuando volviera.



Andrea Carraro

Capítulo ocho

Era terca, pero terminó cediendo a mis exigencias, como lo haría cualquier importador con un mínimo de inteligencia. Yo sabía bien cuán famosa y solicitada era mi vinícola, y para ella tener a la *Villa Bosch* en su cartera sería un gran logro. Sin embargo, no parecía tan inexperta en el mercado como había supuesto al principio. De todos modos, yo también estaba en ese negocio desde la muerte de mis padres y sabía muy bien qué cartas debía o no jugar.

—Pediré al departamento jurídico de la importadora que se ponga en contacto para que se pueda firmar el contrato entre las partes.

—¿Cuándo piensan hacer el primer pedido?

—Tan pronto como se finalice esta parte burocrática.

—¡Genial!

Empujó la silla y se levantó.

—¿Adónde vas? —me atreví a preguntar, dejando entrever que aquella conversación era algo más que un simple asunto de negocios.

—Creo que ya hemos terminado aquí.

—¿De verdad? —Le guiñé un ojo, lo que la hizo retroceder aún más.

—Estoy segura de que sí.

—Como quieras.

—No eres más que un mujeriego barato, ¿verdad? —Me miró fijamente y soltó.

—¿Eso es lo que piensas? —Hinché el pecho, demostrando que sentía curiosidad por su opinión.

—Es exactamente lo que demuestras.

—Si eso es lo que piensas... —Me encogí de hombros mientras me levantaba y le tendía la mano—. Ha sido un placer hacer negocios contigo, Rafaela.

Ella se quedó mirando mi mano durante unos instantes hasta que finalmente la tomó, apretándola con fuerza, y entonces me giré e incliné para besarle el dorso.

Noté cómo se le erizaba el vello de la piel mientras mi boca se deslizaba por el dorso de su mano.

Sí, tal vez era un mujeriego barato, pero eso no significaba que a las mujeres no les gustara.

Estaba en una posición agradable en la que podía jugar y, por lo general, era bien correspondido. Rafaela era una hermosa mujer brasileña con la que no me arrepentía de haberme involucrado en Venecia y no veía nada malo en hacerlo por segunda vez.

—¿Por qué no te quedas un poco más? —me atreví a ofrecerle—. Quizás pueda llevarte a conocer la plantación. El campo con las vides es un lugar precioso.

—¿Sigue coqueteando conmigo, señor Carraro?

—Puede ser como usted quiera, señorita. —Mi sonrisa se amplió aún más y me atrevo a decir que escuché un suspiro de ella.

Nos quedamos mirándonos durante unos instantes hasta que le indiqué el camino.

—Andiamo, prego.

Si todavía estaba reticente, acabó dejándose convencer por mi tono italiano. Sabía que algunas palabras ejercían cierto atractivo en las mujeres que no tenían la misma nacionalidad que yo y tenía que admitir que a veces abusaba de ello.

—De acuerdo, pero no puedo entretenerme mucho. Tengo que volver al hotel y mi vuelo a Brasil sale mañana temprano.

—Seré breve.

Seguimos caminando por un sendero de piedras entre el césped bien cortado y verde. A lo lejos oí algunas voces y supuse que pertenecían a un grupo de turistas. Hace unos cinco años, mi hermana había sugerido abrir la bodega al público. Al principio, me sentí un poco receloso al respecto, no quería que hubiera un montón de desconocidos husmeando por el lugar, pero Graciela terminó convenciéndome de que podría ser bueno si los grupos fueran guiados y tuvieran actividades determinadas, como la degustación de vinos. Cobrábamos una cantidad razonable por el tour, que siempre estaba lleno. Quien quisiera participar debía reservar con dos meses de antelación.

—¿Haces un tour privado a todas las mujeres que vienen a esta bodega? —preguntó Rafaela, lo que me hizo detenerme para mirarla.

—Bueno... —titubeé un poco antes de responder—. Solo a las que me parecen más interesantes.

—Entendido —murmuró en voz baja.

Puede que no fuera exactamente lo que quería oír, pero fui mínimamente honesto.

—Por ahí. —La hice acompañarme hasta subir una pequeña colina.

Era un punto alto del terreno desde donde podíamos ver las viñas extendiéndose por el horizonte hasta perderse de vista. Aunque había nacido en ese lugar y conocía cada rincón desde muy pequeño, todavía me sorprendía su belleza. Por mucho que no quisiera asumir todo tan joven y aún echara de menos a mis padres, cada vez que contemplaba ese lugar, me sentía orgulloso del trabajo que hacía.

Muchos pensaban que era un chico irresponsable que hablaría demasiado cuando asumiera el cargo, pero estaba demostrando que se equivocaban.

Miré a mi lado y me di cuenta de que Rafaela también estaba maravillada con la vista. Era tranquila y vibrante al mismo tiempo, mientras el azul del cielo se mezclaba con el verde de las hojas.

—Bajemos. —Le hice un gesto para que continuara siguiéndome.

Bajamos al campo, caminando entre las parras que estaban en soportes de mi altura o un poco más bajos. Había uvas que estaban naciendo y otras ya más grandes, casi listas para la cosecha. Un inspector pasaba todos los días verificando cuáles estaban buenas para la cosecha y cuáles aún debían permanecer un poco más en las vides. Este meticuloso trabajo era esencial para la excelencia de los vinos, que dependía de la calidad de las uvas.

—¿Puedo? —Rafaela se acercó a un racimo.

Solo asentí con la cabeza, permitiéndole que las recogiera para comer.

—¿Está rica? —le pregunté justo después de que se metiera una en la boca.

—Sí...

La familia de mi madre trajo estas uvas y las plantó aquí hace casi un siglo.

—Han hecho un buen trabajo.

Era como si, después de que dejáramos de negociar, ella tuviera permiso para hacer cumplidos.

—Me alegro de que te gusten.

—Sí...

Me acerqué a ella mientras seguía comiendo las uvas y le acaricié la cara, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Eres preciosa...

—No empieces... —Giró la cara rápidamente, tratando de ocultar el efecto que le causaba.

—¿Por qué no? Me parece que te gustó mucho la última vez.

—¿Entonces me trajiste aquí para tenderme una trampa?

—No, exactamente.

—Eso es lo que parece...

—¿Es tan terrible?

Rafaela dio un paso atrás, retrocediendo hasta que una de las parras detuvo su movimiento, como si fuera una pared.

—¿Me estás acorralando?

—Puedes irte si quieres.

—¿Puedo?

—Sí. —Di un paso hacia un lado.

Ella se inclinó hacia delante, pero al intentar pasar a mi lado, tropezó con una de las ramas que había en el suelo, lo que la hizo

caer hacia mí. Sin duda, si yo no hubiera estado en su camino, Rafaela habría caído de bruces al suelo.

—Cuidado por donde pisas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó con voz firme al levantar la cabeza y mirarme a los ojos.

—¿Yo? —Fingí no entender—. Solo te traje a dar un paseo por una de las mejores partes de la bodega.

—¿Donde estamos solos?

—Por supuesto. —Mi mirada fija en ella la dejó sin palabras por unos instantes. Buscaba una forma de responder, pero no era tan buena con los argumentos como creía.

—Creo que es mejor que me vaya de aquí.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —Le agarré el mentón, levantándole los ojos hasta que se encontraron con los míos y vi cómo se le dilataban las pupilas.

—¡Estás loco!

—No tanto. —Rodeé su rostro con mi pulgar y sus labios se humedecieron, frotándose entre sí y volviéndose aún más rojos, lo que solo llamó aún más mi atención.

Estábamos en una zona de la propiedad que no formaba parte del recorrido turístico y, aunque era pública, creía poco probable que alguno de los empleados pasara por allí en ese momento.

—Yo... —Me agarró del hombro y apretó mi chaqueta con las uñas.

—Tú... —Entrecerré los ojos, con aire depredador, esperando a que revelara lo que estaba pensando, pero lo único que hizo Rafaela fue inclinarse ligeramente hacia delante.

Aproveché eso como pretexto para empujarla contra una de las estructuras de madera que sostenían una de las parras y rodeé

su nuca con mis brazos. Acerqué su boca a la mía. Antes de que nuestras lenguas se entrelazaran, ella soltó un breve gemido y correspondió a mi beso con la misma intensidad.

Una de sus manos subió por mi nuca y sus dedos se enredaron en mi cabello mientras el beso se volvía aún más voraz y ardiente.

Recorrí el costado de su cuerpo con las palmas de mis manos hasta llegar a su culo y lo apreté, comprimiéndolo aún más contra mi verga, que ya latía dentro de mis pantalones. Rafaela era una mujer hermosa y tenía un aroma dulce que solo aumentaba aún más la necesidad de probarla de nuevo.

Metí los dedos por el pequeño espacio que quedaba en la cintura de sus pantalones para tocarle directamente el culo y luego subí con las manos, metiéndolas por debajo de su blusa y tirando del aro del sujetador para agarrarle las tetas. Los pezones se endurecieron bajo mi tacto, lo que me excitó aún más.

Le mordí el labio inferior, apretando más los pezones, y ella gimió contra mi boca. Fue suficiente para que bajara con una mano hasta la cremallera de sus pantalones.

Metí los dedos dentro de sus bragas, sintiendo que el fino encaje ya estaba mojado por su excitación, y Rafaela se contoneó sutilmente mientras yo buscaba su clítoris entre los labios vaginales mayores perfectamente depilados. Chupé sus labios mientras ella gemía y mis dedos se movían para estimularla. Bajé un poco más con la mano y la penetré brevemente, sintiendo cómo sus músculos se contraían para envolver mi dedo.

Ansioso, le bajé los pantalones junto con las bragas y se los dejé a la altura de las rodillas, dejando su vulva expuesta ante mí.

—Andrea... —suspiró mi nombre y apretó los muslos, algo avergonzada, pero volví a tocarla, haciendo que poco a poco abriera las piernas para mí.

Estaba muy caliente y su humedad en mis dedos solo hacía que quisiera estar dentro de ella cuanto antes. Volví a tocar su vulva, sin ningún tipo de moderación o pudor, y ella volvió a gemir, inclinándose para que continuara.

Mi verga palpitaba, quería mucho más que solo meter mis dedos en esa vagina húmeda. Le di una ligera palmada en el monte de Venus antes de agarrarla por la cintura y hacerla girar. La puse de espaldas a mí y le agarré el culo, haciendo que se arqueara aún más.

Solo aparté mis manos de su cuerpo para abrirme los pantalones y encajar mi verga en su canal, antes de volver a sujetarla y empezar a moverme.

Rafaela intentaba controlar los gemidos mientras mi cuerpo chocaba con el suyo, pero era fácil percibir su placer por la forma en que me apretaba, lo que también aumentaba el mío. La visión de su culo redondo vibrando contra mi cuerpo cada vez que la penetraba solo aumentaba aún más mi excitación.

No pude contenerme por mucho más tiempo y apreté su cintura, hundiendo mis dedos mientras eyaculaba en su canal.

Era mi turno de gemir mientras jadeaba contra su nuca.

Bajé con una mano hasta su clítoris y volví a estimularla hasta que se unió a mí.

—Eso ha sido una locura —jadeó Rafaela mientras seguíamos entrelazados.

—Podrás decir que te acostaste entre las vides en una bodega italiana.

—Para ti esto es como un juego.

—¿Me vas a decir que tú no la pasaste bien? —Mi verga se estaba desinflando, pero le di una última embestida para arrancarle otro gemido.

—Es hora de que me vaya.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo estoy.

—De acuerdo. —Tomé el pañuelo que tenía en el bolsillo de la chaqueta y se lo di para que se limpiara cuando me fui.

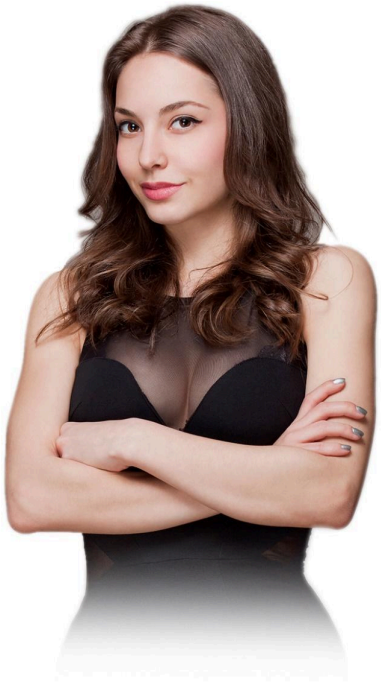
Enseguida me devolvió el pañuelo manchado con mi semen y se arregló los pantalones.

—¿Tu chófer puede llevarme de vuelta al hotel?

—Se lo diré.

—¡Genial! —Se apartó de mí y se alejó caminando por el mismo camino que habíamos recorrido hasta llegar allí.

Rafaela podía intentar hacerse la dura, pero al final no se resistía a mi encanto, como todas las mujeres.



Rafaela Borges

Capítulo nueve

Cuando llegué al hotel, envié un correo electrónico a mi jefe, indicándole los términos del acuerdo y esperando que estuviera contento. No era el negocio más ventajoso para nosotros, pero era una bodega que necesitábamos tener en nuestra cartera.

Luego me apresuré a darme una ducha. Por mucho que me hubiera limpiado con su pañuelo, mis bragas seguían completamente pegajosas.

Era una locura pensar que me había acostado sin condón con un canalla al que solo había visto tres veces. Era la segunda vez que me acostaba con él y, lo peor, había sido aún más delicioso, a pesar de toda la urgencia.

Volvía a excitarme solo de pensar en su cuerpo chocando contra el mío, en su verga entrando y saliendo...

—¡Rafaela! —me grité a mí misma para contener todos esos impulsos locos.

Por suerte, ya no tendría que ocuparme de ese asunto. Otros departamentos de la empresa se encargarían de ello tras mi negociación y Andrea Carraro nunca volvería a cruzarse en mi camino.

Me metí en la ducha y me di un baño frío. No podía seguir pensando en sexo ni dejar que eso me llevara a cometer más imprudencias. Si mi jefe se enteraba de que me había acostado con el dueño de la bodega, posiblemente me despediría. Me encantaba ese trabajo y no quería perderlo por nada del mundo, y mucho menos por haberme cruzado en el camino de un mujeriego barato.

Envuelta en una bata, me senté en la cama y pedí servicio de habitaciones cuando mi estómago empezó a rugir. Tenía hambre y apenas me había dado cuenta de lo tarde que era.

A la mañana siguiente dejaría Italia para volver a casa y también las locuras que había hecho allí.

Cuando tomé mi móvil, me sorprendieron algunos mensajes de mi mejor amiga. Apenas había tenido tiempo de hablar con ella desde mi llegada.

Isabela:

¡Hola! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué tal Italia?

Vi algunas fotos en tus historias de Venecia. Ah, parece tan bonita como en las películas.

Rafaela:

Sí, es verdad.

Isabela:

Me encantaría estar allí contigo.

Rafaela:

A mí también, pero vine por trabajo, o al menos eso debería ser...

Isabela:

Espera, ¿qué quieres decir?

Rafaela:

Es complicado.

Isabela:

Puedes contármelo todo ahora mismo.

Rafaela:

Si te lo cuento, ¿prometes que quedará entre nosotras?

Isabela:

Como si no supiera guardar tus secretos.

Rafaela:

Conocí a un chico en Venecia, salimos y nos acostamos.

Isabela:

¡Ah! ¡Qué increíble! Y romántico...

Rafaela:

No exactamente.

Isabela:

¿Cómo es eso?

Rafaela:

El cretino es el dueño de la bodega con quien vine a negociar.

Isabela:

¡Qué coincidencia!

Rafaela:

No es casualidad en absoluto.

Isabela:

¿Por qué dices eso?

¿Crees que él sabía que eras tú?

Rafaela:

¡Sí!

Isabela:

¿Lo admitió?

Rafaela:

No, pero ya sabes cómo actúan estos perros.

Isabela:

¡Ay, qué fastidio!

Rafaela:

Lo peor de todo es que me acosté con él otra vez.

Isabela:

¡Qué traviesa!

Rafaela:

Es un cretino, eso sí.

Menos mal que mañana me voy.

Isabela:

¿Pero hiciste lo que tenías que hacer? Me refiero a los negocios.

Rafaela:

Sí.

Isabela:

Eso es genial.

Rafaela:

Amiga, ya llego mi cena, seguimos hablando más tarde.

Isabela:

¡De acuerdo!

Buen provecho.

Rafaela:

Gracias.

Dejé el móvil sobre la mesita de noche y me levanté para abrirle la puerta al camarero. Estaba hambrienta y realmente deseaba una comida decente.

Al día siguiente volvería a casa y podría dejar esa aventura en el pasado.



Andrea Carraro

Capítulo diez

—¿Treinta por ciento? —Graciela entró en la oficina llamando mi atención.

—Sí, treinta. ¿Te sorprende?

—¡Por supuesto! Las importadoras no suelen aceptar menos del 40 %.

—Tenemos que valorizar nuestro producto, hermana.

—Es lo que más he intentado hacer.

—Entonces, ¿por qué estás preocupada? —Dejé de mirar la pantalla del ordenador y agarré los brazos de la silla, girando las ruedas para mirarla.

—No estoy preocupada. —Se inclinó sobre mi mesa—. ¿Debería estarlo?

—¡Por supuesto que no!

—¿Estás seguro?

—¿Qué estás tratando de averiguar?

—Nada. —Se encogió de hombros y se alejó, pero no lo suficiente como para convencerme.

—¿Graciela? —Entrecerré los ojos para mirarla fijamente y le exigí una respuesta.

—Te conozco bien, hermano, y todavía estoy tratando de entender por qué quieres negociar con esa mujer personalmente. Así que si hay algo que yo no sé, mejor dímelo ya.

—No. —Desvié la mirada para evitar el tema. Sin duda, mi hermana no se alegraría si soñara que me había acostado con Rafaela. Era mejor que no lo supiera—. No hay nada de lo que debas preocuparte.

—Espero que no.

—¿Por qué no te relajas un poco y disfrutas de que nuestros vinos vayan a Brasil?

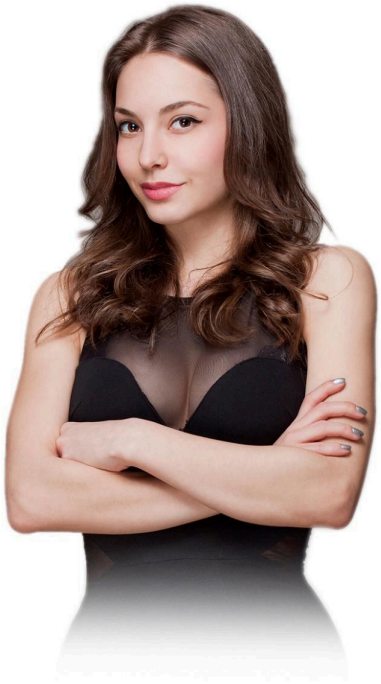
—Todavía queda mucho trabajo por hacer.

—Estoy seguro de que sí.

—Entonces centrémonos en ello.

—De acuerdo. —Asentí y ella me miró un poco más antes de salir de mi despacho.

Quería mucho a mi hermana pequeña, pero creía que a veces se olvidaba de que teníamos otra vida además de la bodega.



Rafaela Borges

Capítulo once

Algún tiempo después...

—¡Ay! ¡Cuidado! —murmuré cuando un tipo casi me atropella al entrar en el metro abarrotado aquella mañana de martes. No es que el transporte público fuera mi mejor opción, sobre todo en las horas pico, pero entre el tráfico congestionado y la rotación de coches, era la forma más rápida de llegar al trabajo.

Desde que había ido a Italia y cerrado ese negocio, mi jefe estaba más animado conmigo, me elogiaba y tenía la perspectiva de un ascenso con un generoso aumento en el aire. Estaba deseando que eso sucediera.

—¡Ay! —Volví a gritar cuando alguien chocó contra mí y me dio un codazo en los pechos.

Todos tenían prisa por llegar a sus trabajos, pero no tenían por qué hacer daño a los demás por el camino.

En estos dos últimos días en particular, mis pechos estaban más doloridos que nunca. Gemía cada vez que algo los golpeaba. Solo esperaba que mi menstruación bajara pronto y que esa sensación de incomodidad pasara.

Estaba particularmente más irritada, emotiva y tenía que tener mucho cuidado para que mi síndrome premenstrual no acabara afectando a las personas que me rodeaban, especialmente en un momento como ese.

Si conseguía el ascenso, podría incluso ayudar a mis padres, que vivían en el interior y necesitaban hacer reformas en la casa.

Bajé en la estación de siempre y tuve que caminar unas cuantas manzanas hasta el edificio donde se encontraba la importadora. En el momento en que pasé por la entrada, vi llegar un camión que estaba descargando unas botellas de lo que me pareció un vino chileno, muy común en nuestro mercado.

Se esperaba que los vinos de Villa Borch llegaran la semana siguiente y yo ya estaba muy ansiosa por saber cómo serían recibidos en los principales restaurantes de São Paulo. Me encogí cuando oí una bocina que me pareció que me dolía en lo más profundo del cráneo. Pensaba que ya había superado la fase de profundas crisis de migraña que me habían acompañado durante la universidad, pero probablemente tenía que ver con la ansiedad de los últimos días.

Entré en el edificio, pasé por la recepción y Celina, que estaba detrás del mostrador separando unos sobres, me sonrió.

—¡Buenos días, Rafaela!

—¡Hola, buenos días! —Intenté corresponder a su entusiasmo.

—¿Estás bien? Pareces un poco pálida.

—Solo es un dolor de cabeza molesto, pero estoy segura de que pronto se me pasará.

—Tengo medicamentos aquí en el bolso, si necesitas alguno.

—Te lo agradezco, pero por ahora no voy a tomar nada.

—Si cambias de opinión, solo tienes que pedírmelo.

—¡Gracias! —Le sonreí y entré en el ascensor.

Yo era de las que evitaban tomar medicamentos, solo lo hacía como último recurso, cuando realmente no podía soportarlo. Eso era porque mi padre era un ex atleta que pasó un tiempo adicto a los analgésicos. Fue una época muy difícil para mi familia y no me gustaba mucho pensar en ello.

Llamé a la puerta de mi jefe, que estaba hablando por teléfono, y esperé un poco hasta que colgó para hablar conmigo.

—Buenos días, Emanuel.

—Buenos días, Rafaela.

—¿Cómo está, señor?

—Muy bien.

—Bueno, quería saber si hay algún dictamen del departamento jurídico sobre los contratos con Villa Borch, espero que todo vaya bien.

—Me acaban de entregar la documentación para que la revise y la firme. Todo estará formalizado a finales de semana.

—¡Eso es maravilloso!

—Sí. Aunque te pedí que te mantuvieras en el límite del cuarenta por ciento, creo que era un negocio que no podíamos dejar pasar.

—Hice todo lo posible para garantizar que no perdiéramos el acuerdo.

—Estoy seguro de que sí. —Me indicó la silla que estaba frente a su escritorio—. ¿Por qué no te sientas?

Asentí con la cabeza, acomodándome frente a mi jefe, y sin darme cuenta levanté la mano y me masajeé las sienes. Ese malestar no desaparecía y ya empezaba a ser muy molesto.

—¿Estás bien? —Emanuel se inclinó hacia mí.

—Solo un pequeño dolor de cabeza.

—¿Necesitas tomarte el día libre?

—¡Por supuesto que no, señor! Estoy segura de que se me pasará enseguida.

—¡Así me gusta! —Me guiñó un ojo y se me sonrojaron las mejillas—. Bueno, tengo una nueva misión para ti.

—Puede contar conmigo.

—No esperaba que dijeras otra cosa. Bueno, me he enterado de una cooperativa argentina que se dedica exclusivamente a la producción de vinos por mujeres. No sé si la calidad es tan relevante como buscamos, pero creo que puede ser un punto positivo para la imagen de nuestra empresa en línea con las tendencias actuales del mercado.

—¿Quieres que les ofrezca un acuerdo?

—Sí, investiga un poco más, prueba los vinos y comprueba si es interesante para nosotros. Confío en tu potencial.

—Muchas gracias, Emanuel.

—De nada.

No prestaba atención a mi jefe, al menos no de esa manera. Sabía que estaba casado y que tenía una hija de casi diez años. Ciertamente no era el tipo de lío que estaba buscando para mi vida.

No es que no quisiera involucrarme con nadie, había tenido tres novios hasta ese momento, los dos primeros terminaron de forma amistosa, pero con el tercero pensé que nos casaríamos, hasta que el compromiso se fue al traste cuando descubrí que me estaba engañando con su *entrenadora personal*. Después de eso,

intenté centrarme en mi trabajo para no hundirme en un pozo de amargura y soledad. Tuve algunas relaciones después, pero ninguna duró, fueron pasajeras, como la de Andrea Carraro.

Era un mal momento para recordar al italiano, pero era inevitable que las imágenes de él vinieran a mi mente.

¿Por qué los más guapos eran siempre los más cretinos?

Bueno, tal vez esa fuera simplemente mi sentencia.

—¿Rafaela?

—Sí. —Parpadeé y tardé un rato en darme cuenta de que mi jefe todavía me estaba hablando.

—Estaba pensando si te gustaría salir conmigo esta noche.

—¿Salir? —Abrí mucho los ojos.

—Sí. Quizás podamos celebrar nuestros últimos logros.

—El resto del equipo seguro que...

—No. —Se inclinó hacia mí, interrumpiendo mi frase—. Pensé en que fuéramos solo nosotros dos.

—Pero es un logro para toda la empresa.

—El mérito es solo tuyo.

Aunque no parecía haber nada malo en ello, la invitación de mi jefe me dio mala espina y pensé que lo mejor era rechazarla.

—¿Quizás otro día? —Sonreí ampliamente, tratando de no dejar que la situación se volviera incómoda—. Mi cabeza está rara y estoy segura de que no es el mejor momento para ninguna celebración.

—Tienes razón. —Me guiñó un ojo—. Otro día, entonces.

—De acuerdo. —Me levanté de la silla—. ¿Tiene el nombre de la cooperativa argentina? Voy a empezar a trabajar en ello.

—Qué eficiente.

—Siempre. —Mantuve la sonrisa.

—Te enviaré por correo electrónico la información que tengo al respecto.

—Muchas gracias. —Le saludé con la mano y salí de su despacho para dirigirme a mi puesto de trabajo, donde había dejado algunas *notas adhesivas* amarillas pegadas para recordar las prioridades de ese día, pero lo dejaría todo para más tarde para dar prioridad a la tarea que me había encargado mi jefe.

El dolor de cabeza me molestó todo el día y tuve que esforzarme para aguantar. Me mejoraba un poco cuando tomaba café, pero no lo suficiente como para sentirme aliviada.

Después del trabajo, tuve que volver a enfrentarme al metro y estaba deseando llegar a casa. Quizás si me daba una ducha y me acostaba temprano me sentiría mejor.

—¡Hola! —Isabela me saludó cuando llegué a casa.

—¡Hola!

—¿Qué cara es esa? —Dejó de regar las plantas que había en la entrada y se estiró para mirarme.

—Tengo un dolor de cabeza terrible. —Me masajeé las sienes.

—¿Quieres que te prepare un té?

—Quizás. —Me agaché para tomar a mi perro cuando vino corriendo hacia mí. Le acaricié la cabeza y luego lo volví a poner en el suelo—. Creo que solo necesito que me baje la regla para que desaparezcan estos síntomas del síndrome premenstrual.

—¿Aún no te ha bajado? —Pareció sorprendida—. Mi período ya ha pasado.

—Los retrasos o adelantamientos de cinco días siempre han sido habituales en mí. Apuesto a que se ha retrasado por el cambio en mi rutina debido al viaje a Italia.

—Pero ya han pasado quince días.

—Díselo a mi cuerpo.

—Amiga, ¿te has hecho un test?

—¿Un test de qué? —Arqueé las cejas.

—De embarazo.

—¡Ah, no!

—Yo ya me habría hecho un test.

—¡Claro! —Me eché a reír—. Eres la mayor financiadora de la industria de las pruebas de embarazo.

—No exageres. —Isabela frunció los labios, molesta conmigo.

—Ya te lo he dicho. Está dentro de mi margen de retraso. Mis ciclos nunca han sido muy regulares, varían entre veinticinco y treinta y cinco días.

—¿Cuándo son treinta y cinco días?

—Mañana, creo...

—Hagamos lo siguiente: si mañana por la mañana no te vino, te haces la prueba. Si da negativo, vas al ginecólogo.

—No hay motivo para eso... —Intenté cambiar de tema, pero la expresión de brazos cruzados y ojos cerrados de mi amiga demostraba que no estaba dispuesta a rendirse tan pronto.

—No te hará daño ir a la consulta. Tienes seguro médico, ni siquiera tendrás que pagarlo.

—Está bien. —Acabé cediendo porque era una lucha que no podía ganar—. Si mañana no me viene, pediré una consulta.

—Hecho. Te traeré una prueba. Tengo algunas en mi armario.

—Claro que sí —murmuré en voz baja.

Pasé junto a ella y fui al baño del apartamento que compartíamos desde hacía tres años. Nos habíamos conocido en la universidad y desde entonces nos habíamos vuelto inseparables. Su

familia era de Belo Horizonte y acabamos viviendo juntas en la misma residencia de estudiantes. Cuando nos graduamos, necesitábamos un lugar mejor y decidimos compartir este apartamento, lo cual no era nada fácil, ya que el coste de la vida en São Paulo era muy alto.

Me di una ducha, me puse el pijama y me acosté con una toalla húmeda sobre la cabeza. Eso alivió un poco los latidos, pero el dolor volvió cuando oí el crujir de la puerta de mi habitación.

—Te traje un té. —Isabela entró y se acercó a mí.

—Gracias. —Me senté en la cama y acepté la taza humeante que mi amiga me tendió.

Ella era bióloga, daba clases en una escuela municipal y le gustaba todo eso: las plantas, los tés, los animales...

Tomé unos sorbos, pero no sentí que mejorara, solo que preferí no decírselo.

—Estaba pensando en pedir una pizza, pero creo que es mejor algo más ligero para ti.

—No. La pizza está bien.

—Está bien, entonces.

En cuanto salió de la habitación, volví a hundirme en la cama. Sentí algo bajando y fui al baño, con la esperanza de que fuera mi menstruación, pero solo era un flujo más espeso que me hizo resoplar.

No podía estar embarazada...



Andrea Carraro

Capítulo doce

Abrí una botella de vino después de firmar los papeles que formalizaban el acuerdo con el importador brasileño. El primer envío de vinos ya estaba preparado y saldría hacia el puerto a la mañana siguiente, para llegar a su destino la semana que viene.

Tomé una loncha de jamón y la mastiqué antes de beber un sorbo de vino. Su sabor se extendió por mi boca y solté un suspiro.

Aún era un adolescente cuando mi padre me introdujo en ese mundo. Enólogo apasionado, mis mejores recuerdos con él estaban relacionados con el líquido. Mi padre me había enseñado a degustar y apreciar cada matiz.

Echaba de menos a mis padres y, aunque ya había pasado una década, era como si ese vacío fuera a permanecer para siempre, por mucho que me esforzara por parecer siempre fuerte y seguro de mí mismo. Mi hermana dependía de ello y no podía dejar que se sintiera sola. Ella era aún más joven que yo cuando murieron y, sin duda, los echaba aún más de menos.

—¿Andrea?

Levanté la cabeza cuando oí mi nombre y dejé la copa de vino sobre el escritorio antes de ver a Graciela entrar en mi despacho, que seguía exactamente igual que lo había dejado mi padre. Nunca me atreví a redecorarlo, con la sensación de que en algún momento él volvería y retomaría su puesto.

—¿Qué pasa?

—Me voy.

—¿Adónde vas?

—No hace falta que me sometas a un interrogatorio. —Frunció los labios—. Solo te lo digo por si intentas buscarme por la casa.

—Sigo siendo el mayor...

—Pero yo ya soy una mujer adulta. Y no es como si tú no te escaparas. Lo haces a menudo y yo no digo nada.

—Yo soy...

—No me vengas con eso. —Me interrumpió—. Ya hemos dejado atrás el siglo pasado y las mujeres tenemos las mismas libertades que los hombres.

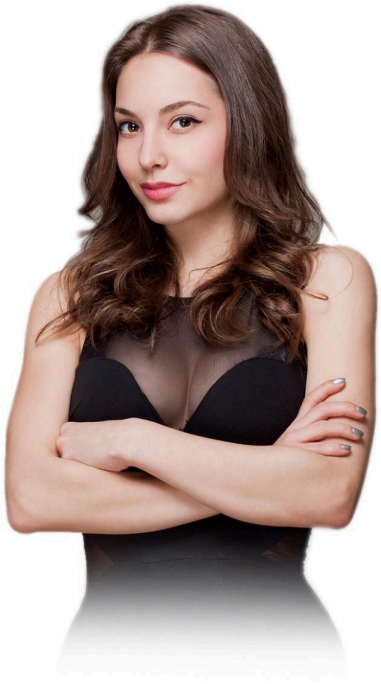
—Solo intento protegerte.

—Puedo cuidar de mí misma. —Me lanzó un beso y cerró la puerta sin darme la oportunidad de decir nada más.

Cuando murieron mis padres fue el período más difícil, porque ella era adolescente y quería hacer las cosas típicas de su edad, pero siempre estaba peleando conmigo, diciendo que yo no era su padre cuando intentaba corregirla. Yo también era muy joven y tenía mi cuota de irresponsabilidades. Si no fuera por Luigi, seguramente no habría podido manejarlo.

Me tomé el resto del vino y salí de la oficina. Pensé en ir a Venecia, pero tenía mucho que hacer al día siguiente y mi hobby

tendría que esperar a otro momento.



Rafaela Borges

Capítulo trece

Negativo...

Por favor, negativo...

Crucé los dedos con todas mis fuerzas mientras estaba sentada en el inodoro esperando el resultado de la prueba de embarazo.

Solo lo estaba haciendo para que Isabela dejara de molestarme, pero cuando me desperté por la mañana sin ningún signo de sangrado, empecé a pensar que tal vez sus sospechas tenían algún fundamento.

Con toda la certeza del mundo, no esperaba quedarme embarazada en ese momento. Tenía veintiocho años, estaba trabajando en mi carrera y, lo peor de todo, ni siquiera tenía una relación seria con el posible padre del bebé.

«¡Mierda!», murmuré al ver las dos rayas rosas en la tira del test.

¡No podía ser! Me costó creer de inmediato que fuera positivo. En mi cabeza no parecía posible que estuviera embarazada, por mucho que supiera exactamente cómo se producía la fecundación.

Tiré de la cadena y me lavé las manos antes de salir del baño.

Seguí el aroma del café recién hecho y encontré a Isabela en la cocina, preparando el desayuno antes de irse al trabajo. Eran poco más de las cinco de la mañana y todavía se frotaba los ojos con sueño.

—¿Cansada? —Me acerqué a ella.

—Ayer me acosté tarde corrigiendo unos exámenes y ni siquiera tuve tiempo de preparar las clases de la semana que viene.

—Hazlo hoy cuando vuelvas.

—No habrá más remedio. Tengo la boda de una compañera de trabajo el fin de semana y no puedo faltar.

—Todo saldrá bien. —Me esforcé por sonreír.

—¿Te has caído de la cama? —preguntó mientras sorbía su taza de café—. No sueles levantarte tan temprano.

—Para ser sincera, casi no he dormido esta noche.

—¿Te duele la cabeza?

—Ojalá fuera eso. —Resoplé mientras acercaba una silla a nuestra pequeña mesa de cocina y me sentaba en ella.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Sé muy sincera conmigo. ¿Qué probabilidades hay de que una prueba de farmacia dé un falso positivo?

—¿Te has hecho la prueba de embarazo?

Asentí con la cabeza.

—Mira, amiga. Estas pruebas identifican la producción de una hormona que solo se produce durante el embarazo o en casos muy raros de algún tumor que produzca HCG.

—Entonces, un positivo...

—Es un positivo. —Sonrió levemente.

—La cagué. —Bajé la cabeza y me masajeé las sienes.

—¡Ay, amiga! Vas a tener un bebé. Es tan emocionante.

—Pero no estaba planeado.

—Sí, imagino que no. —Frunció los labios, incómoda—. Te ofrecería un café, pero tendrás que evitarlo por ahora.

—Sí... —murmuré sin poder pensar con claridad.

Hacía mucho tiempo que no pensaba en cómo sería ser madre y esa noticia cayó sobre mí como una bomba. Tragué saliva varias veces, pero no fue nada fácil de asimilar. Estaba en pánico y, al mismo tiempo, completamente paralizada.

—Serás una madre estupenda, amiga. —Isabela se inclinó y me acarició el hombro, tratando de animarme.

—No tengo ni idea de cómo lidiar con esto.

—Estoy segura de que es lo primero que se les pasa por la cabeza a todas las mujeres que descubren que van a ser madres.

—¿Y ahora qué, Isa?

—Bueno, empiezas con la atención prenatal.

—No voy a poder escapar de esa consulta con el ginecólogo, ¿verdad?

—Vas a necesitar una obstetra.

—¡Ah! —Suspiré inclinándome sobre la mesa.

Isabela siguió acariciándome el hombro hasta que se atrevió a preguntar.

—¿Sabes quién es el padre?

—Ojalá no lo supiera...

—¿Cómo? ¿Es tan terrible? Solo falta que me digas que es de un hombre casado.

—¡Por favor, Isabela! —dije irritada, y ella se rió como si fuera una broma o algo gracioso.

—Solo era una broma.

—Estoy huyendo de los problemas.

—Me lo imagino. Entonces, ¿quién es?

—El italiano fue el único hombre con el que tuve sexo este mes. Y un día no usamos condón.

—¿Un día? ¿Fue más de una vez?

—Nos acostamos entre las vides en la bodega.

—¡Vaya! ¡Qué lindo sueño!

—Ahora no parece nada un sueño.

—Tu bebé es hijo de un italiano.

—Con quien me involucré por impulso y que además se aprovechó de mí. No es exactamente el tipo de cuento de hadas que esperaba.

—Algunas cosas simplemente suceden.

—Podría no estar pasándome a mí.

—Quizás haya algo bueno en todo esto.

—Todavía lo estoy buscando.

—¡Tranquila! —Sonrió para intentar tranquilizarme—. ¿Tienes su número de teléfono?

—¿Por qué iba a tener yo el teléfono del tipo?

—¡Oye! Hablaron de negocios, pensé que podrías tener el número.

—Su número personal, no. Solo algunos números de la bodega.

—Entonces tendrás que encontrar la manera de hablar con él.

—¿Por qué?

—¿Cómo que "por qué"? —Parecía molesta por mi pregunta, lo que solo me dejó aún más confundida—. Tienes que decírselo.

—No sé...

—No has hecho a este bebé sola, amiga. El padre también tiene responsabilidades.

—¿Qué posibilidades hay de que eso funcione, Isa? El tipo vive al otro lado del océano y es un mujeriego que se va a Venecia a acostarse con turistas. —Solo de pensarlo se me revolvió el estómago y podría usar el embarazo como excusa.

—Aún puede pagar la pensión alimenticia.

—No quiero parecer una interesada.

—Se trata del bebé.

—Dame un poco de tiempo, ¿ok? Necesito estar segura del embarazo. ¿Puedo hacerme los exámenes antes de pensar en hablar con él?

—Sí.

—Gracias.

—Ahora tengo que irme o llegaré tarde al colegio. Cuídate. —Se inclinó y me dio un beso en la frente antes de salir de la cocina.

—Que tengas un buen día de trabajo.

—Tú también.

Cuando salió del apartamento, me quedé mirando al vacío hasta que sonó mi despertador para que me preparara para ir al trabajo.



Andrea Carraro

Capítulo catorce

—Hola, señor... —Una de las empleadas me sonrió mientras caminaba entre las barricas de roble donde se almacena el vino.

—Hola. —Le devolví la sonrisa.

—¡Eh! —Graciela me dio un puñetazo en el estómago que me hizo encogerme.

—¡Ay! Me ha dolido...

—Tienes que dejar de hacer eso.

—¿Dejar de hacer qué? —Fingí no entender.

—De coquetearle a todas las mujeres que se cruzan en tu camino.

—No estoy coqueteando con nadie. —Me encogí de hombros.

—¡Cretino!

—Eres mi hermana. Deberías estar de mi lado y no juzgarme así.

—No te hagas el santo.

—Exageras.

—Hemos venido aquí para evaluar la producción o solo quieres quedarte mirando a las empleadas.

—¿Todo esto es para que no te pregunte con quién sales? —Cambié de tema para que mi hermana no siguiera molestándome.

—Te lo presentaré.

—¿Cuándo?

—Cuando crea que tiene futuro...

—¿No lo crees y aun así estás saliendo con él?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Ese no es un tema para ahora, Andrea.

Antes de que pudiera insistir, uno de los empleados se acercó a nosotros con una pipeta y sacó un poco de vino de uno de los barriles para que lo probáramos.

—Creo que el sabor a madera es demasiado fuerte para esta época —comenté.

—Tal vez sea mejor cambiar a barriles de acero.

—Eso podría alterar las propiedades del vino —dije rascándome la barbilla, pensativo.

—¿Qué recomienda, señor?

—Dejémoslo como está y vigilémoslo para intentar identificar qué componente puede haber provocado el cambio en el sabor. Quizás algo en el suelo...

—Pediré una inspección a los técnicos.

—Hágalo. —Asintió mi hermana—. Manténganos informados de cualquier descubrimiento.

—Por supuesto, señora.

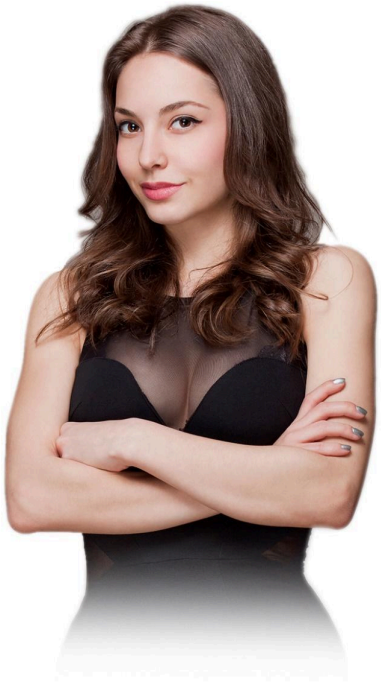
—¿Y el envío a la importadora de Brasil?

—Ya está en camino, la empresa de transporte recogió las cajas esta mañana.

—Es una excelente noticia. ¿No es así, Andrea?

Solo asentí con la cabeza.

Pensar en la importadora brasileña hizo que la imagen de Rafaela volviera a mi mente. Después de su visita a mi propiedad, no habíamos vuelto a hablar y yo no esperaba que lo hiciéramos. No era la primera ni sería la última con la que me involucraría por un momento o dos, pero solían ser pegajosas y no me sorprendía que intentaran llamarme, sobre todo cuando sabían exactamente quién era yo, por eso me gustaban mis escapadas a Venecia, donde fingía ser otra persona.



Rafaela Borges

Capítulo quince

—Lo siento, doctora. —Entré completamente aturdida en la consulta de la obstetra que me había recomendado mi ginecólogo—. El tráfico a esta hora es un caos y no he podido salir antes del trabajo.

—No pasa nada —me dijo con una sonrisa—. Póngase cómoda, siéntese. Y respire un poco.

—Gracias. —Dejé mi bolso y mi abrigo en el sofá de al lado y me acomodé, respirando y exhalando hasta que mi corazón volvió a latir con normalidad.

—¿Mejor? —Se inclinó hacia mí.

Asentí con la cabeza.

—¿Ahora puedes contarme un poco sobre ti? Te llamas Rafaela Borges, ¿cuántos años tienes?

—Veintiocho...

—¿Hay antecedentes de hipertensión o diabetes en tu familia?

—Mi padre tiene diabetes.

Me hizo varias preguntas mientras anotaba en un papel que era mi ficha. Pensaba que los médicos ya utilizaban programas para registrar la información de los pacientes, pero probablemente había algunos que aún preferían la forma analógica de hacer las cosas.

—¿Entonces estás embarazada?

—Sí... —Tragué saliva como si sintiera un gato bajando con sus afiladas uñas por mi garganta—. Hace más o menos una semana me hice una prueba de embarazo y dio positivo.

—¿Te hiciste el análisis de sangre?

—Sí, ayer. —Saqué el resultado de mi bolso y se lo entregué.

Ella lo analizó durante un rato.

—Por los niveles de beta, debes estar alrededor de la sexta semana. Te pediré una ecografía para la semana que viene.

—De acuerdo...

—¿Cómo te sientes?

—Dolor de cabeza, pechos hinchados y mal humor. Pensé que solo eran síntomas del síndrome premenstrual, pero nunca me vino la regla.

—Los síntomas iniciales del embarazo pueden confundirse fácilmente con el síndrome premenstrual. Te recetaré algunos medicamentos para tratar los síntomas, pero lo mejor es evitar cualquier medicación durante el embarazo. Si tomas cualquier otro medicamento que no esté en mi receta, quiero que me consultes antes, ¿de acuerdo? Te daré mi número de teléfono para que puedas ponerte en contacto conmigo.

—Muchas gracias.

—¿Toma algún medicamento a diario?

Negué con la cabeza.

—Tomaba anticonceptivos, pero nunca fui muy disciplinada. Se nota, porque estoy aquí. —Esbocé una sonrisa forzada.

—Sé que un embarazo inesperado puede asustar, pero todo saldrá bien.

—Gracias, doctora.

Salí de la consulta aceptando mejor el hecho de estar embarazada y con un montón de exámenes que tenía que hacerme lo antes posible. Mentiría si dijera que no estaba aterrada, pero aún sentía que podía manejar la situación.



Andrea Carraro

Capítulo dieciséis

Estaba sobrecargado ese día. Era el momento de hacer el balance financiero de la bodega y tenía que analizar recibos, facturas, notas fiscales y muchas hojas de cálculo. No quería que mi empresa se viera envuelta en ningún problema fiscal.

El teléfono sobre la mesa empezó a sonar y resoplé. No quería hablar con nadie en ese momento porque podría distraerme.

El teléfono siguió sonando y acabé contestando.

—¡Hola! —murmuré.

—Andrea...

Me sorprendió el tono de voz al otro lado de la línea. No esperaba hablar con ella después de que hubiera pasado más de un mes desde que vino a Italia para negociar la importación de mis vinos.

—¿Rafaela?

—Sí...

—¿Qué quieres?

—Bueno, yo... —Su voz sonó temblorosa y vacilante ante mi tono brusco.

—Estoy ocupado en este momento.

—Claro que sí. —Había una burla evidente en su tono que demostraba que era eso lo que esperaba oír.

—No tengo todo el tiempo del mundo, ¿por qué no vas al grano? ¿Qué quieres de mí?

—Yo... Estoy embarazada.

—¿Te has vuelto loca? ¿Es esto algún tipo de broma?

—¿Crees que bromearía con algo así?

—¿Por qué me cuentas esto ahora? ¿Quieres estafarme? No creía que fueras una oportunista.

—¿Estafarte?

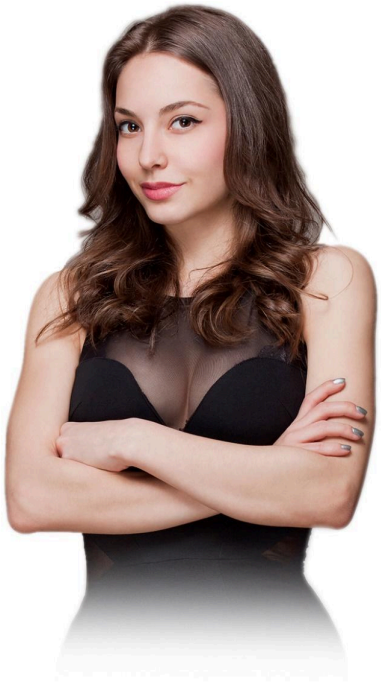
—¡Claro! Después de descubrir que soy rico, quieres aprovecharte con esta historia del embarazo. Es una estafa muy vieja...

—¡Ya está bien, vete a la mierda! Fue un error llamarte.

Colgó el teléfono y yo me quedé mirándolo completamente enfadado. Justo lo que me faltaba, una estafa por embarazo en pleno siglo XXI. Solo esperaba que no decidiera seguir adelante con esa historia. Sin embargo, ese no era un día en el que tuviera tiempo para conjeturas y suposiciones.

Lo dejé pasar y volví a concentrarme en la documentación que necesitaba. Graciela me iba a sacar de quicio si dejaba eso de lado, sobre todo tratándose de una mujer con la que me había acostado, pero mis aventuras pasajeras no podían afectar a los

negocios familiares que tanto nos esforzábamos por mantener desde la muerte de nuestros padres.



Rafaela Borges

Capítulo diecisiete

Dejé el móvil sobre la cama y me incliné, hundiéndome en el colchón en medio de una larga bocanada. No esperaba que la conversación con Andrea fuera fácil, pero acabó siendo peor de lo que imaginaba. Después de la forma en que contestó la llamada y de sus palabras bruscas, no quería volver a verlo nunca más. Estaba segura de que no querría saber nada del niño después de llamarme *interesada* y otras cosas aún peores.

Estaba más sensible de lo habitual y desde luego no quería oír nada de eso. No iba a soportar bien las palabras agresivas y mucho menos que él dijera que yo lo había hecho a propósito, que era una especie de estafa para exigirle que me diera dinero. No quería ni necesitaba lidiar con eso.

—¿Ey? —Isabela llamó a la puerta, llamando mi atención, y me incliné para mirarla.

—Hola...

—¿Cómo fue la conversación con el italiano?

—¡Malísima! —Tomé la almohada y me la puse sobre la frente, como si de alguna manera fuera a aliviar el latido de mis sienes.

—Lo siento... —Mi amiga se acercó a mí y se sentó en el borde de la cama—. Al menos ahora lo sabe. Lo que decida hacer al respecto es problema suyo, porque estoy segura de que serás la mejor madre del mundo.

—Piensa que soy una interesada.

—¿Cómo es eso? —Isabela estaba confundida.

—Dijiste que solo puede ser una estafa. Sinceramente, Isa, no estoy dispuesta a ser humillada por algo que no he planeado.

—Bueno, puedes intentar hablar con él en otro momento.

—No.

—Pase lo que pase, te aseguro que serás la mejor madre del mundo para ese bebé.

—Gracias, amiga. —Me giré para mirarla y vi su sonrisa.

—No hay de qué.

Nos miramos fijamente durante un momento hasta que se levantó y desapareció de mi vista, dejándome sola.

Sabía que lidiar con eso no sería nada fácil, aún no le había contado a mi familia sobre el embarazo e imaginaba que mis padres se volverían locos cuando se enteraran, sin embargo, era mi decisión lidiar con eso y enfrentaría la situación lo mejor que pudiera.



Andrea Carraro

Capítulo dieciocho

Pasaron los días y Rafaela no volvió a llamar, incluso pensé que había sido solo una fantasía mía. Decidí dejarlo pasar, esa historia debía de ser solo una broma de mal gusto.

La importación ya estaba organizada e incluso ya habían recibido el primer envío. Debía centrarme en eso y no en uno de los muchos casos que había tenido.

Estaba distraído, observando las gotas de lluvia correr por la ventana de la sala, cuando escuché pasos y no me giré para ver que era mi hermana, ni siquiera cuando escuché su voz.

—¡¿Andrea?!

—Ey...

—Quiero que estés listo para cenar.

—¿Cenar? —Me giré hacia ella, girándome sobre mis talones y levantando una ceja—. ¿Qué hay de especial?

—Voy a presentarte a mi novio.

—¿Tu novio? —Crucé los brazos con una expresión más defensiva.

—¿No dijiste que querías conocer a la persona con la que estaba saliendo?

—Sí, pero no pensé que fuera tan serio...

Admito que sentí cierta incomodidad cuando mi hermana sacó ese tema, por mucho que ya fuera una mujer hecha y derecha de casi treinta años, todavía la veía como mi hermanita y no podía soportar la imagen de ella en brazos de otro hombre.

—No quería presentarte a él hasta estar segura de que era algo serio.

—¿Y lo es? —Fruncí los labios.

—Sí. —Se inclinó para mirarme mejor—. ¿Hay algún problema?

—No...

—¡¿Andrea?!

—No sé si ese tipo es lo suficientemente bueno para ti.

—¿Cómo dices? Ni siquiera lo conoces, ¿cómo puedes decir eso?

—Es una sensación.

—No me vengas con eso. —Levantó las manos hacia mí en señal de alto—. No quiero que asustes al chico sin motivo.

—¿Sin motivo?

—Ya me entiendes.

—Eres mi hermana pequeña...

—Pero ya soy una mujer adulta que puede cuidar muy bien de sí misma. Como si tú no fueras por ahí arrastrando a todo el

mundo a tu cama.

—No seas exagerada. —Endurecí aún más mi expresión.

—¿Exagerada? ¡Por favor! Como si no conociera tu reputación.

—Eso no viene al caso. —Desvié la conversación.

—Solo sé amable, por favor...

—Ya veremos.

—¡Andrea!

—De acuerdo.

Solo necesitaba que un chico se acostara con mi hermana; pero ella tenía razón, ya era adulta y yo tendría que lidiar con eso tarde o temprano. Y no era como si fuera la primera vez que se involucraba con alguien.

—¿Por qué no vas a tu habitación y te das una ducha?

—¿El novio es para mí o para ti? —Levanté una ceja con aire burlón.

—Muy gracioso. —Mi hermana me sacó la lengua.

—Entonces no necesito prepararme tanto. —Me encogí de hombros.

—¡Andrea, vete ya! —Me empujó por los hombros.

—Ok... —Acabé cediendo y subí las escaleras.

No me hacía mucha gracia conocer al supuesto novio de mi hermana, pero sabía que no podría escapar de ese momento o se enfadaría conmigo. Así que decidí esforzarme un poco para que el momento fuera mínimamente agradable.

Subí a mi habitación y me di una ducha. Había llegado del cobertizo bajo la lluvia y todavía había gotas en mi ropa. Me la quité

toda y la dejé en un rincón del baño, metiéndome bajo el chorro de agua.

Extendí la mano para tomar el champú y me masajeé el cuero cabelludo. La ducha me relajó y me sentó muy bien.

Después de cambiarme, me puse unos jeans y una camisa polo. Pensé que podría ponerme algo más amenazante, pero al final solo irritaría a mi hermana en lugar de ser más efectivo.

En cuanto volví al salón, oí un golpe en la puerta y, antes de que Luigi o yo pudiéramos pensar en algo, mi hermana corrió a abrir.

—¡Hola, pasa!

Me quedé parado esperando, con los brazos cruzados y mi mejor expresión amenazante, hasta que me asusté al ver quién era.

—Hola, Andrea.

Me quedé boquiabierto, incapaz de reaccionar, cuando vi quién estaba con mi hermana. Esperaba que fuera cualquier tipo arrogante o un playboy engreído, pero no fue quien vi.

—Genevive...

La mujer que tenía delante me trajo viejos recuerdos. La rubia de ojos claros y cuerpo atractivo ya había estado en mi cama algunas veces, pero no podía decir que hubiéramos salido juntos, porque yo no me tomaba en serio a ninguna chica.

—No sabía que ibas a traer a una amiga.

—No, Andrea, no es mi amiga.

—¿Eh? —exclamé confundido—. ¿Cómo es eso?

—Ella es mi novia.

Me sorprendió, no me lo esperaba y contuve la respiración durante unos instantes.

—Andrea... —murmuró Graciela, esperando que yo reaccionara de alguna manera, pero yo todavía estaba asimilando la

noticia.

—Yo... yo no lo sabía.

—Pasé mucho tiempo pensando en cómo decírtelo y no encontré una forma fácil de hacerlo. Así que aquí estamos. —Sonrió con timidez, dejando claro que también se sentía incómoda.

No esperaba que mi hermana fuera lesbiana y mucho menos que estuviera saliendo con una mujer con la que yo ya había tenido una relación, pero podría ser una señal de que últimamente no le estaba prestando tanta atención como debería.

—¿No te importa, verdad? —Graciela se pasó la mano por el pelo, tratando de sentirse menos incómoda con la situación.

—¿Estás feliz? —La miré con una media sonrisa.

—Mucho.

—Entonces, para mí también está bien. —Extendí los brazos y ella se acurrucó en mi pecho como solía hacer cuando éramos niños.

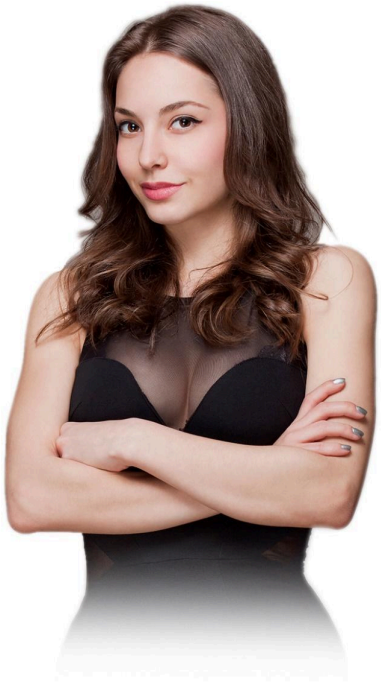
—¡Qué bien! —Ella dio un suspiro de alivio.

Al final me di cuenta de que no me importaba con quién se involucrara mi hermana, siempre y cuando fuera feliz.

—¿Por qué no nos sentamos a cenar? —comentó Graciela.

—Claro. —Les indiqué que pasaran delante mío.

Nos acomodamos en la mesa y sirvieron la comida. Afuera seguía lloviendo con fuerza, pero me concentré en conversar amigablemente con ellas y en entender cómo se habían involucrado.



Rafaela Borges

Capítulo diecinueve

Cuando les conté a mis padres que estaba embarazada, no recibieron la noticia con fuegos artificiales, pero tampoco fueron tan severos como imaginaba. Me preguntaron si necesitaba algo y mi madre incluso se ofreció a venir a São Paulo para ayudarme si lo necesitaba.

Le agradecí el gesto, pero pensé que podría arreglármelas solo con mi amiga cerca, aunque no descarté definitivamente la ayuda, porque solo entonces me daría cuenta de lo complicado que sería cuando naciera mi bebé.

Todavía no les había comentado nada a mis compañeros de trabajo, a pesar de que las molestias habían sido bastante evidentes durante unos días y definitivamente yo no estaba rindiendo tan bien como antes; ellos solo pensaban que podría haber contraído algún virus. Mi barriga tardaría algún tiempo en aparecer y, hasta entonces, podría pensar en una forma de decirlo. Seguramente harían conjeturas sobre quién sería el padre y yo necesitaría una

respuesta mejor que el maldito italiano con el que me había acostado cuando fui a tratar de negocios.

Si mi jefe se enterara de que me había relacionado con el dueño de la bodega, probablemente me despediría. Con un bebé en camino, ni siquiera podía pensar en la posibilidad de perder ese trabajo.

—¿Rafaela?

Oí una voz que me llamaba y levanté la cabeza del ordenador, sintiendo cómo se me revolvía el estómago, y miré a la secretaria del jefe, que me observaba.

—Hola...

—El señor Emanuel me ha pedido que la llame. Quiere que vaya a su despacho.

—¿Ahora?

—Si es posible.

—Está bien. —Me levanté de mi cubículo de trabajo y me dirigí a la oficina del hombre, llamando a la puerta de cristal antes de entrar.

—Hola, Rafaela. —Me dedicó una sonrisa animada que me esforcé por devolverle, pero con las náuseas iniciales del embarazo me costaba mantener los ojos abiertos.

—Señor...

—Me he dado cuenta de que estás rara. ¿Te pasa algo?

—Creo que solo tengo un virus —mentí—, pero pronto se me pasará.

Según la doctora, el primer trimestre era así, con síntomas molestos y niveles hormonales muy altos, pero pasaría una vez terminada esa fase.

—¿Necesitas algún tiempo de licencia?

—¡No, señor! —me apresuré a responder.

Después de unos días, sospechaba que mi jefe estaba coqueteando conmigo y era mejor que nadie pensara que me estaba dando un trato especial, porque eso podría empeorar aún más las cosas.

—Si necesitas algo, dímelo. —Se inclinó hacia mí, pero yo estaba lo suficientemente lejos como para que no pudiera tocarme.

—Gracias, señor.

—De nada.

—Ya estoy negociando con esa cooperativa argentina. Creo que para finales de semana habré cerrado un acuerdo.

—¡Eso es estupendo!

—Sí.

—Mantenme informado.

—Por supuesto. —Le saludé con un movimiento de cabeza y me apresuré a salir de su despacho antes de que la conversación tomara otro rumbo.

No volví directamente a mi mesa, fui al baño y me eché un poco de agua fría en la cara, esperando que la sensación de malestar desapareciera. Isabela se peleaba conmigo, pensaba que debía tomar alguno de los medicamentos que me había recetado la doctora, pero yo ni siquiera me atrevía. No es que quisiera sufrir sin motivo, pero como no era bueno para el bebé y yo tenía mis reservas, era mejor no tomarlos.

Me sequé la cara con una toalla de papel y volví a mi cubículo. Revisé mi bandeja de entrada, pero no había ninguna de las respuestas que esperaba y mi móvil vibró sobre la mesa, llamando mi atención.

No era ningún asunto relacionado con el trabajo, sino un mensaje de mi madre.

Mamá:

Hola, cariño, ¿cómo estás hoy?

Rafaela:

Si pudiera, me pasaría todo el día en la cama, con los ojos cerrados y a oscuras.

Mamá:

Quizás puedas salir un poco antes del trabajo.

Rafaela:

¡No puedo! Mi productividad no es la mejor y tengo muchas cosas que resolver por aquí.

Mamá:

No te exijas tanto. No olvides que estás embarazada.

Rafaela:

No lo olvido, mamá.

Mamá:

¡Más te vale!

Rafaela:

Estoy bien.

Mamá:

Espero que sí.

Si necesitas algo, avísame, por favor.

Rafaela:

De acuerdo, mamá, gracias.

Mamá:

Mira lo que te he comprado.

Me envió una foto de un mono azul. Era muy bonito y tenía algunos adornos que lo hacían parecer un uniforme de marinero.

Rafaela:

Es bonito, mamá, pero aún no sé si es niño o niña.

Mamá:

Estoy segura de que voy a tener un nieto.

Rafaela:

Espera hasta que sepa el sexo del bebé, ¿de acuerdo?

Mamá:

Quédate tranquila.

Rafaela:

Genial. Sería un desperdicio tener ropa que no podría usar.

Mamá:

Está bien.

Rafaela:

Ahora tengo que concentrarme aquí, mamá.

Mamá:

Buen trabajo, cariño. Cuídate mucho.

Rafaela:

No te preocupes.

Me alegró ver que mi madre estaba emocionada con la posibilidad de tener un nieto, aunque mi padre estuviera descontento por la falta de información sobre quién sería el padre de ese niño.

No estamos juntos...

No salimos juntos...

Él no va a participar...

Las respuestas que di no eran exactamente las que unos padres conservadores esperaban recibir, pero era lo mejor que podía hacer en ese momento. Fue algo pasajero, un rollo de una noche, pero aun así querían un nombre que yo no podía darles. Solo esperaba que con el tiempo se acostumbraran.

Ser madre soltera ya no parecía tan terrible cuando te acostumbrabas a la idea y te dabas cuenta de que no había alternativas.



Andrea Carraro

Capítulo veinte

Meses después...

No esperaba venir a Brasil, pero Graciela terminó convenciéndome de que uno de nosotros tenía que asistir al evento y que ella estaba muy ocupada con los preparativos del lanzamiento de una nueva marca. Le había asegurado que yo podía encargarme de eso, pero mi hermana insistió en que yo era mucho mejor que ella para estas fiestas y eventos sociales.

Para ser sincero, estaba seguro de que me estaba pasando la bandeja caliente sin pensarlo dos veces, pero acabé perdiendo esa disputa y allí estaba yo. Resoplé al mirarme en el espejo.

Me ajusté la pajarita del esmoquin y comprobé que mi pelo estuviera perfectamente peinado. Era una cena de gala ofrecida por el importador a sus principales proveedores y el hecho de estar allí me permitiría observar el mercado del vino y las tendencias mundiales del comercio.

Había aprendido de mi padre que no servía de nada quedarse parado esperando a que las botellas salieran solas de la estantería, si no invertía en mi marca y la proyectaba a nivel mundial, Villa Borch no sería una bodega tan reconocida en el mundo.

El recepcionista del hotel me llamó un taxi para que me llevara al lugar donde se celebraba el evento. Me quedé observando la ciudad a través de la ventanilla del coche, con sus altos edificios y sus luces. Era mi primera vez en Brasil y admito que no esperaba encontrarme con una metrópolis como aquella. Ya había estado en Nueva York y encontré muchas similitudes.

—Aquí, señor... —murmuró el taxista en inglés y miré hacia fuera, dándome cuenta de que habíamos llegado al lugar del evento.

Pagué el viaje con mi tarjeta de crédito y luego seguí el flujo de personas bien vestidas hasta el interior del refinado salón. Había una enorme lámpara de cristal en la entrada y la decoración estaba a la altura de un estándar de gran lujo, lo que me demostró que habían invertido mucho para causar una buena impresión.

Me recibieron en la entrada y me llevaron a una de las mesas donde había un pequeño cartel con mi nombre, donde se encontraban los propietarios de otras bodegas europeas, uno de ellos era incluso un viejo conocido mío. No diría que el francés, Patrick Moreau, y yo éramos amigos, porque nos habíamos distanciado mucho después de su boda. Yo tenía un estilo de vida que no era muy adecuado para un hombre que había jurado fidelidad a una sola mujer.

—¡Andrea!

—¡Patrick! —Nos saludamos con un abrazo.

—No sabía que vendrías.

—Al final perdí ante mi hermana.

Él se rió.

—Al menos ha sido un momento para reencontrarnos.

—¡Sí! Pero quién diría que tendríamos que cruzar el Atlántico para ello. Somos hombres ocupados.

—Sin duda, pero dime, ¿qué has estado haciendo?

—Solo me he dedicado a la bodega.

—¿Sin ningún cambio?

—No el que tú esperas. —Me tocó a mí reírme y él me siguió.

—Tener una familia no es tan malo como crees.

—Ya tengo a Graciela.

—Ya me entiendes.

—Sí. —Asentí con la cabeza mientras aceptaba una copa de champán que me ofrecía uno de los camareros.

Definitivamente, tener una familia tal y como él la concebía no era mi prioridad en ese momento. Creía que mi vida era estupenda tal y como estaba y que no había nada que cambiar. Por mucho que Graciela ya fuera mayor, seguía escondiéndome detrás de la excusa de que tenía que cuidar de mi hermana pequeña.

Estaba distraído, probando un aperitivo típico brasileño del bufé, cuando la vi. Desde aquella llamada, Rafaela y yo no habíamos intercambiado ni una sola palabra y tampoco la había incluido entre mis prioridades. Pensaba que ella estaba mintiendo y la falta de insistencia me lo confirmó. Solo era una estafa que probablemente ella había abandonado.

¿Embarazada? ¡No me digas!

Pero me llevé una sorpresa cuando la miré más detenidamente. Llevaba un precioso vestido negro largo, pero cuando se apartó un poco, pude ver el volumen de su vientre.

¡Embarazada!

No es que las mujeres con las que me involucraba no encontraran a otras personas después. Incluso mi hermana estaba

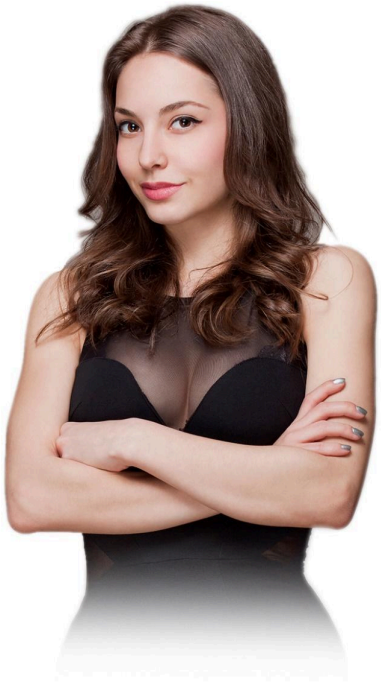
saliendo con una de mis ex, pero no esperaba que eso le pasara a Rafaela después de esa llamada.

Dejé la copa sobre la mesa y me levanté, caminando hacia ella.

—¿Rafaela?

—¡Andrea! —Abrió mucho los ojos en cuanto me vio, como si mi presencia le causara un gran impacto.

Sabía que dejaba recuerdos en las mujeres con las que me involucraba, pero no imaginaba que llegara a ese punto.



Rafaela Borges

Capítulo veintiuno

No esperaba verlo...

No quería verlo...

Por mucho que existiera esa posibilidad cuando mi jefe anunció que se celebraría la fiesta. Esperaba que no apareciera ningún representante de Villa Borch, o que si alguien venía, fuera la hermana y no él.

No quería ver al hombre que me había rechazado a mí y a mi bebé...

Ya había arreglado mi vida y estaba lidiando mejor con el hecho de estar embarazada. Contárselo a mis compañeros de trabajo había sido menos terrible de lo que imaginaba y, con la excepción de mi jefe, ninguno de ellos me acribilló a preguntas sobre quién era el padre.

Emanuel se sintió intrigado, molesto e incluso celoso, pero al final acabó aceptando que cualquier cosa relacionada con ese tema

era exclusivamente asunto mío. Además, ayudó a romper un poco el encanto que sentía por mí, ya que los hombres no estaban muy interesados en cuidar de los hijos de otros y Emanuel ya tenía su propia familia de la que preocuparse.

Al final, era mucho mejor así.

—Rafaela... —Andrea volvió a repetir mi nombre y mi corazón se aceleró.

—¡Hola! —Me esforcé por sonreír—. No imaginaba que vendrías a la fiesta. Supongo que tienes muchos compromisos en Italia. —Mi frase sonó completamente idiota, pero estaba tratando de no perder los nervios ante esa situación.

—Me convencieron de que era importante.

—Qué bien.

—Sí... Felicidades por el embarazo. —Señaló mi barriga y tuve ganas de dar unos pasos atrás, o acercarme a él y darle un puñetazo.

—Gracias —dije con torpeza, porque no podía causar un escándalo en un evento tan importante para la empresa.

—El padre debe de estar muy contento.

¿En serio? ¿Cómo se atrevía a decir eso?

Me quedé callada, mirándolo fijamente, buscando las mejores palabras para responder a su frase, pero no las encontré.

—El padre me dijo que estaba intentando hacerle una estafa... —se me escapó, apretando los dientes.

¡*Rafaela*! En ese momento quise pelear conmigo misma. De ninguna manera podía convertir la situación en un escándalo. Así que era mejor guardar mi ira y mi dolor solo para mí.

—¿A qué te refieres? —Andrea abrió mucho los ojos, sorprendida por mis palabras.

—Fueron las palabras que usaste...

—¿Qué?

—Si me disculpas. Tengo que recibir a otros invitados. —Tenía que salir corriendo de allí o perdería el control.

—Rafaela... —Me llamó y yo intenté escapar, como si fuera más fácil huir que tener que enfrentarme a él.

Empecé a desear que la fiesta terminara lo antes posible y poder volver pronto a mi casa.

Me imaginé que sería bastante extraño encontrarlo en otra situación, sin un bebé involucrado en todo esto, pero estar embarazada lo hizo aún peor.



Andrea Carraro

Capítulo veintidós

Ella salió prácticamente corriendo de mi lado y yo me quedé parado, tratando de comprender qué había hecho para provocar esa reacción. Por lo general, ese no era el tipo de efecto que causaba en las mujeres, incluso cuando me involucraba con ellas y no las llamaba a la mañana siguiente.

El padre me dijo que estaba intentando hacerle una estafa...

Sus palabras resonaron en mi mente hasta que recordé su llamada y sentí una sensación como si me hubieran dado una patada en el pecho.

—Tiene que ser una trampa —murmuré en voz baja al llegar a una conclusión que me pareció completamente descabellada.

¿Era realmente mío?

Hace unos meses, ella había hecho esa llamada descabellada y me dijo que estaba embarazada, pero pensé que no era en serio. Al final, lo dejé pasar, porque imaginé que solo podía ser la llamada

de una mujer molesta por mi falta de romanticismo después del sexo, pero yo era así y no me importaba en absoluto.

No... no podía ser mío.

La busqué en el salón, todavía conmocionado por las teorías que me corroían la mente. No era del todo imposible que el niño fuera mío. Dado el tamaño de su barriga, era plausible que se hubiera quedado embarazada cuando tuvimos relaciones sexuales y recordaba no haber usado preservativo en el calor del momento mientras estábamos juntos entre las viñas.

¿Pero era realmente mío?

Rafaela podría haber insistido, pero no lo hizo. Podría muy bien ser de otro tipo y ella desistió de intentar engañarme cuando se dio cuenta de que no iba a caer fácilmente.

Volví a mi mesa, donde Patrick estaba hablando con otro viticultor, y tiré de una silla, hundiéndome en ella con la sensación de que un camión me había atropellado y no podía respirar.

—¿Has visto un fantasma? —me preguntó Patrick al verme sentado con la mirada perdida y la mente más distante que nunca.

—Hum... —solo murmuré.

—Te pareces a mi hija cuando se asusta, pero ya eres demasiado mayor para eso.

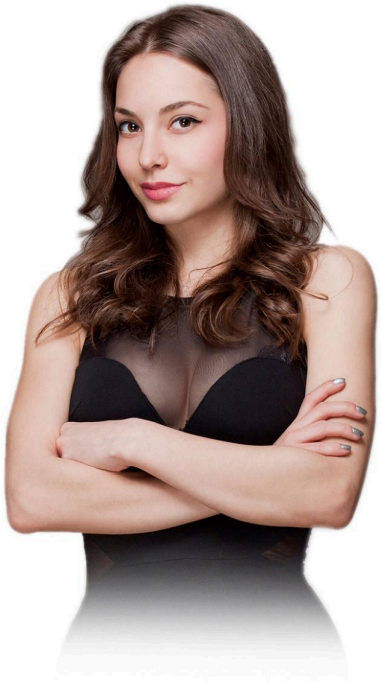
—No es nada del otro mundo. —Agarré la copa de champán que estaba sobre la mesa y me la bebí de un trago.

No fue suficiente para quitarme ese sabor amargo e indigesto de la boca.

Si ella no hubiera insistido, no tendría por qué preocuparme. Quizás ni siquiera era mío. Ella era adulta y bien podría haberse involucrado con otro hombre.

Intenté convencerme de ello, pero no fue suficiente para impedir que mi mente dejara de dar vueltas.

Por mucho que ya fuéramos mayores, había sido muy difícil para mí y para mi hermana quedarnos sin nuestros padres. Los echábamos de menos todos los días y yo me preguntaba constantemente cómo sería si aún estuvieran allí.



Rafaela Borges

Capítulo veintitrés

Intenté evitar la presencia de Andrea durante el resto de la fiesta y me concentré en la conversación con las representantes de la cooperativa argentina. Por mucho que mi jefe tuviera un propósito un poco más político al cerrar ese contrato, los vinos producidos por esas mujeres estaban siendo muy bien aceptados en nuestro territorio, especialmente en los supermercados locales.

Tenía la ambición de expandir el comercio a otros Estados del país y pretendía poner en práctica al menos parte de ese plan antes de mi licencia por maternidad en unos meses. Quería asegurarme mi regreso, así que me esforzaba al máximo para dejar un buen trabajo en marcha y que se notara mi ausencia mientras estuviera fuera cuidando de mi hijo.

Con el paso del tiempo, ya podía sentir a Enzo moviéndose en mi vientre y la expectativa por su llegada era cada vez mayor. Al final, mi madre había acertado, realmente era un niño.

Cuando los invitados empezaron a marcharse, aproveché para irme con ellos. Ya no podía llevar tacones altos como antes, debido al peso de mi barriga, y me dolían mucho los pies y las piernas.

Fui al estacionamiento del salón y le pedí al valet que me trajera el coche. Por mucho que mi padre me insistiera en que no condujera, al final resultó ser mucho más práctico, con el embarazo, a pesar de los atascos.

—¡¿Rafaela?!

Estaba a punto de entrar en mi coche cuando oí a Andrea llamarme y mi corazón se aceleró, demostrando mi nerviosismo. Mi hijo lo notó y se movió en mi vientre, lo que me hizo poner la mano sobre mi barriga.

—Todo está bien, Enzo. —Acaricié mi vientre en un intento por calmarlo.

—Rafaela, por favor... —La voz de Andrea estaba más cerca y tuve la sensación de que estaba justo detrás mío.

Me quedé quieta, mirando a la nada, hasta que sentí su mano tocar mi hombro, provocándome un escalofrío que me hizo girarme para mirarlo.

Sus ojos claros parecían misteriosos y estaba ligeramente oculto bajo la sombra que proyectaba el techo, pero estoy segura de que no fue eso lo que me provocó un escalofrío.

—¿Qué quieres? —me arriesgué a preguntar.

—¿Hay alguna posibilidad de que ese hijo sea mío?

Me sentí aún más ofendida y quise gritarle. *Después de las duras palabras que me había dicho, ¿cómo se atrevía a acercarse así?*

—¿Qué diferencia hace? —fui tajante. Esos meses de embarazo, pensando en la forma en que había actuado conmigo, habían sido suficientes para que guardara mucha amargura.

—¿Cómo que "qué diferencia hace"? —Levantó sus gruesas cejas con evidente sorpresa.

—Eres un imbécil.

—Nunca te dije que no lo era.

—¡Perfecto! Ahora necesito irme a casa porque mis pies me están matando y necesito quitarme estas medias de compresión.

—¡Espera! —Me tomó del hombro y me obligó a mirarlo otra vez.

—¿Qué pasa? —Resoplé, irritada.

—No respondiste mi pregunta.

—¿Tengo que hacerlo?

—Claro que sí.

Tragué saliva, con la garganta tan apretada que sentí como si tuviera un ladrillo atascado.

—Ya te dije la verdad, Andrea, pero aseguraste que yo estaba mintiendo.

—Ni siquiera tenía cómo saber si era mío.

—¿De verdad crees eso? —solté furiosa—. ¿Acaso piensas que no sé con quién me acuesto?

—No fue eso lo que quise decir.

—Pues fue exactamente la impresión que me diste.

Guardé silencio un momento, mordiéndome los labios hasta sentir el sabor metálico de la sangre. Necesitaba sacar esas palabras de mi boca, aunque sabía que no sería fácil.

—Te lo dije hace meses: tú eres el padre —solté, dejando escapar toda la rabia que me había estado consumiendo.

—Pensé que no lo decías en serio.

—¿Pensaste eso? ¡Tú me llamaste estafadora!

—Yo... —Se quedó sin palabras, sin saber qué decir. Francamente, aquella situación no estaba siendo fácil para ninguno de los dos.

—¡Está bien! —Levanté la mano—. No pienso exigirte nada.

—¿Exigirme? ¿Exigirme qué?

—Una pensión o cualquier tipo de compensación como padre. —Di unos pasos hacia mi coche y, finalmente, logré entrar—. Ahora, si me disculpas, tengo que irme.

Aceleré el auto sin mirar atrás. Estaba conduciendo como una loca, pero no pude reaccionar de otra manera. Durante todos esos meses, desde que supe de mi embarazo, no había imaginado que llegaría el momento de enfrentarme a Andrea.

Para ser sincera, ya había asumido que él era de esos tipos de sinvergüenzas que no se preocupan por un hijo y que jamás asumirían la paternidad. Yo tampoco estaba dispuesta a mover cielo y tierra para probarlo, solo para que pensaran que buscaba algún tipo de compensación económica.



Andrea Carraro

Capítulo veinticuatro

Me quedé allí, atónito y completamente inmóvil, mientras el coche desaparecía de mi vista. Una parte de mí pensaba que aquella situación era una locura. No tenía sentido que ella estuviera embarazada, aunque ya había oído muchas historias sobre embarazos tras una aventura de una noche.

¿Era posible? ¿Me había pasado a mí?

Intenté recordar nuestra última conversación. Estaba aturdido, sumergido en informes y preocupado por la vinicultura. No tenía tiempo para nadie y, desde luego, no iba a perder el tiempo. Había olvidado las palabras exactas que le había dicho, solo sabía que había sido breve y seco.

¿De verdad ella estaba esperando un hijo mío?

¿Cómo podía reaccionar ante eso?

No sería una sorpresa si me quedara inmóvil como en ese momento.

—Señor... —El aparcacoches se acercó a mí y me habló rápidamente en portugués, pero no entendí lo que dijo.

—¿Scuza? —Me giré hacia él y parpadeé.

—¿En qué puedo ayudarlo? —Habló muy despacio y pude entenderlo. Por suerte, el italiano y el portugués son lenguas hermanas, lo que facilitaba la comunicación.

—Taxi. —Resumí la respuesta en una sola palabra, que fue suficiente para que él me entendiera.

El hombre asintió con la cabeza y se alejó, tomando un teléfono fijo de una mesa de madera.

No tardó mucho en aparecer el taxi en el horizonte. El conductor hablaba inglés y entendió rápidamente en qué hotel me alojaba.

En cuanto llegué a la habitación, me quité el esmoquin. No es que la corbata me molestara tanto o que estuviera demasiado irritado por la situación.

La fiesta no fue nada de lo que esperaba. Aunque había planeado descubrir técnicas y consejos con los demás viticultores, no preveía pasar todo el tiempo buscando a Rafaela en medio de la fiesta.

—¡Embarazada! —me repetí incrédulo al recordarla.

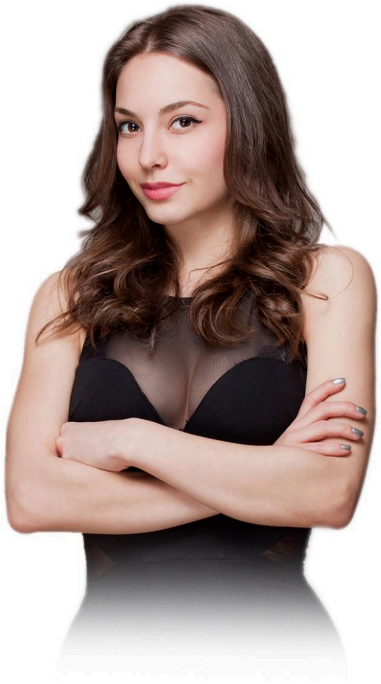
No era posible...

De alguna manera, podría intentar atar cabos en mi cabeza, pero estaba lejos de ser tan sencillo.

Tomé mi móvil y le envié un mensaje a mi hermana. Ella era la única persona cercana con la que podía hablar de ese tema, pero no me respondió. Solo entonces me di cuenta de que debía de ser muy temprano por la mañana en Italia debido a la diferencia horaria.

Tendría que hablar con mi hermana en otro momento, pero no estaba seguro de poder dormir mientras asimilaba esa

información.



Rafaela Borges

Capítulo veinticinco

Estaba sentada en el borde de la mesa de la cocina, bebiendo té, cuando apareció Isabela. Era domingo y se frotaba los ojos con el dorso de las manos.

—¡Buenos días! —Abrió la boca con un gran bostezo.

—Buenos días —Mi entusiasmo no era como el suyo.

—Apuesto a que tuviste una noche muy agitada ayer y acabas de llegar. —Ella se rió, pero yo mantuve mi expresión seria, lo que la alertó—. ¿Ha pasado algo?

—La verdad es que sí.

—¡Cuéntame! —Ella se acercó a una silla y se sentó frente a mí.

—Andrea estaba en la fiesta ayer.

—Bueno, es uno de los proveedores de la importadora, era de esperar que estuviera allí, ¿no?

—Sí, pero...

—¿Qué?

—No me lo esperaba.

—Ah, amiga, no deberías ser tan ingenua.

—¡No sé! —Me encogí de hombros.

—¿Y qué más pasó?

—¿Te puedes creer que vino a preguntarme por el embarazo y me dijo que "el padre debería estar muy feliz"?

—¡No me digas! —Ella puso los ojos en blanco.

—Sí...

—¿Y tú qué le dijiste?

—Hice todo lo posible por esquivarlo.

—¡Amiga!

—¿Qué más querías que hiciera?

—Hacer que aceptara la verdad sería un comienzo.

—Como si fuera tan sencillo.

—Podrías intentarlo.

Solo puse mala cara sin saber qué responder, probablemente ella no tenía ni idea de lo complicado que era todo eso para mí.

—¿Eso fue todo? —insistió para que siguiera contando.

—No.

—¿Qué más pasó?

—Le insistí en que él ya sabía que era el padre.

—¿Y entonces? ¿No se sentaron a hablar? ¿No hablaron sobre el bebé?

—Como si eso fuera a suceder. —Puse los ojos en blanco.

—¿No debería ser más sencillo? Ustedes son los padres.

—¡Ay, Isa, por favor!

—Lo siento. —Se encogió incómoda al darse cuenta de que quizá había exagerado un poco.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato y volví a sorber mi té hasta que ella decidió hablar de nuevo

—¿Y ahora qué va a pasar?

—¿A qué te refieres?

—Ahora que él lo sabe, ¿cómo van a quedar las cosas entre ustedes por lo del bebé?

—Igual que hasta ahora.

—¿No va a cambiar nada?

Negué con la cabeza.

—¿De verdad crees que su opinión ha cambiado desde aquella llamada?

—De acuerdo. —Decidió no insistir, por mucho que para ella la situación en su conjunto aún le resultara extraña.

Saqué unas galletas de una cesta que había en el centro de la mesa y le di un mordisco. Debería tener hambre, pero esa mañana me había hecho sentir tan extraña como al principio del embarazo.

Me sorprendí al oír que llamaban a la puerta de nuestro departamento.

—¿Esperas a alguien? —Levanté las cejas para mirar a mi mejor amiga.

—Yo no, ¿y tú?

Negué con la cabeza.

—Quizás sean tus padres.

—Me avisarían si iban a venir.

—Bueno, entonces debe ser algún repartidor. Voy a ver. —Isabela salió de la cocina y yo me quedé quieta, no se me pasaba nada por la cabeza y no creía que pudiera haber ninguna sorpresa un domingo por la mañana, hasta que oí una voz:

—*Grazie*.

¿Qué?

Lo mejor parecía quedarme quieta en mi silla. Quizás la falta de sueño me había hecho oír cosas, pero cuando Isabela apareció en la puerta de la cocina para mirarme, tuve la certeza de que era él.

—Tienes visita.

—¡¿Por qué lo dejaste entrar?!

—¿Querías que lo dejara fuera?

No respondí, pero me dieron ganas de decir que sí.

—Creo que necesitan hablar.

—No sé de qué vamos a hablar.

—¿Sobre Enzo? —sugirió lo obvio.

Respiré hondo y terminé levantándome de la silla. Mi barriga ya pesaba hacia delante y necesitaba equilibrarme un poco. Llevaba un pijama que ya me quedaba grande, pero era una de las prendas que mejor me quedaba después de empezar a engordar.

Caminé lentamente hasta la sala y pronto mis ojos lo encontraron sentado en el pequeño sofá desgastado, siendo olfateado por mi perrita, que no parecía encontrarlo extraño.

—*Buongiorno.* —Se giró hacia mí.

El italiano no llevaba el impecable esmoquin de ayer, pero estaba igual de guapo con una camisa polo y unos jeans.

—Hola. —Lo miré fijamente durante un momento hasta que me armé de valor para preguntarle—. ¿Cómo descubriste dónde vivo?

—El amable empleado de la importadora me lo dijo. Me había dado su número personal cuando firmamos los contratos.

—¡Ah!

Tendría que averiguar quién era el empleado del departamento jurídico que había violado mi privacidad, pero sin duda ese sería un tema para otro momento.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Ayer prácticamente huiste.

—Estaba cansada.

—¿No crees que tenemos que hablar?

—¿Tenemos que hacerlo? —Me encogí de hombros—. Ya estoy lidiando con esto, y no necesito exigirte nada. Sé exactamente cómo se comportan los hombres de tu perfil.

—¿Los hombres de mi perfil? —Movía los labios como si de alguna manera mis palabras lo ofendieran.

—Seguro que no soy la primera mujer a la que dejas embarazada.

—Por lo que yo sé, sí.

—Increíble. —Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué actúas así?

—¿Yo? —Me quedé sin palabras cuando me invadió la ira.

Ya era un gran reto decidir ser madre soltera, no necesitaba conflictos ni discusiones con el padre para complicar aún más ese

momento.

—Me tomó por sorpresa —admitió.

—Me imagino que sí, pero no tienes nada de qué preocuparte, puedes volver a Italia, el bebé y yo estaremos bien. No soy la estafadora que estás pensando.

—Yo no... —Se detuvo a mitad de la frase porque, de hecho, había utilizado esos términos conmigo, por mucho que quisiera negarlo—. ¿Es niño o niña? —Su pregunta me agarró desprevenida de nuevo.

—Niño.

Andrea esbozó una sonrisa amistosa que me hizo retroceder un poco y bajar la guardia.

—A veces echo de menos cómo era cuando mi padre estaba aquí.

—¿Ya no está? —Me di cuenta del desliz en cuanto las palabras salieron de mi boca, pero ya era demasiado tarde.

—Falleció en un accidente junto con mi madre.

—Lo siento.

—Fue hace tiempo. —Se encogió de hombros.



Andrea Carraro

Capítulo veintiséis

Estaba aturdido, a falta de una palabra mejor para describir ese momento. No había pegado ojo en toda la noche pensando en ello. Rafaela me había dicho antes que estaba embarazada, era comprensible que no le creyera.

¿Un engaño? Era posible…

Sin embargo, teniendo en cuenta cómo estaba actuando, ¿qué motivos tenía para mentirme?

Admito que no sabía muy bien cómo reaccionar ante todo eso, de ninguna manera pensé que vendría a Brasil para participar en una fiesta y descubriría que una mujer con la que tuve una breve aventura realmente estaba esperando un hijo mío. Podría ser una farsa, pero si era verdad, ¿no debería tener alguna responsabilidad sobre ese niño?

—¡Quiero hacer una prueba de ADN!

Ella abrió mucho sus ojos marrones y dio un paso atrás como si la hubieran golpeado.

—¿ADN? —repitió.

—Si es mío, quiero una confirmación.

—Mira... —Apretó los dientes y noté que se le enrojecía la cara mientras se llevaba las manos al vientre, protegiéndolo—. No tengo que demostrarte nada.

—Dijiste que soy el padre, solo quiero estar seguro... —Intenté arreglar la situación, pero la furia en su rostro era evidente.

—Dijiste que querías una prueba de ADN, lo oí perfectamente.

—Entonces, ¿por qué no la haces?

—Porque ya te he dejado muy claro que no quiero que te involucres.

—Soy yo quien tiene que decidir si me involucro o no.

—Ni siquiera crees que sea tuyo.

—La prueba de ADN demostrará si lo es.

—Él es parte de mí y eso es todo lo que importa. —Volvió a acariciarse el vientre.

—Si te haces la prueba, asumiré mis responsabilidades con respecto a ese niño. Si sabes que es mío, no hay razón para no hacértela.

—No estoy negociando nada contigo. Solo te conté porque creí que merecías saberlo. Mi hijo y yo estaremos muy bien. —Adoptó por completo una actitud defensiva, caminó hasta la puerta del salón, la abrió y señaló el pasillo—. Puedes volver a Italia sin remordimientos, no voy a ir detrás de ti.

—Oye, no es tan sencillo. —Alcé el tono de voz.

—¡Sí lo es!

—No puedes decirme que estás esperando un hijo mío y luego echarme de tu casa.

—Para empezar, no deberías haber venido aquí. Quienquiera que te haya dado mi dirección no debería haberlo hecho.

—Pensé que podríamos hablar.

—No quiero hablar.

Estaba tratando de evitar la situación, pero parecía que lo único que conseguía era irritarla aún más.

—Que te vaya bien, Andrea...

Respiré hondo y me fui. Me di cuenta de que insistir solo empeoraría las cosas y, para ser sincero, todavía no sabía cómo reaccionar.

Mientras estaba en la entrada de su edificio, pedí un coche por una aplicación y recibí un mensaje de mi hermana en la pantalla de mi móvil.

Graciela:

¿Has podido hablar con ella?

Andrea:

Digamos que no salió como esperaba.

Graciela:

¿Qué hiciste?

Andrea:

¿Por qué crees que fui yo?

Graciela:

Te conozco muy bien, hermano.

Andrea:

Fue ella quien se enfadó cuando le pedí que se hiciera una prueba de ADN. ¿No debería ser eso lo mínimo?

Graciela:

Claramente no confía en ti.

Andrea:

No era ella quien debía ganarse mi confianza.

Graciela:

No es así como resolverás la situación.

Andrea:

¿Vas a decir que estoy equivocado?

Graciela:

No tienes muy buena fama entre las mujeres.

Andrea:

Es una situación diferente.

Graciela:

¿De verdad?

Andrea:

Eres mi hermana, deberías estar de mi lado.

Graciela:

Apuesto a que ni la llamaste al día siguiente. ¿Por qué habría de confiar en ti respecto al embarazo? Además, llegar exigiendo una prueba de ADN no ayuda en nada.

Andrea:

Tenemos un patrimonio que cuidar. ¿Quién garantiza que ella no sea solo una interesada que quiere dinero?

Graciela:

Si fuera por dinero, ¿no crees que habría venido a buscarte antes?

Andrea:

Podría estar esperando a que naciera el niño.

Graciela:

Puede ser.

Andrea:

Sí...

Graciela:

Podrías dejar el tema y ver qué hace después.

Andrea:

¿Dejarlo pasar? ¿Cómo?

Graciela:

Si crees que el hijo no es tuyo, puedes volver a casa y esperar a que ella te persiga para demostrar cualquier cosa si así lo desea.

Andrea:

¿Y nunca sabré la verdad si ella no viene a buscarme?

Graciela:

Es una decisión que tendrás que tomar.

Andrea:

Sí...

Graciela:

Necesito ocuparme de algunos asuntos relacionados con la vinicultura ahora que tú estás fuera.

Cuídate mucho.

Andrea:

Gracias.

Graciela:

No tardes en volver. No puedo ocuparme de todo yo sola.

Andrea:

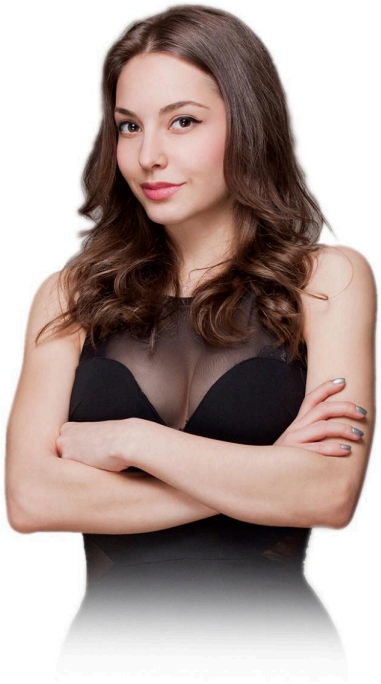
No te preocupes.

En cuanto bajé del coche compartido, subí directamente a la habitación donde me alojaba y abrí una botella de vino que había en la nevera. Era una marca que no conocía, pero el hecho de que fuera un merlot fue suficiente para servirme una copa.

Di unos sorbos sin preocuparme mucho por apreciar la bebida y me acomodé en un sillón que estaba cerca de la ventana, con vistas a una amplia avenida muy transitada.

Graciela había sido muy sincera conmigo y me había dejado ver las opciones que tenía. Podía irme y no volver a tocar ese tema nunca más. Si Rafaela venía a buscarme, podría exigir la prueba de ADN y dejar que la ciencia demostrara si ese niño era mío o no, pero si nunca venía, también existía la posibilidad de que no conociera ni conviviera con un posible hijo.

Quizás no me importaría tanto si no hubiera perdido a mis padres, pero el vacío que habían dejado en mi vida me molestaba mucho.



Rafaela Borges

Capítulo veintisiete

—¿Por qué no te haces esa prueba de ADN y le demuestras a ese tipo que el bebé es suyo? —Isabela apareció frente a mí, analizándome tan pronto como Andrea se marchó después de nuestro enfrentamiento nada amistoso.

—Porque no. —Fruncí los labios y crucé los brazos, como una niña mimada.

Estaba muy enfadada por aquella discusión y pensaba que no deberían haberme tratado así. La forma en que aquel idiota italiano había actuado conmigo había ofendido mi moralidad y eso era algo que no iba a aceptar tan fácilmente.

—¿El bebé no es suyo?

—¡Sí! —dejé escapar un grito de protesta—. Lo único que falta es que tú también dudes de mí.

—No estoy dudando de ti, amiga. —Isabela me empujó a un lado y se acomodó a mi lado en el sofá de la sala.

—No es lo que parece.

—Él solo quiere una confirmación.

—No creo que tenga que confirmarle nada, Isa. Si no me cree, no es mi problema.

—¿No quieres que él esté seguro?

—No —respondí demasiado rápido y mi mejor amiga abrió mucho los ojos.

—¿Cómo es eso?

—Además de que su cuenta bancaria es mucho mayor que la mía, vive en Italia, Isa. Si decide que quiere la custodia de mi hijo, puede alejarme mucho de él.

—Creo que ese tipo no haría eso.

—No lo conoces. —Me encogí de hombros—. Ni yo lo conozco —tuve que admitir—. Cuando me acosté con él fue solo una aventura. Fue agradable, emocionante... ¿Qué posibilidades había de acostarme con un italiano guapo en medio de unos viñedos? Pero no esperaba quedarme embarazada. Fue un error mío y lo estoy afrontando, pero mi hijo aún no ha nacido y ya es lo más importante del mundo para mí. Prefiero que piense que soy una mentirosa a correr el riesgo de verme envuelta en una disputa internacional.

—Creo que estás exagerando un poco.

—¿Has leído los casos en Internet?

—Por supuesto. —Ella esbozó una media sonrisa y puso la mano sobre mi vientre, acariciándolo, y mi hijo se movió dentro—. ¿Pero no crees que en algún momento querrá saber quién es su padre? Ya sabes lo curiosos que son los niños.

—Le diré a Enzo que fue una aventura de una noche. Que no estoy segura de quién es su padre.

—¿Crees que lo aceptará?

—Es la verdad. Solo fue una aventura.

—Pero tú sabes quién es su padre.

—Eso es irrelevante.

—¿Y si Andrea aparece años después queriendo conocer a su hijo y exigiendo que se haga la prueba de ADN?

—Él no haría eso...

—¿Segura?

La duda que Isabela me había sembrado no me hacía sentir más cómoda con esa situación.

—¿No crees que es un riesgo que correrías de todos modos?

—Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Entregarle mi hijo a ese tipo?

—¡No! Por supuesto que no, Rafa. Solo estoy pensando que tal vez puedan llegar a un consenso sobre lo que será mejor para ustedes y para el niño. Son adultos, pueden hacerlo.

—¿De verdad?

—Por el bien de Enzo, es mejor que sí, ¿no crees?

—Tienes razón... —Exhalé con fuerza mientras acariciaba mi vientre y sentía el volumen del piecito de mi hijo en uno de los lados.

—Todo saldrá bien. —Me sonrió mientras me acariciaba el hombro.

—Espero que sí.

No sería tan fácil lidiar con la situación como Isabela imaginaba, pero debería haberlo pensado. Un embarazo inesperado y accidental como ese tendría consecuencias, solo que aún no podía prever exactamente cuáles.

Lidiar con Andrea podría ser un gran desafío para el que no estaba preparada.



Andrea Carraro

Capítulo veintiocho

En ese momento debería estar en el avión de camino a Roma, pero perder el billete y preocuparme por cambiarlo no era una prioridad ante la situación a la que me enfrentaba. Graciela podría necesitarme en la bodega, pero yo simplemente no volvería a Italia con esa bomba que me habían lanzado encima.

Sí, tenía la opción de dar la espalda y fingir que no me importaba nada de eso. Para ser sincero, una gran parte de mí se inclinaba por esa opción. *Si Rafaela no quería ceder, ¿por qué tenía que hacerlo yo?*

Podría ser capaz de dejar esa historia a un lado y fingir que no había sucedido, tal y como hacía con todas las demás mujeres con las que me había involucrado, pero en el fondo, podía oír a mi padre diciéndome que tenía que madurar y asumir mis responsabilidades en lugar de comportarme como un niño. Está bien que se refiriera a lo que me había delegado en la vinicultura mientras yo solo quería disfrutar de la vida, pero sus enseñanzas me

mantuvieron en pie cuando él y mi madre se fueron y la situación me obligó a madurar a la fuerza.

Me dejaron, pero habría sido mucho más fácil si aún estuvieran aquí...

Podría haber disfrutado del mundo, viajado, estudiado fuera de Italia y divertido mucho más que unas cuantas noches de juerga en Venecia, pero no podía dejar a Graciela, ni permitir que la herencia de mi familia se arruinara.

La vida me había dado una buena lección para demostrarme lo mucho que echaba de menos a mi padre, por mucho que en algunos momentos hubiéramos discutido sobre los planes que tenía para mí. Al final, no fue tan fácil escapar.

Volver a Italia sabiendo que Rafaela podría estar embarazada de mí era dar la espalda a una gran responsabilidad. Por muy mujeriego que fuera, ¿debía abandonar a un hijo?

Estuve dándole vueltas al asunto todo el día hasta que decidí que tenía que volver a verla. Debía haber alguna forma de convencerla de que se hiciera la prueba para que yo tuviera la certeza de la paternidad del niño y luego decidieramos cómo íbamos a actuar al respecto.

Estaba a punto de ir a su casa de nuevo cuando mi celular comenzó a sonar.

—¿Andrea? —Su voz al otro lado de la línea me sorprendió.

—Sí, Rafaela.

—Si tu móvil no está apagado, supongo que todavía estás en Brasil.

—Sí, pero no imaginaba que me llamarías.

—No eres el único que tiene el número del departamento financiero.

—No es un problema, realmente necesitaba hablar contigo. La situación no puede seguir así.

—Sí, parece que no...

—Sobre el ADN...

—Solo estoy de acuerdo con una condición —me interrumpió antes de que pudiera terminar la frase.

—¿Qué condición?

—Prométeme que no intentarás quitarme la custodia ni llevarlo a Italia.

—Esa es una cuestión que aún debemos analizar.

—No, no voy a analizar nada —dijo en tono firme y me imaginé que, si estuviera delante mío, estaría dando patadas en el suelo—. No me vas a quitar a mi hijo.

—También es mi hijo.

—¿No necesitas una prueba de ADN para demostrarlo? Es mi condición para hacerlo.

No esperaba que ella fuera tan enfática con ese tema. Tuve que reflexionar sobre el asunto durante un rato, ya que la situación me estaba absorbiendo más rápido de lo que podía pensar. Ni siquiera había considerado llevarme al niño a Italia, pero sería la mejor manera de estar cerca.

Quería la prueba, y tal vez sería más fácil pensar en una manera de sortear su condición cuando estuviera seguro.

—De acuerdo —acabé aceptando—. No lo llevaré a Italia.

—Esto tiene que ser un trato.

—¿Qué tipo de trato? ¿Un contrato?

—Si tu palabra no es suficiente.

—Lo es.

—Entonces, de acuerdo. Hay varias clínicas en la ciudad que hacen este tipo de pruebas.

—Voy a ver algunas recomendaciones y elegiré.

—Como quieras.

—Me pondré en contacto contigo mañana para hacer el examen.

—Quedamos así.

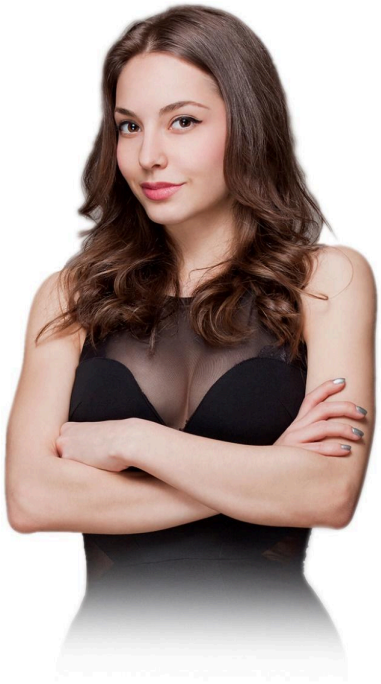
Colgó el teléfono sin darme oportunidad de decir nada más.

Cada vez era más evidente que lidiar con esa situación podría ser mucho más complicado de lo que imaginaba.

Antes de prepararme para dormir, le envié un mensaje a mi hermana diciéndole que podría terminar pasando mucho más tiempo en Brasil de lo que había previsto. Para mi sorpresa, solo me dijo que resolviera el asunto y que ella se encargaría de todo por allí.

Mi hermana no quería involucrarse demasiado, pero tuve la sensación de que acabaría criticándome después si simplemente le daba la vuelta a la situación.

Nunca me había visto como padre, no había planeado formar una familia, ni había tenido ninguna relación duradera. La única persona a la que me preocupaba proteger era Graciela, pero al parecer mi vida daría un giro totalmente inesperado.



Rafaela Borges

Capítulo veintinueve

—He hecho pan de queso. —Mi mejor amiga se acercó a mí con una bandeja que desprendía un aroma delicioso y un vapor blanco.

—Gracias. —Tomé una servilleta de papel de un rincón y elegí uno que parecía más tostado, pero tuve que esperar a que se enfriara un poco antes de darle un mordisco—. ¿No deberías haber salido ya para el trabajo?

—Hoy es lunes, solo tengo clase después del descanso.

—¡Ah, claro! —Esbocé una sonrisa forzada al recordarlo.

—¿Qué tal la noche?

—Desvelada... —Suspiré mientras me acomodaba en una de las sillas de nuestra pequeña mesa en la cocina.

—Eso no es bueno ni para Enzo ni para ti.

—Lo sé, pero no puedo dormir tan tensa. —Me pasé las manos por las sienes, notando que estaban sudadas, y me eché el pelo hacia atrás. Tendría que darme una ducha antes de irme al trabajo.

—Creí que lo habían resuelto ayer cuando aceptaste hacerte la prueba.

—Creo que sí, pero no sé...

—No lo entiendo. ¿Él aceptó o no la condición?

—La aceptó, pero no puedo evitar estar tensa.

—Ah, amiga, todo saldrá bien. No tienes porqué sufrir por adelantado. ¿De verdad crees que él querrá asumir la responsabilidad de criar al niño cuando solo puede hacer algunas visitas esporádicas?

—Sinceramente, no lo sé.

—Todo saldrá bien —intentó animarme.

—Gracias.

Terminé el desayuno, me di una ducha y me preparé para ir al trabajo. Desde que mi barriga empezó a crecer, tuve que readaptar mi vestuario. Los trajes que solía usar ya no me quedaban bien y la ropa ajustada me incomodaba mucho, así que empecé a usar vestidos.

Me maquillé ligeramente y me peiné antes de salir. Por mucho que estuviera embarazada, tenía que estar presentable y tomarme mi trabajo en serio, porque lo necesitaba más que nunca. El dinero era fundamental para cuidar de este niño.

Fui a la oficina de la importadora y saludé a algunos compañeros de trabajo antes de acomodarme en mi cubículo. Mi jefe no estaba muy contento con el embarazo, pero el resto de la gente me había felicitado y se había animado con la idea. Por mucho que la curiosidad por saber quién era el padre flotara en el aire, dejaron

de hacer preguntas unas semanas después de que revelara mi embarazo.

Las madres solteras no eran tan infrecuentes.

Dejé mi bolso al lado de la mesa y encendí el ordenador. Imaginaba que algunos correos electrónicos sobre negociaciones pendientes que estaba esperando finalmente habrían llegado, sobre todo después de la fiesta del sábado. Teníamos buenas perspectivas con respecto a antiguos y nuevos proveedores que esperaba que se materializaran.

Me sorprendió cuando mi móvil empezó a vibrar. Era una llamada de Andrea, pero pensé que era mejor no contestar. Por más que me caían bien mis compañeros de trabajo, eran curiosos y podrían acabar haciéndome preguntas que no quería responder.

Después de unos minutos, me envió un mensaje.

Andrea:

¿Estás ocupada?

Rafaela:

Estoy en el trabajo.

Andrea:

¿No puedes atender ahora?

Rafaela:

Es mejor por mensaje.

Andrea:

Ok. He encontrado una clínica, ¿cuándo puedes ir para que te saquen sangre y te hagan el análisis?

Rafaela:

Si no queda muy lejos, a la hora del almuerzo.

Andrea:

Te enviaré la dirección y me dices.

Rafaela:

De acuerdo.

No tardó mucho en enviármela y me sorprendió ver que estaba bastante cerca de mi trabajo. Si no fuera porque me pesaba tanto el vientre, podría incluso ir caminando, pero me entraron ganas de decir que no podía ir. Sin embargo, antes de escribir algo, oí la voz de Isabela en mi cabeza diciéndome que no podía huir de aquello para siempre.

Rafaela:

Iré a la hora del almuerzo.

Andrea:

¡Genial! Nos vemos allí.

Rafaela:

¿Necesitas ir tú también?

Andrea:

Tienen que recoger mi material.

Rafaela:

Claro.

Andrea:

Hasta luego.

Estaba angustiada y mi corazón latía con fuerza. Una parte de mí deseaba que el resultado de la prueba fuera negativo y que Andrea no fuera el padre de Enzo, por muy improbable que fuera, ya

que no había habido otro hombre en el mes de la concepción. Tampoco es que yo saliera por ahí acostándome con todos los hombres del mundo. Para ser sincera, estaba segura del resultado de ese examen y eso era lo que más me aterrorizaba.



Andrea Carraro

Capítulo treinta

Después de tener algunas dificultades para rellenar el papeleo, ya que nadie en la recepción de la clínica dominaba el inglés y mucho menos hablaba italiano, conseguí arreglármelas con la ayuda de una aplicación de traducción y me quedé esperando a que Rafaela apareciera en la recepción.

En el fondo, me preguntaba si realmente vendría, por mucho que hubiéramos llegado a un acuerdo, su actitud no me había convencido al cien por cien y aún no sabía cómo iba a manejar esa situación si decidía excluirme de la vida del niño.

Si no estaba preparado para ser padre, lidiar con una posible disputa era aún más enloquecedor.

Sostuve mi celular y lo miré fijamente, estaba a punto de enviarle un mensaje cuando la vi pasar por las puertas automáticas. Sus ojos marrones recorrieron el espacio blanco, con algunos carteles sobre niños y reproducción humana, hasta que me encontró en una de las sillas.

Vi que respiraba profundamente y dudaba antes de caminar hacia mí.

—Hola.

—Hola...

—¿Qué tengo que hacer?

—Ve a la ventanilla y entrega tus documentos. —Tomé un papel y se lo tendí—. Aquí tienes el protocolo del examen.

—De acuerdo. —Rafaela se dirigió al lugar que le había indicado y yo esperé hasta que, unos minutos después, regresó.

—¿Todo bien?

—Me llamarán por mi nombre.

—De acuerdo.

—¿Ya te han recogido la muestra?

Asentí con la cabeza, recordando que había masticado un algodón para que almacenaran mi saliva.

—Muy bien.

Rafaela se quedó parada a mi lado y el ambiente era extraño, porque ella no se atrevía a decir nada más y yo tampoco sabía cómo iniciar una conversación, ni si debía hacerlo.

Cuando se movió, vi que se ponía la mano en la barriga y me pregunté si el niño se estaría moviendo. Hacía poco más de seis meses que habíamos estado juntos, así que no tardaría mucho en nacer el bebé y pensar en ello me dejó un poco desconcertado con la situación.

Estaba a punto de abrir la boca y decir algo, pero apareció una mujer llamándola por su nombre y Rafaela se levantó sin decirme una sola palabra y siguió a la profesional por un largo pasillo.

Me quedé en el mismo lugar, sentado esperando como si hubiera pasado una eternidad. Respondí algunos correos electrónicos de trabajo hasta que ella volvió a aparecer.

—Creo que eso es todo —dijo, deteniéndose con los brazos cruzados frente a mí.

—¿Necesitas algo?

—No, estoy bien.

—La sangre...

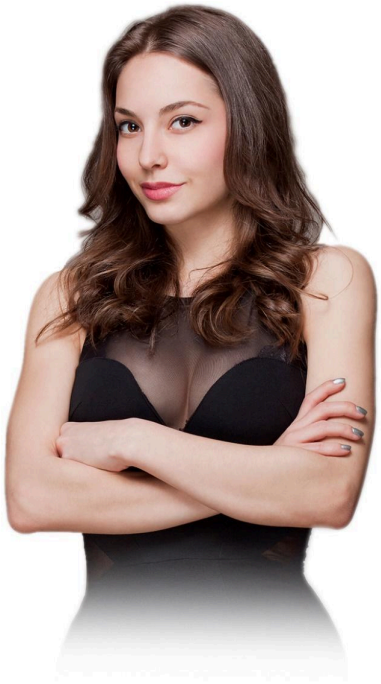
—No tienes ni idea de cuántos análisis de sangre me he hecho desde que descubrí que estaba embarazada.

—Está bien...

—Hablamos cuando lleguen los resultados. —Eso fue todo lo que dijo antes de irse de la clínica y dejarme allí.

Confirmé con la clínica que tardarían aproximadamente diez días en darme el resultado, así que me fui al aeropuerto, tenía muchos asuntos pendientes en casa y recibiría el resultado por correo electrónico, pudiendo decidir después qué haría a continuación.

Si el hijo era realmente mío, volvería a Brasil para intentar llegar a un acuerdo con Rafaela.



Rafaela Borges

Capítulo treinta y uno

Estaba particularmente agotada cuando llegué a casa después de ese largo día. Dejé mi llave sobre el mueble de la entrada y me quité las zapatillas que me estaban devorando los pies, cada vez más hinchados con el avance del embarazo.

—¡Hola, amiga! —Isabela levantó la cabeza de una pila de exámenes que parecía estar corrigiendo y me miró cuando pasé junto a ella—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Ajetreado.

—¿En el trabajo?

—En realidad, no. Fui a hacerme la prueba de ADN en la hora del almuerzo y me encontré con Andrea.

—¿Y cómo te fue?

—Raro.

—¿Él dijo algo que te molestó?

—Para ser sincera, ni siquiera le di tiempo a decir nada. Le dije que hablaríamos cuando salieran los resultados.

—¿Y entonces?

—Esperaremos... —Levanté las piernas para relajarme y buscar un poco más de comodidad.

—¿Estás de acuerdo con esto?

—¿Tengo otra opción?

—Deberías tenerla.

—Es complicado y lo sabes.

—Todo saldrá bien.

—Espero que sí. —Solté un largo y profundo gemido mientras me movía entre los dolores en la zona lumbar. Mi vientre ya pesaba bastante y aún empeoraría hasta que naciera mi hijo.



Andrea Carraro

Capítulo treinta y dos

—No podemos permitir que la plaga se extienda por la viña o tendremos un gran problema en el futuro, sin contar la pérdida económica —comenté con mi hermana mientras caminábamos entre las vides y yo observaba la contaminación.

—Estuvimos hablando con nuestros técnicos antes de que volvieras la semana pasada y la mejor solución que encontramos es aislar esa zona, aplicar los pesticidas y dejar que las plantas se recuperen.

—Nuestros vinos son orgánicos.

—Por eso tenemos que aislar esta zona antes de tener que tomar medidas más agresivas en todo el viñedo. Por suerte, lo hemos detectado a tiempo.

—De acuerdo —acabé aceptando—. Procedamos así, pero pide a todos que estén muy atentos para que los pesticidas no

contaminen nuestro suelo ni las regiones adyacentes, de modo que el resto pueda seguir utilizándose con normalidad.

—De acuerdo. —Mi hermana asintió con la cabeza.

Antes de que pudiera decirle algo más, mi móvil vibró en el bolsillo y lo saqué por reflejo, leyendo el correo electrónico que había llegado. Me quedé paralizado durante un rato, asimilando la información, lo que llamó la atención de Graciela.

—¿Alguna mala noticia? ¿Tiene que ver con la vinicultura?

—En realidad, no.

—Entonces, ¿qué es? —Estaba revolviéndose de curiosidad.

—Acabo de recibir el resultado de la prueba de ADN. Pensé que tardaría un poco más en estar lista.

—Quizás se dieron cuenta de que eres un cliente especial y te dieron prioridad.

—Sí... no lo sé.

—¿Cuál es el resultado? ¡Dilo ya!

—Mi ADN es compatible con el del bebé.

—Entonces eres el padre.

—Sí —susurré, aunque ella no me había hecho ninguna pregunta.

—¡Voy a ser tía! —Mientras mi hermana celebraba el momento, yo lidiaba con lo que ya debería haber asimilado antes.

Rafaela había dicho la verdad desde el principio y, por mucho que quisiera el ADN para confirmar algo que ya sentía, la responsabilidad de la situación recayó sobre mis hombros. Iba a ser padre y no podía escapar de ello.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —quiso saber Graciela.

—Comprar boletos para Brasil.

—¡No me digas que te vas a mudar allí! —Mi hermana abrió mucho los ojos, en una mezcla de conmoción y sorpresa.

—¡Por supuesto que no! Amo Italia, pero necesito hablar con Rafaela en persona, sobre todo porque creo que no va a ser tan fácil lidiar con esta situación.

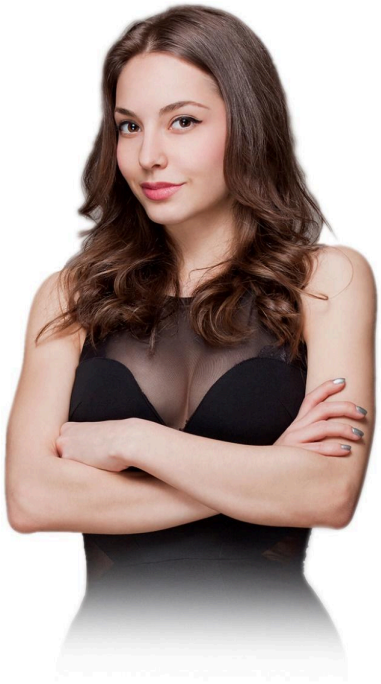
—Tienes razón.

—Necesito que mantengas esta zona bajo vigilancia y me avises si hay algún cambio preocupante.

—Cuenta conmigo. —Ella parpadeó.

—Gracias, hermana.

Mentiría si dijera que toda esa situación no me había dejado más que desconcertado, pero ya había resuelto muchos problemas y podía lidiar con uno más.



Rafaela Borges

Capítulo treinta y tres

Con poco más de siete meses de embarazo, mi bolso de maternidad ya estaba preparado, aunque no contaba con que mi hijo naciera antes de tiempo, la obstetra me había advertido que en ese momento toda precaución era poca.

Doblé uno de los pijamas pequeños que me había regalado mi mamá y lo guardé en la cómoda con el resto de la ropa que ya había comprado para mi hijo cuando oí sonar el interfono del apartamento.

—¡Isabela! —llamé a mi mejor amiga, que no respondió, y salí de la habitación, dándome cuenta de que ella estaba en el baño.

¿Estaría esperando a alguien que no me había dicho? Era sábado por la tarde y yo no esperaba nada especial, ni siquiera al repartidor de pizza. Considerando todo el peso que ya había ganado, era mejor tomarme las cosas con calma en esos últimos meses si no quería sufrir tanto para recuperar mi figura después de dar a luz.

—¡Hola! —Respondí al interfono.

—*Ciao*, Rafaela...

—¿Andrea? —Me sorprendió su voz al otro lado—. ¿Qué haces aquí? No sabía que ibas a volver a Brasil.

—Tengo noticias, ¿puedo subir?

Lo pensé un poco hasta que me di cuenta de que no tenía otra opción y pulsé el botón que abría la puerta principal del edificio. No tardó mucho en llamar a la puerta y fui a recibirlo.

Nos quedamos mirándonos por un momento, él en el pasillo y yo en la puerta, hasta que Andrea hizo un gesto hacia adelante y yo di un paso a un lado, permitiéndole entrar, y cerré la puerta.

—No imaginaba que vendrías a Brasil ahora.

—Yo tampoco...

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Ya recibí el resultado de la prueba de ADN.

—¡Ah! —Una exclamación inconexa se escapó de mis labios mientras procesaba esa información. Mi corazón comenzó a latir más rápido y sentí un sabor amargo en la boca, como si las náuseas hubieran vuelto a molestarme como en las primeras etapas de mi embarazo.

—¿Nos sentamos? —Señaló los sofás, como si se hubiera dado cuenta de que estaba un poco incómoda.

Pensé en protestar, pero acabé aceptando. Mi espalda no estaba en las mejores condiciones para insistir en permanecer de pie.

—Soy su padre —acabó diciendo unos segundos después de un silencio que nos estaba ahogando a los dos.

—¿Satisfecho?

Andrea abrió mucho los ojos ante mi pregunta.

—¿Por qué lo preguntas?

—Dudaste de mí cuando lo dije.

—No es así...

—Así fue exactamente. —Hinché el pecho.

—Podría correr el riesgo de que no fuera mío. Lo sabes.

—¿Lo sé? —Me incliné hacia él con aire interrogativo—. Lo que sé es con quién me he acostado o no me he acostado, y conozco mínimamente mi propio cuerpo.

—Lo siento.

No esperaba esa frase de él y, si su intención era hacerme retroceder, lo consiguió. Me quedé callada y Andrea continuó.

—Necesitaba asegurarme.

—¿Por qué pensaste que quería estafarte? —Estaba completamente a la defensiva y con cuatro piedras en las manos, pero era difícil actuar de otra manera, suponiendo que él era rico y podía estar pensando lo peor de mí.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué?

—He estado con varias mujeres.

—¿Pensaste que yo era igual?

—No, pero necesitaba asegurarme.

—Ahora ya lo sabes. —Me encogí de hombros.

Estaba convencida de que ese hijo era de Andrea y no necesitaba una prueba para demostrarlo, por mucho que hubiera deseado lo contrario durante todos esos días en los que esperé el resultado.

—¿Y ahora qué hacemos? —Me miró fijamente y esa pregunta me revolvió por dentro, porque me había preguntado

mucho, pero aún no había encontrado una respuesta satisfactoria.

—Ya sabes la verdad, ahora puedes volver a Italia y seguir con tu vida.

—No es tan sencillo —murmuró.

—Puede serlo, no te estoy exigiendo nada.

—Es mi hijo, así que tengo responsabilidades al respecto. —Se movió hasta sacar la cartera y vi que sacaba un talón de cheques. Y yo que pensaba que con la era del dinero electrónico la gente ya ni siquiera usaba cheques—. ¿Cuánto necesitas?

—¡Por supuesto! —Resoplé, como si no pensara que eso fuera a suceder—. Por eso crees que intento estafarte, porque lo primero que me ofreces es tu dinero.

—El niño va a necesitar cosas.

—Lo sé, pero ya compré la mayor parte.

—Debe haber algo...

—Está todo resuelto —lo interrumpí—. Podría ocuparme muy bien de ese bebé yo sola.

—También es mío, Rafaela. —Me sorprendió la firmeza de sus palabras.

—Prometiste que si aceptaba la prueba de ADN no intentarías quitármelo y llevártelo a Italia.

—Eso no significa que no vaya a participar en su vida.

Tragué saliva. No esperaba ese tipo de actitud.

—Por él, es mejor que lleguemos a un consenso, ¿no crees?

Dudé un poco hasta que me vi obligada a aceptar con un sutil movimiento de cabeza.

—Puede que no lo lleve a Italia, pero quiero que se quede conmigo al menos un mes al año. Puede ser durante las vacaciones,

cuando sea mayor y vaya al colegio.

—No he aceptado nada de eso —comencé a protestar—. Una cosa es que lo veas y otra...

—Soy el padre, Rafaela —fue su turno de interrumpirme—. Tengo derechos.

Bajé la cabeza, dándole vueltas por dentro, pensaba que podría manejar esa situación de una manera más fácil, pero definitivamente tendría que renunciar a algunos puntos que eran esenciales para mí. Por un momento, ser madre soltera parecía mucho más fácil que equilibrar eso.

Para ser sincera conmigo misma, tenía mucho miedo de que Andrea quisiera quedarse con el niño y yo perdiera esa batalla, porque no tenía ni idea de cómo funcionaba una disputa internacional por la custodia.

—Solo después de que cumpla un año.

—Está bien.

—Ni siquiera sé cómo lograrás cuidarlo siendo tan pequeño.

—Puedo contratar a una niñera.

—Claro que sí.

—Hay formas de hacerlo más fácil.

—Lo veo poco probable —dije, poniendo los ojos en blanco.

Yo no estaba siendo muy tolerante, lo sabía, pero estaba demasiado asustada como para pensar racionalmente y decidir qué era lo mejor para mi hijo.

—Ecografías, imagino que te has hecho algunas, ¿no?

Arqueé las cejas, extrañada de que cambiara de tema, evitando discutir conmigo sobre asuntos que podríamos hablar más tarde.

—Sí —respondí con temor.

—¿Me las puedes enseñar?

—Sí.

—Te espero aquí.

—Está bien. —Me levanté del sofá con miedo y crucé el pasillo hasta mi habitación.

Isabela ya había salido del baño y se había encerrado en su habitación para darme un poco de intimidad, pero yo no sabía si era mejor que ella estuviera allí conmigo para enfrentarse al padre de mi hijo.

Seguramente diría que ya era adulta y que podía manejar la situación sola, pero ¿sería así?



Andrea Carraro

Capítulo treinta y cuatro

Me quedé solo en la sala mientras ella iba a buscar las imágenes del examen que yo quería ver. Aunque parecía solo una excusa para cambiar de tema, realmente tenía curiosidad. Nunca había sido padre antes, ni había acompañado un embarazo para saber cómo era, y eso alimentaba mi ansiedad.

Entendía que Rafaela estuviera nerviosa, para mí tampoco estaba siendo nada fácil, por mucho que hubiera tenido varias horas de vuelo a Brasil para poder reflexionar sobre el tema, todavía no sabía exactamente qué hacer.

Quería formar parte de la vida de mi hijo, pero con todo un océano de distancia, tanto Rafaela como yo tendríamos que ser flexibles para que funcionara, solo que no sabía si ella estaría dispuesta a colaborar.

—Aquí tienes. —Volvió con una carpeta llena de exámenes y se sentó a mi lado.

—Gracias.

—Esta fue la primera ecografía que hice. Estaba de siete u ocho semanas y el bebé solo medía un centímetro.

—Tan pequeñito.

—Teniendo en cuenta que surge solo de tus células microscópicas, crece mucho durante todo el embarazo.

—Es un milagro.

—En muchos aspectos, creo que sí.

Pensé en preguntarle si lo bautizaríamos. Como buenos italianos, mi familia tenía raíces muy fuertes en el catolicismo, pero nunca había hablado con Rafaela sobre religión y mi conciencia me decía que no era el momento.

—¿Estas ondas sonoras son el corazón? —Señalé la imagen de la ecografía.

—Sí. Late muy rápido.

—¿Más rápido que el nuestro?

Asintió con la cabeza.

—No lo sabía.

—¿Quieres escucharlo?

—¿Escuchar qué? ¿El corazón?

—¡Sí!

—Me encantaría. ¿Cuándo será el próximo examen?

—La verdad es que estaba pensando en que lo escucharas ahora.

—¿Es posible?

—Sí, compré un monitor fetal que permite escuchar los latidos en casa.

—¿Podemos hacerlo ahora?

Ella asintió con la cabeza.

—Ven conmigo a mi habitación, es más fácil si estoy tumbada.

—De acuerdo.

La seguí por el estrecho pasillo hasta la pequeña habitación con una cama individual y una cuna ya montada. Parecía tener una vida normal, pero la diferencia entre nosotros dos era enorme...

Dejé de pensar en ello cuando la vi abrir el armario y sacar una cajita y un tubo de gel. Rafaela se acomodó en la cama y se levantó la camiseta, dejándome ver aún más claramente el tamaño de su barriga. Recordé pasar mi mano por allí mientras hacíamos el amor y la diferencia era enorme.

Rafaela puso un poco de gel en la parte del sensor del objeto y lo acercó a su vientre, moviéndolo de un lado a otro hasta que empecé a oír el sonido de los latidos cardíacos y apareció una numeración en la pantalla del aparato.

—Va muy rápido —comenté preocupado.

Estaba a ciento sesenta, mientras yo recordaba que mis latidos solo se acercaban a eso después de una actividad física muy intensa.

—Es normal —dijo con una sonrisa que me tranquilizó—. Los latidos del bebé son mucho más rápidos que los de un adulto.

—Entendido...

Me acerqué por puro impulso y puse mi mano sobre su vientre, sintiendo cómo se movía en lo que supuse que era su piececito presionando la pared del vientre de su madre.

Rafaela no me apartó, pero nos quedamos en completo silencio mientras sentía al bebé moverse y escuchaba el sonido de los rápidos latidos de su corazón a través del altavoz del aparato.

No tenía ni idea de lo mucho que un momento como ese podría conmoverme hasta que lo viví. Era como si algo hubiera cambiado dentro mío, por mucho que no pudiera expresar con palabras todas esas sensaciones que casi me ahogaban. Fue en ese instante cuando realmente tuve la sensación de convertirme en padre y de lo que todo eso podría significar.

Rafaela apartó el aparato y lo apagó, moviéndose, y yo tuve que apartar la mano. La situación entre nosotros se volvió extraña mientras nos mirábamos y me di cuenta de que sus mejillas se habían sonrojado.

Di unos pasos atrás, pero no me atreví a decir nada porque no quería estropear el momento.

Rafaela se tumbó de lado en la cama y se deslizó hacia fuera con cierta dificultad para levantarse, pero no me pidió ayuda. Yo también estaba paralizado y ni se me ocurrió ofrecerle la mano. Después de un rato intentando levantarse, probablemente debido al peso de su barriga, se acercó a la cómoda, tomó un pañuelo para limpiarse el gel de la barriga y se arregló la blusa.

—Volvamos a la sala.

—De acuerdo. —Asentí.

Ella me siguió en silencio hasta que me detuve cerca del sofá, pero no tuve tiempo de sentarme antes de oírla.

—Creo que ya puedes irte.

—¿No necesitan nada?

—Ya te he dicho que no. —La tensión volvió a su tono de voz y me di cuenta de que cualquier conversación con ella podía ser un campo minado.

—Quizás pueda hacer algo por ustedes ahora...

—Solo esperar a que nazca Enzo.

—¿Enzo? —Me sorprendió el nombre, porque aún no habíamos hablado sobre la elección de uno.

—Es su nombre. —Puso las dos manos sobre su vientre, acariciándolo, pero su mirada era firme e intransigente.

No era exactamente el nombre que yo le pondría a mi hijo, pero discutir con ella sobre eso en ese momento sería completamente inútil y podría acabar con el poco acercamiento que habíamos logrado ese día.

—¿Vas a volver a Italia hoy? —Era como si ya me estuviera despidiendo, pero intenté no tomármelo como algo personal.

—Todavía no compré el pasaje de vuelta. Puedo quedarme si me necesitas.

—No te necesito.

—De acuerdo... —Respiré hondo. Lo estaba intentando, pero, para ser sincero, tampoco sabía qué hacer, aquella situación era completamente inesperada para mí—. ¿Para cuándo está previsto el parto?

—Dentro de un mes y medio, dos... O cuando él decida venir.

—¿Decida venir?

—Va a ser un parto normal, así que esperaremos a que llegue el momento.

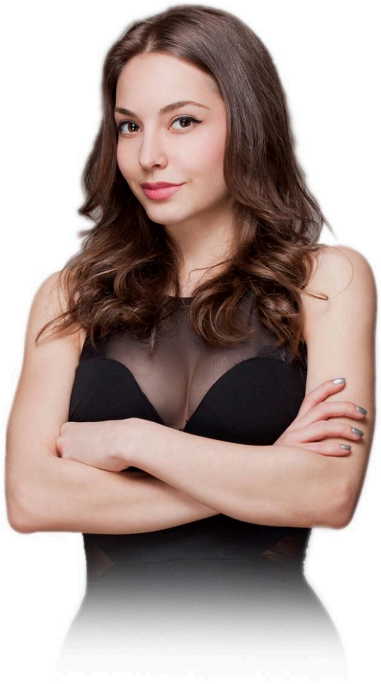
—Entiendo. ¿Me puede avisar si pasa algo?

—Sí.

—Gracias. —Esa no era la clase de palabra que solía decir. El playboy arrogante que había en mí estaba teniendo que adaptarse, pero esperaba conseguir una relación mínimamente amistosa con ella para poder convivir con mi hijo.

Rafaela se acercó a la puerta de la sala y la abrió, esperando a que yo pasara y sin decir nada más al salir al pasillo.

Toda esa situación sería un desafío para mí, pero me encantaba ganar los buenos enfrentamientos.



Rafaela Borges

Capítulo treinta y cinco

Suspiré profundamente y me acomodé en el sofá de la sala tan pronto como Andrea se fue. Esa situación me estaba dando vueltas en la cabeza y, al mismo tiempo que temía estar haciendo todo mal, pensaba que lo mejor era mantenerlo lo más alejado posible de mí y de mi bebé.

—¿Tuviste que haberlo echado así? —Isabela apareció en el pasillo y se acercó a mí.

—¿Lo has oído todo? —Crucé los brazos y entrecerré los ojos con expresión seria.

—Todo no...

—¡Isa!

—Solo el final. ¡¿Qué pasa?! Tenía que ir al baño.

Podría haberle perdonado por eso, pero tener a mi mejor amiga juzgándome no ayudaba en nada a la situación.

—¿Qué querías que hiciera? —Bajé los brazos y me recosté en el sofá—. ¿Que lo invitara a ver una película y fuera a hacer palomitas de maíz?

—Era una buena idea.

—¡Isabela!

—¡No sé! —Se encogió de hombros—. Solo creo que podrían llevarse mejor. Van a tener un hijo juntos. Quién sabe, tal vez puedan hacer de papá y mamá...

—Vamos a ser... —Me di cuenta de lo que quería decir en mitad de la frase—. No seremos una pareja. Eso no va a pasar.

—¿Por qué no? —Levantó las cejas con aire de «quizás»—. Creo que voy a hacer palomitas. —Se rió entre dientes.

—Esto no es una broma. —Con un poco de dificultad, me levanté del sofá y la seguí hasta la cocina.

—¿Quién ha dicho que estoy bromeando? —Se puso de puntillas para tomar una olla de la parte superior del armario—. Ay, amiga, lo siento, pero él es muy guapo. ¡Por Dios!

—No puedo creer que estés diciendo eso, Isabela.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. Es algo que cualquiera con ojos puede ver.

—Precisamente por eso hemos llegado a este punto. Me acosté con el idiota y mírame ahora. —Señalé mi barriga.

—No me refiero solo a acostarse...

—¡No empieces! —la interrumpí antes de que mi amiga soltara teorías que solo complicarían la situación.

—Está bien... —Ella pone un poco de aceite en el fondo de la sartén y echa el maíz, removiéndolo con una cuchara—. Pero le vendría bien a Enzo.

—¡Isabela!

—¡Me callaré!

—Mejor así. —Resoplé enfadada.

Andrea era un canalla, un coleccionista de mujeres y conquistas. Para ser sincera, cuando me acosté con él por segunda vez lo sabía muy bien y me había metido en ese lío por mi cuenta. No era tan tonta como para pensar que, por arte de magia, nos convertiríamos en pareja.

Aquello no era un cuento de hadas, sino la vida real.



Andrea Carraro

Capítulo treinta y seis

Volví al hotel esa noche con el sonido del corazón de mi hijo resonando en mis oídos, causándome una agradable sensación en el pecho.

Enzo...

Ya me estaba acostumbrando al nombre que Rafaela había elegido para él.

En general, esa situación sería un gran desafío para mí, pero cada vez estaba más convencido de que quería a ese hijo y que formaría parte de su vida.

Fui a darme una ducha, me sentía cansado, y después de pedir algo de comer al servicio de habitaciones, vi que mi móvil tenía mensajes de mi hermana.

Graciela:

¿Cómo te ha ido? ¿Han conseguido hablar como personas racionales?

Andrea:

Pienso que dentro de lo esperado.

Graciela:

¿Tú crees?

Andrea:

Ella está nerviosa.

Graciela:

La entiendo. Yo también tendría miedo.

Andrea:

¿Miedo a qué?

No es como si yo fuera algún tipo de psicópata o algo así.

Graciela:

No me refiero a eso.

Andrea:

¿A qué, entonces?

Graciela:

El hecho de que vivan en continentes diferentes no ayuda en nada a criar un hijo juntos. Sabes que va a ser muy difícil.

Andrea:

Nada que unas conversaciones racionales no puedan resolver.

Graciela:

¿Estabas siendo racional cuando te acostaste con ella?

Andrea:

Eso es diferente.

Graciela:

Cuando se trata de mujeres, no sabes nada, hermano.

Andrea:

¿Quién dice eso, tú o tu novia?

Graciela:

Las dos.

Andrea:

Solo falta que me digas que se ha vuelto lesbiana por mi culpa.

Graciela:

No tiene nada que ver contigo.

Andrea:

Menos mal.

Pero no estoy hablando de relaciones amorosas ni de sexo. El tema es mi hijo y Rafaela, y vamos a tener que hacer que funcione.

Graciela:

No siempre es tan sencillo, ya lo sabes.

Andrea:

Acepté dejarlo con ella siempre y cuando pase un mes al año conmigo y yo vaya a visitarlo.

Graciela:

Quizás sea el momento de comprar ese jet privado.

Andrea:

¡Graciela!

Graciela:

¿Qué pasa? Sabes que siempre he querido uno y tú dijiste que no era necesario.

Andrea:

Y sigue sin serlo. Tenemos la comodidad de la primera clase en los vuelos comerciales sin el coste de mantenimiento de un avión privado.

Graciela:

Cuando hablas así, te pareces a papá.

Andrea:

Quizás sea el momento de comportarme un poco más como él.

Graciela:

¿Cuánto te va a cambiar este hijo?

Andrea:

No lo sé.

Graciela:

Me gusta la perspectiva del nuevo Andrea.

Andrea:

Creo que es pronto para estar de acuerdo con eso.

Graciela:

Ya veremos.

Es tarde aquí, tengo que irme a dormir, ya que una vez más me has dejado la elaboración del vino sobre mis hombros.

Andrea:

No seas dramática.

Graciela:

Hablamos cuando vuelvas.

Andrea:

Hasta luego.

En cuanto dejé de intercambiar mensajes con mi hermana, un camarero llamó a la puerta con mi cena. Afortunadamente, la cultura brasileña había incorporado gran parte de la nuestra y podía encontrar las buenas pastas a las que estaba acostumbrado.

Abrí una botella de vino para acompañar los ñoquis con cuatro quesos y bebí un poco mientras una de las frases de mi hermana no dejaba de resonar en mi cabeza.

¿Cuánto te va a cambiar este hijo?

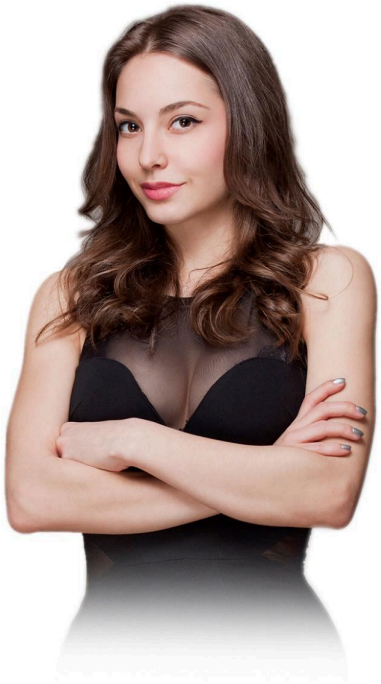
Esa era una pregunta para la que no tenía respuesta y era muy difícil de saber. Sin planes de ser padre, mi vida había dado un giro inesperado y, en ese momento, lo único que tenía claro era que debía formar parte de la vida de ese niño, no solo económicamente.

De una forma u otra, eso ya había cambiado algunos de mis hábitos. Hacía mucho tiempo que no iba a Venecia a pasear, como solía hacer antes. Algunos de mis conocidos gondoleros incluso me habían enviado mensajes preguntándome qué me había pasado para intentar descubrir el motivo de mi desaparición. Ninguno de ellos sabía realmente quién era yo, iba allí precisamente para dejar de lado la imagen del rico viticultor y disfrutar un poco en la clandestinidad. Sin embargo, con la expansión de los negocios, los nuevos contratos y el hecho de que pronto me convertiría en padre, tuve que dejar de lado ese hobby.

Me asusté al darme cuenta de que nunca había pasado tanto tiempo sin tener relaciones sexuales. No era de extrañar que me despertara en mitad de la noche excitado. Pero vivía en una región donde todo el mundo me conocía y si contrataba a una prostituta allí o llevaba a una desconocida que no estuviera relacionada con el vino, sin duda llamaría la atención.

Respiré hondo y tomé otro sorbo de vino.

Sí, mi vida iba a cambiar. Solo que no sabía cuánto iba a afectar a mi personalidad.



Rafaela Borges

Capítulo treinta y siete

Semanas después...

—Señor... —Llamé a la puerta de mi jefe y él levantó la cabeza al mirarme.

Al menos ese embarazo había servido para algo: las intenciones de Emanuel de ligar conmigo desaparecieron a medida que mi barriga crecía y se extinguieron por completo en los últimos meses de mi embarazo.

—Adelante.

—Gracias. —Me acerqué a su mesa y dejé unos archivos delante de él—. Estos son los informes con el cierre de nuestros principales proveedores, contienen los ingresos y los beneficios obtenidos en la reventa de los vinos. Tal y como me pidió.

—Te echaremos de menos por aquí, Rafaela.

—¿Me echarán de menos? —Me sorprendió su comentario.

—Mientras estés de licencia por maternidad.

—¡Ah, claro! —Esbocé una sonrisa forzada.

Por mucho que el parto estuviera cerca, no pensaba mucho en ello. El ajetreo del día a día y las negociaciones con un proveedor de Chile me habían consumido todo el tiempo y, en cierto modo, no era tan malo. Pensar en otras cosas evitaba que Andrea y esa situación tan complicada dominaran mi mente.

Salí de la oficina de mi jefe y, cuando me dirigía a mi escritorio, me detuve con las manos en la pared al sentir un pinchazo en la espalda.

—¡Ay!

—Rafaela, ¿estás bien? —Una compañera de trabajo se acercó a mí y yo asentí con la cabeza.

—Creo que solo necesito ir al baño.

—Está bien...

Caminé hasta el baño que estaba al otro lado y entré en uno de los cubículos. Sentí que algo goteaba y solo me di cuenta de que mi bolsa se había roto cuando miré mis piernas y vi que había líquido goteando como si hubiera hecho pis, pero sin ningún control del flujo.

—Ay, Enzo... —murmuré poniendo las manos sobre mi vientre. Todavía no esperaba que mi hijo naciera, pero él eligió el momento, una semana antes de lo previsto por la obstetra.

Intenté no entrar en pánico, por muy desesperada que fuera la situación para una madre primeriza.

Limpié mis piernas lo mejor que pude, retorciéndome en medio de una o dos contracciones que tuve mientras me agachaba. Cuando salí de la cabina, Jaqueline, la compañera de trabajo que se me había acercado antes, me estaba esperando fuera, como si se hubiera dado cuenta de que realmente me pasaba algo extraño.

—¿Estás segura de que todo está bien?

—Rompí bolsa.

—¡Dios mío! —Intentaba no entrar en pánico, pero ella no hizo ni la mitad de mi esfuerzo.

—Todo está bien. —Esbocé una sonrisa, que acabó convirtiéndose en una mueca en medio de una contracción.

—No está nada bien, vas a tener al bebé.

—¿Por qué no me haces un favor y me llamas un taxi?

—¿Un taxi?

—Sí...

—Pero ¿adónde vas?

—A la maternidad.

—Claro. —Ella esbozó una sonrisa forzada y se marchó aturdida, volviendo un rato después para recogerme.

De camino, le envié un mensaje a Isabela. Esperaba que, cuando saliera de clase, pudiera reunirse conmigo o, al menos, avisar a mis padres del parto.

No te asustes, Rafaela..., intenté calmarme durante todo el trayecto en coche hasta la maternidad.

—Enzo está llegando. —Respiré hondo y sonreí al pensar que pronto podría tener a mi bebé en brazos.

—¿Va todo bien, señora? —preguntó el conductor.

—Sí. —Me esforcé por no demostrar que cada contracción me dolía.

—Todo va a salir bien.

—Estoy segura de que sí.

—¿Ya le ha dicho a su marido que el bebé está naciendo?

—¿Mi marido? —Me entraron ganas de reír ante esa información—. No tengo marido.

—Ah, lo siento.

—No pasa nada. Vaya rápido. —Apreté los dientes en medio de una contracción, que empezaban a ser menos espaciadas, lo que era una señal más clara de que el bebé estaba llegando y yo no quería que mi hijo naciera en el asiento trasero de ese taxi que podía estar lleno de bacterias.

Apreté con más fuerza mi bolsa de maternidad, que llevaba conmigo de un lado a otro desde mi séptimo mes de embarazo.

—Ya casi llegamos...

—Genial.

Mi hijo iba a nacer pronto y eso era algo que me hacía feliz, así que intenté centrarme en esa información.



Andrea Carraro

Capítulo treinta y ocho

—Tenemos varios premios en el circuito internacional para nuestros vinos. Hemos ganado la medalla de oro durante tres años consecutivos en el concurso mundial de vinos de Bruselas y somos bicampeones en Wine Paris —le decía a un importante comprador mientras caminábamos entre enormes barricas de madera cuando Graciela entró corriendo y se detuvo frente a mí.

—¿No vas a contestar el teléfono?

—Estoy ocupado —le respondí con cara de enfado y le señalé al hombre que estaba conmigo—. Estamos negociando una venta para Holanda.

—Déjame a mí. —Se arregló el pelo y sonrió al hombre, que se mostró muy interesado en la expresión de mi hermana, sin saber que a ella le gustaban las mujeres tanto como a nosotros.

—Graciela...

—Ve a contestar el teléfono —dije en tono firme.

—Puedo continuar la visita con la agradable compañía de su hermana. —El hombre sonrió emocionado.

Habría insistido si Graciela no hubiera sido tan enfática. Fuera lo que fuera, parecía muy importante.

Me alejé de ellos y saqué mi móvil del bolsillo, sorprendiéndome al ver varias llamadas de un número que no reconocía y también algunos mensajes.

Desconocido:

Andrea, soy la mejor amiga de Rafaela, Isabela.

Estoy intentando hablar contigo y no consigo localizarte, llamé a la administración de la viticultura y me pasaron con tu hermana. Espero que te haya informado de que Rafa ha entrado en trabajo de parto.

Andrea:

¿Cómo? ¿No estaba previsto el parto para la semana que viene?

Isabela:

Parece que Enzo ha querido llegar antes.

¿Crees que podrás venir a Brasil?

Andrea:

Iré tan pronto como pueda.

Isabela:

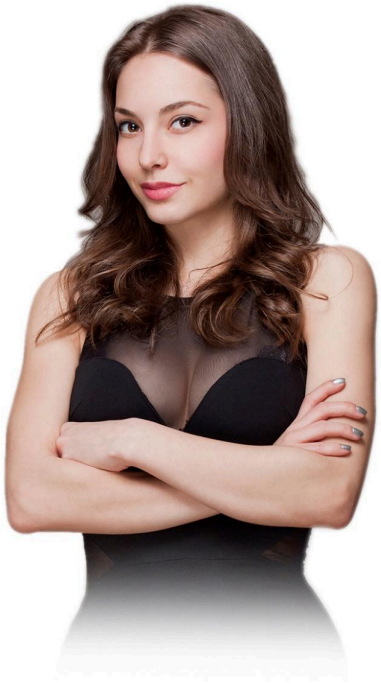
Está bien.

Casi escuché la voz de Graciela en mi cabeza diciendo que tener un avión privado sería genial en ese momento, pero iba a meter algunas cosas en la maleta lo más rápido posible y llamar a mi chofer para que me llevara al aeropuerto. Iba a hablar en el

mostrador de las aerolíneas y ver los vuelos disponibles que llegaran lo más rápido posible a Brasil. Por suerte, Rafaela vivía en São Paulo y los principales vuelos internacionales ya iban allí.

Me sentí culpable por no haber ido antes a Brasil. Había planeado estar con ella durante el parto, quería ser uno de los primeros en ver a mi hijo cuando naciera, pero ya no parecía tan posible.

Tendría que cruzar los dedos para que el tráfico aéreo de ese día me fuera favorable.



Rafaela Borges

Capítulo treinta y nueve

Después de unas doce horas de parto, empujando con cada contracción, finalmente escuché el llanto de mi hijo y todo pareció valer la pena cuando una de las enfermeras colocó al recién nacido sobre mi pecho.

Estaba hinchado, llorando y parecía tan pequeño, pero fue el momento más increíble de mi vida y no podía expresar con palabras lo emocionada que estaba ante ese momento.

—Ay, hijo mío...

Estaba agotada y no pude protestar mucho cuando me lo quitaron de nuevo.

—¿Adónde lo llevan? —murmuré.

—Van a terminar de limpiarlo y le harán los exámenes iniciales.

—¿Cuándo me lo traerán de vuelta?

—Solo tenga un poco de paciencia. Esperaremos a que se recupere un poco y luego la trasladaremos a la habitación.

—Está bien...

Me sentía pesada y mis ojos se cerraron en algunos momentos.

Un rato después, me llevaron en una camilla a una habitación, donde estaba mi madre.

—¡Rafaela!

—Hola, mamá...

—¿Cómo estás?

—Cansada. —Esbocé una sonrisa forzada mientras las enfermeras me ayudaban a pasar a la cama.

—¿Y el bebé?

—Se lo han llevado para hacerle unas pruebas. ¿Dónde está Isabela?

—Tu amiga me llamó, vine tan pronto como pude. Dijo que tiene que dar clase esta mañana, pero que vendrá por la tarde a verte.

—Qué bien...

—El parto es agotador, pero pronto te sentirás muy bien.

—Eso espero. —Sonreí con tristeza.

Para ser sincera, no estaba preocupada por mí, lo único que quería era ver a mi hijo y estar con él. Esperaba que los médicos no tardaran mucho en traer al bebé, porque cada segundo que pasaba me sentía más angustiada.

Pasó un rato y, cuando me sentía menos mareada, mi madre se acercó a la cama.

—¿Crees que puedes levantarte?

—Sí... —Mi voz aún era débil, pero podía impulsar mi cuerpo hacia adelante. Como el parto había sido normal, no tenía ningún punto ni corte en el cuerpo, lo que ya ayudaba mucho en la recuperación.

—Entonces vamos a darte un baño, te sentirás mejor.

—Está bien...

Mi madre me ayudó a salir de la cama y luego me acompañó al cuarto de baño que había dentro de la habitación. Era muy espacioso y tenía varios soportes metálicos para ayudar a las personas más débiles. Me quité la camisola, que estaba manchada de sudor y sangre, y mi madre la puso en un cesto de ropa sucia.

Fue un gran alivio cuando el agua caliente corrió por mi cuerpo y se llevó el malestar que se había apoderado de mí. La ducha me había sentado muy bien y me había ayudado a sentirme renovada.

Me puse una de las camisetas que había traído en mi maleta y volví a la cama.

—¿Tienes hambre? —me preguntó mi madre.

—Un poco.

Ni siquiera había pensado en comer nada desde que había comenzado el trabajo de parto.

—Voy a la enfermería a ver si pueden prepararte algo para comer.

—No hace falta que lo hagas ahora, mamá.

—Hace horas que no comes. Necesitas alimentarte para alimentar a mi nieto.

—Está bien... —Acabé aceptando porque vi que no iba a conseguir que mi madre cambiara de opinión.

—Quédate aquí, ahora vuelvo.

—Como si pudiera ir a algún sitio —susurré cuando salió de la habitación.

Me moví en la cama, puede que no me hubieran dado puntos, pero todavía me dolía mucho. No tardé en oír que llamaban a la puerta, y me sorprendió que mi madre hubiera vuelto tan rápido.

—Pasa —murmuré, fijándome en la madera clara mientras se movía—. Mamá, no... —Dejé de hablar cuando vi un cuerpo mucho más alto que el suyo.

Esos ojos color miel se encontraron con los míos y me quedé completamente sin aliento durante unos instantes.

—Andrea...

—¿Cómo estás? —Cerró la puerta y se acercó a la cama donde yo estaba.

—Recuperándome.

—Eso es una gran noticia.

Asentí con la cabeza, indicando que estaba de acuerdo.

—¿Y nuestro hijo?

—¿Ya lo has visto?

—Todavía no.

—¡Es precioso! —Suspiré, emocionada al recordar su carita hinchada, un poco sucia y llorosa, que había visto durante menos de un minuto.

—¿Dónde está?

—Los médicos lo llevaron para hacerle los primeros exámenes.

—¿Pero está bien?

—Creo que sí...

Nuestra conversación se interrumpió cuando mi madre entró en la habitación diciendo:

—Me han asegurado que una camarera vendrá en breve con una comida ligera para ti... —Su voz se apagó cuando vio a Andrea dentro de la habitación.

En medio de toda esa confusión, ni siquiera se me había ocurrido contarle lo del padre italiano de mi hijo.

—¿Quién es este? —Levantó las cejas.

—Soy Andrea Carraro. —Se inclinó hacia mi madre y le estrechó la mano.

¿Desde cuándo había aprendido a hablar portugués? Esa pregunta se volvió irrelevante mientras ella seguía mirándolo con expresión de asombro.

Los dos se giraron hacia mí y me di cuenta de que no podría escapar de esas miradas sin decir la verdad.

—Mamá, Andrea es el padre de Enzo...

—¡Ah! —murmuró mientras procesaba la inesperada información—. Me habías dicho que no sabías quién era.

—Es complicado, mamá.

—Lo entiendo.

Me sentí aliviada cuando la empleada apareció con mi comida y me ayudó a romper un poco el ambiente extraño que se había creado mientras mi madre miraba al italiano y asimilaba la información que tenía.

En cuanto se marchó, me acomodé en la cama y probé unas cucharadas de lo que parecía ser una sopa de pollo.

—¿Cómo se conocieron?

—Mamá... —Intenté detenerla, pero Andrea respondió.

—Rafaela fue a mi finca para negociar la importación de mis vinos a Brasil.

—Ese viaje a Italia... —Mi madre ató cabos y él asintió con un sutil movimiento de cabeza—. ¿Están juntos?

—No —respondimos.

—¡Ah! —Se lamentó.

Había varias cosas que quería preguntarle a Andrea, empezando por cómo había llegado allí, ya que, por lo que yo sabía, estaba en Italia. Sin embargo, era difícil mantener cualquier conversación con mi madre cerca, sobre todo teniendo en cuenta que ella no sabía nada del lío en el que nos habíamos metido los dos solo por una aventura cualquiera.

Cuando terminé de comer, ella recogió la bandeja.

—Voy a llevarla fuera, llámame si necesitas algo. —Me sorprendió darme cuenta de que se había percatado de que era mejor dejarnos solos un momento.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace poco más de una hora, vine directamente del aeropuerto.

—¿Cómo te enteraste del parto?

—Por tu amiga.

—¡Ah, Isabela, claro!

Le había pedido que avisara a mis padres, pero no era ninguna sorpresa que también hubiera llamado a Andrea. Mi mejor amiga todavía creía que la idea de papá y mamá era plausible, lo que para mí era un gran absurdo. Mientras no discutiéramos mucho sobre las decisiones que había que tomar con respecto a nuestro hijo, para mí ya era suficiente.

—Habría venido antes si lo hubiera sabido.

—Nos tomó a todos por sorpresa.

—¡Sí! Pero el simple hecho de que esté sano ya es una buena noticia.

—Sí. —Hice una breve pausa antes de cambiar de tema—. ¿Desde cuándo hablas portugués?

—Como voy a pasar más tiempo aquí, pensé que era importante aprenderlo.

—Entendido.

Oímos otro golpe en la puerta y nos dimos la vuelta.

—Debe de ser tu madre.

—Creo que entraría sin llamar.

Él asintió y se acercó para abrir la puerta.



Andrea Carraro

Capítulo cuarenta

Cuando vi al bebé en brazos de una enfermera, una enorme sonrisa se dibujó en mis labios. Era tan pequeño y llevaba una ropita azul clara con un gorrito que hacía que su cabeza pareciera aún más pequeña.

Ya me había impactado la idea de ser padre, pero al verlo, los sentimientos se intensificaron aún más y llenaron completamente mi corazón.

—¡Hola! —me saludó la enfermera—. ¿Usted es...?

—El padre —completé.

—¡Ah, genial! —Sonrió—. ¿Cómo está la mamá?

—Parece estar bien. —Di un paso hacia un lado para dejarla pasar, por mucho que me apeteciera pedirle que me dejara tomar al bebé.

—¡Hola, hijo! —Rafaela se movió en la cama y estiró los brazos, esperando a que la enfermera le entregara al bebé—. ¿Cómo está?

—Es un niño muy sano.

—Qué buena noticia. —Acomodó a su hijo en sus brazos y sus ojos brillaron mientras lo miraba.

No me preocupaba mucho el amor, aunque sabía que existía, porque yo amaba a mi hermana, pero pude percibir claramente el amor que ella sentía por nuestro hijo.

—¿Lista para amamantarlo?

—Creo que sí —Rafaela esbozó una sonrisa forzada.

—Te ayudaré.

—Gracias.

La enfermera ayudó a Rafaela a colocar al bebé, que pronto comenzó a succionar el pecho de su madre, demostrando que tenía los pulmones fuertes y estaba hambriento.

No quería interrumpir el momento, pero me apoyé en la pared y me quedé observándolos.

Pronto, la enfermera se marchó, dejándonos solos, y dijo que volvería pronto, pero que si necesitábamos algo, solo tenía que pulsar un botón de asistencia que había sobre la cama donde estaba acomodada Rafaela.

Acepté y prometí que los cuidaría.

Cuando tenía dieciocho años y mis padres murieron, dejándome a cargo de una enorme propiedad y de mi hermana menor, fue desesperante. Sin embargo, en ese momento, ser responsable de una familia tenía un sabor diferente, aunque yo tampoco había elegido estar en esa situación.

—Qué hambriento... —Me acerqué con curiosidad.

—Es la primera vez que mama. —Rafaela me miró con una sonrisa.

—¿Cómo te sientes?

—Un poco dolorida, pero él está bien y eso es lo que importa.

—Sí...

Sentí que mi corazón latía más despacio en ese momento, como si el tiempo se detuviera solo para que pudiera contemplar a mi hijo. Tan pequeño e indefenso en los brazos de su madre.

Sentía en lo más profundo de mi ser que era capaz de hacer cualquier cosa para que fuera feliz y creciera sano y fuerte. Era un tipo de amor mucho más intenso de lo que era capaz de comprender y que solo me permitía sentir.

—Ah, ya está aquí—. La madre de Rafaela entró en la habitación, se acercó a su nieto e interrumpió mi momento de contemplación—. Qué bonito es el bebé de la abuela. —Se inclinó para darle un beso, pero él ni se movió, siguió mamando—. Tu padre ha llamado para preguntar por nosotros y si lo necesitábamos. Le he dicho que estamos bien y que el padre del bebé está aquí. ¿A menos que tengas pensado irte? —La señora se giró hacia mí.

—No voy a irme a ningún sitio —le aseguré.

—¡Qué bien! Imagino que tus padres estarán ansiosos por conocer a su nieto.

—Por desgracia, mis padres ya fallecieron.

—Lo siento mucho. —Dio un paso atrás, sintiéndose incómoda por tocar un tema así, aunque fuera sin querer.

—No pasa nada, ya ha pasado mucho tiempo, pero mi hermana está deseando conocer a su sobrino.

—Estoy segura de que sí —dijo con una sonrisa forzada.

—¿Por qué no va a descansar? Yo me quedaré con Rafaela y Enzo.

—He venido para estar con ellos.

—Yo también —comenté un poco incómodo. Quería participar en ese momento, por mucho que estuviera cansado por el viaje apresurado.

La madre miró a Rafaela, que acabó asintiendo con la cabeza.

—Estaremos bien con Andrea.

—Ustedes sabrán. Voy a tu apartamento a preparar las cosas para la llegada de mi nieto. Espero que les den el alta pronto.

—Así será —Rafaela sonrió a su madre.

La mujer se despidió de nosotros y nos dejó solos. En cuanto cerró la puerta, volví a acercarme a ellos y me quedé mirando al bebé.

—¿Quieres tomarlo? —me preguntó ella al cabo de un rato.

—No sé si sabré hacerlo —comenté temeroso, por mucho que deseara tener a mi hijo en brazos.

—No es tan difícil, usa un brazo para sostener su cuerpo y la cabeza con el otro. —Me ayudó, acomodando al bebé en mi regazo.

—¡Hola, hijo! —Le dediqué la sonrisa más grande del mundo cuando abrió sus ojitos grises y me miró. Tuve la sensación de que él también me estaba sonriendo—. Es tan bonito.

—Muchísimo —coincidió Rafaela.

Con el bebé en mis brazos, sentí que era mucho más difícil alejarme de él. Graciela tendría que encargarse de todo por mí durante un tiempo, porque yo no volvería a casa tan pronto.



Andrea Carraro

Capítulo cuarenta y uno

Me quedé junto a Rafaela en el hospital hasta que ella y Enzo recibieron el alta. Me dolía mucho la espalda por dormir en ese sofá incómodo y pequeño, pero ni me atreví a quejarme porque no quería que me echara. Ese momento era demasiado importante para mí como para alejarme.

Estuve todo el tiempo pensando en cómo sugerirle que fuéramos a otro lugar, ya que el apartamento donde vivía con su amiga era muy pequeño para mí, pero me di cuenta de que era mejor ir directo al grano cuando salíamos del hospital y nos subíamos a un taxi.

—¿Rafaela? —Le toqué el hombro después de que acomodara a nuestro hijo en la sillita.

—¿Qué pasa?

—Me gustaría que ustedes dos vinieran conmigo al apartamento que he alquilado.

Ella levantó las cejas, sorprendida por mis palabras.

—¿Por qué haríamos eso?

Intenté mantener la calma porque desde el principio supe que no sería fácil convencerla, pero estaba dispuesto a persuadirla de que sería lo mejor para los tres.

—Quiero estar con ustedes dos. Quiero decir... para ayudar a cuidar de Enzo en estos primeros momentos.

—Pensé que ibas a volver a Italia.

—Ahora no. Graciela está allí y cualquier cosa que necesiten de mí la puedo resolver a distancia.

—No es necesario, tengo a mi madre y a Isabela para ayudarme.

—Pero quiero formar parte de este momento. ¡Es mi hijo!

Se quedó mirándome y ya lo consideré una victoria, porque al menos por un instante Rafaela consideró mi propuesta.

—No quiero salir de mi casa y no necesito gastos extra...

—Solo será por un tiempo y no tienes que preocuparte por los gastos. Yo me encargo del apartamento.

—Andrea...

—Por favor —la interrumpí con la voz más tranquila y melodiosa que pude. Acabé aprendiendo a usar esa palabra más de lo que solía hacerlo antes. Era mucho más fácil convencerla con delicadeza que intentando imponerme.

—No sé...

—Solo será por un tiempo, si no puedes quedarte, volverás a tu casa.

—Mi madre ya me iba a ayudar con él.

—Ella puede hacerlo, si necesitamos ayuda.

—¿De verdad crees que podrás con esto? —Levantó una ceja con aire incrédulo.

—Son los retos de un padre primerizo.

Ella se rió.

—¿Qué pasa?

—No esperaba que realmente quisieras esto.

—Aprendí pronto que la vida a veces nos sorprende cuando menos lo esperamos. No solo de forma positiva, sino que tenemos que lidiar con la situación.

—¿Te refieres a la muerte de tus padres?

—También, pero ahora se trata de Enzo. —Incliné el cuello para mirar a mi hijo, que estaba distraído, jugando con su manito—. No solo quiero quedarme en Italia y ayudarte económicamente, quiero formar parte de su vida como mi padre lo hizo de la mía mientras pudo, porque no sé si mañana seguiré aquí.

—¡Cállate la boca! —Se enfadó—. Eres joven, no vas a morir así.

Sonreí levemente.

—Todo va a estar bien. —Me incliné para darle un beso en la frente a mi hijo.

—¿Podemos irnos? —preguntó el taxista, que nos miraba mientras hablábamos.

—Ya has alquilado el apartamento, ¿no? —Rafaela se giró hacia mí, pero más como una afirmación que como una pregunta.

Asentí con la cabeza.

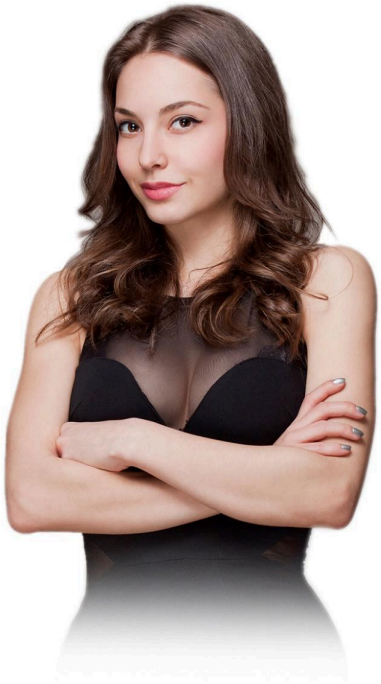
—De acuerdo —acabó aceptando, pero dejando entrever que todavía estaba un poco molesta—. Tengo que avisar a Isabela y a mi madre.

—Llámalas en el camino.

—De acuerdo.

Nos acomodamos en el coche y le di la dirección del apartamento al conductor.

Mientras Rafaela avisaba a su madre y a su amiga que iba a pasar un tiempo conmigo, yo respondía mensajes y hacía algunas llamadas. Por mucho que Graciela fuera buena administrando nuestros negocios, todavía había asuntos que dependían de mí, pero gracias a la tecnología era posible resolverlos incluso al otro lado del océano.



Rafaela Borges

Capítulo cuarenta y dos

Para mi sorpresa, mi madre e Isabela se alegraron de que pasara un tiempo con Andrea para que me ayudara con el bebé. Me dijeron que tenía razón y que ese era el papel del padre, que tenía que dejarlo participar, que era lo mejor para mi hijo, aunque no fuéramos una pareja, pero era inevitable sentir un nudo en el estómago al respecto. Era como si, en el fondo, supiera que ahí era precisamente donde residía el peligro.

Lo estaba haciendo por Enzo..., me repetí varias veces hasta asegurarme de que no tenía por qué ponerme histérica.

El taxi se detuvo frente a un lujoso condominio en uno de los barrios más imponentes de la ciudad, muy lejos de donde vivía antes, y me dije a mí misma que no debía sorprenderme, teniendo en cuenta que había sido Andrea quien lo había elegido y que él estaba acostumbrado a ganar en euros.

Intenté no pensar en que el alquiler de ese lugar sería mucho más que mi salario, que ya era generoso. Él me había asegurado

que se encargaría de todo y yo había aceptado, no tenía sentido ponerme terca en ese momento. Sin mencionar que todavía estaba cansada y en proceso de recuperación del parto.

Andrea tomó el portabebés y pagó el viaje mientras yo me colocaba el bolso de maternidad en uno de mis hombros. Él se adelantó, saludó al portero con un movimiento de cabeza y seguimos hasta el ascensor para subir a la vigésima planta.

En cuanto salimos al pasillo, sacó la llave del bolsillo y entró. Me sorprendió que hubiera conseguido resolverlo tan rápido.

—¿Alquilaste este apartamento mientras estábamos en el hospital?

—En realidad, ya lo estaba negociando antes de que naciera Enzo. Pensé que sería necesario...

—Ah... —murmuré boquiabierta—. ¿No pensaste en hablar conmigo?

—Estaba esperando el momento adecuado. Pensaba pasar un tiempo aquí de todos modos y pensé que necesitaba un lugar.

No dije nada más. Tenía buenos argumentos, lo que demostraba que llevaba tiempo pensándolo, para mi sorpresa.

Cuando entramos en la sala del apartamento, intenté no quedarme boquiabierta. ¡Era precioso! Parecía que estuviera dentro de una habitación de revista, con enormes espejos, cuadros decorativos y cortinas lujosas, sin contar la isla de la cocina y la televisión de al menos cincuenta pulgadas.

—Por aquí está la habitación de Enzo —indicó.

—Sí.

Por supuesto que tendría una habitación solo para el bebé. Eso no sería posible en mi apartamento con Isabela, pero ya había organizado mi pequeño espacio para la llegada de mi hijo y era extraño pensar que Andrea lo había elegido todo allí.

—Dejé que una decoradora lo montara, pero luego puedes ayudar en lo que creas conveniente.

—Está bien.

Abrió la puerta y el cuarto era muy tierno, otro ambiente digno de revista, con temática de El Rey León.

—¿Notaste el juego de cuna que compré? —Me quedé sorprendida con su elección.

—¡Claro!

—Imaginé que querías que la habitación fuera así.

—Está perfecta.

—Me alegro de que te guste.

Tenía que admitir que era mucho mejor intercambiar sonrisas con él en lugar de enojos.

—¿Quieres ponerlo en la cuna? —Andrea levantó el portabebé.

—Sí. —Tomé a mi hijo en brazos, que estaba dormido, y lo acomodé dentro del nido de la cuna. Ni siquiera se movió, lo que demostraba que estaba muy cómodo en su nuevo rincón.

—Te voy a enseñar tu habitación.

—¿Mi habitación? —Mi corazón se aceleró y me sentí un poco incómoda. Estaba segura de que compartir la cama con él no sería bueno para ninguno de los dos.

—Sí, la tuya.

—¿Hay más de una?

—En realidad, hay cuatro, contando la de Enzo. Si tu madre necesita venir aquí, hay espacio para ella o para cualquier otro invitado.

—Ah. —Me sentí aún más incómoda—. Qué bien.

—¿Qué pasa? —Se dio cuenta de que había algo extraño en mí.

—Nada.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Entonces para allá. Imagino que necesitas un baño y descansar un poco.

—Sería estupendo.

Lo acompañé por el pasillo hasta que Andrea abrió una puerta. Era una habitación preciosa, bien decorada, pero genérica, como las de un hotel, pero estaba segura de que estaría muy cómoda allí.

—Puedes guardar tus cosas en el armario y esa puerta de ahí es el baño —me indicó—. Voy a echarle un ojo a Enzo, si necesitas algo, solo tienes que llamarme. —Se inclinó para salir de la habitación, pero antes de que lo hiciera, lo llamé.

—¿Andrea?

—Sí.

—Gracias.

—No hay de qué. —Me dedicó una sonrisa amable y me dejó sola.

Tenía que ceder y admitir que tenerlo cerca podía ser algo bueno. Ya había aceptado que sería madre soltera, pero la presencia del padre sin duda marcaba la diferencia.

Tenía que darme una ducha, pero me permití el lujo de tumbarme en esa cama suave y cómoda durante al menos unos minutos. Era reconfortante y me hizo suspirar de placer. El colchón era mucho mejor que el de la maternidad.

Cerré los ojos y debí de echar una siesta rápida hasta que sentí que mi móvil vibraba dentro de mi bolso. Me retorcí en la cama solo para tomarlo y volví a acomodarme en la almohada.

Isabela:

¿Ya te has acomodado en la casa nueva?

Rafaela:

¿Casa nueva? No. Es solo temporal.

Isabela:

Temporal, mmm...

Rafaela:

No empieces.

Isabela:

No dije nada, solo quiero que seas feliz.

Rafaela:

Gracias.

Isabela:

¿A Enzo le gustó el lugar?

Rafaela:

Ya está durmiendo en la cuna.

Isabela:

¡Qué lindo! Mándame una foto luego.

Rafaela:

¡Claro! ¿Mi madre sigue ahí?

Isabela:

Tu papá acaba de pasar a buscarla.

Rafaela:

No pensé que se fuera tan rápido.

Isabela:

Ella sabe que estás en buenas manos.

Rafaela:

No exageres.

Isabela:

¡Ay, amiga! Él se está esforzando por ser padre.

Rafaela:

En eso estoy de acuerdo contigo.

Isabela:

¿Ves? Solo disfruta el momento con el italiano.

Rafaela:

No es como si estuviéramos juntos.

Isabela:

Yo cambiaría eso.

Rafaela:

Quédate en lo tuyo.

Isabela:

Está bien.

Rafaela:

Voy a descansar un poco antes de que empiece a llorar.

Isabela:

Llámame si necesitas algo.

Rafaela:

Gracias.

Dejé el móvil a un lado y cerré los ojos. Podría dormir solo un ratito...



Andrea Carraro

Capítulo cuarenta y tres

Entré en el baño de mi habitación y puse el monitor para bebés sobre el lavabo para poder ver a mi hijo durmiendo en la cuna mientras me duchaba.

Había leído varios libros sobre paternidad y visto más vídeos de los que podía recordar para intentar prepararme para ese momento, pero aún sentía un nudo en el estómago y miedo de no hacerlo bien. Si Graciela estuviera allí, seguro que me diría que no necesitaba toda esa paranoia, que yo podría con ello.

Solo que no quería decepcionarlos, ni a él ni a Rafaela...

Enzo empezó a llorar en la cuna y salí de la ducha. Me sequé lo más rápido que pude y me envolví una toalla alrededor de la cintura para ir a su habitación a ver qué podía estar pasando.

—¡Hola, hijo! —Lo tomé en brazos y dejó de llorar—. ¿Qué pasa?

Le bajé el pañal y vi que estaba sucio. Había intentado cambiarle el pañal mientras estábamos en el hospital y pensé que podría hacerlo.

Lo acomodé en el cambiador, le abrí la ropita que tenía botones en la parte delantera y le quité la parte de los pies, que se movieron como si le hubiera hecho cosquillas.

—Lo siento. —Le sonreí.

Sus pequeños ojos grises estaban fijos en mí mientras abría el pañal y miraba a mi alrededor en busca de una toallita húmeda y otra limpia.

—¿Qué ha pasado? —Rafaela apareció en la puerta de la habitación, somnolienta y con los ojos pequeños, frotándoselos con el dorso de la mano.

—El pañal está sucio.

—¿Necesitas ayuda?

—Solo algo limpio y las toallitas.

—Están en el bolso. —Parpadeó varias veces y vi cómo se movía su boca con aire de sorpresa cuando sus ojos se deslizaron por mi pecho desnudo—. ¿Por qué solo llevas una toalla? —Miró hacia otra dirección para no seguir mirándome.

—Estaba en la ducha cuando empezó a llorar.

—Deberías haberme llamado.

—No pasa nada, Rafaela.

—Está bien. Voy a buscar el bolso.

Se fue al pasillo y volvió unos instantes después, tendiéndome el bolso.

—Gracias.

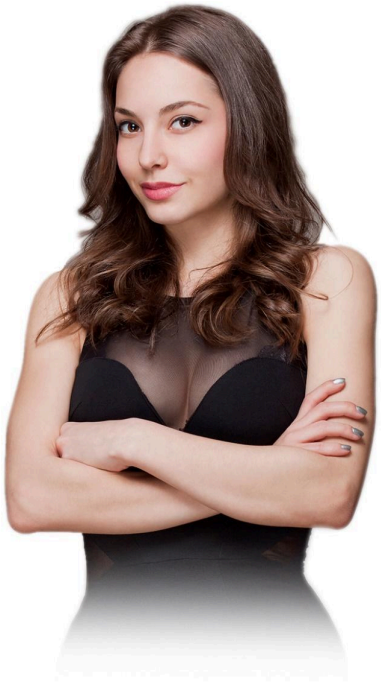
—¿Seguro que no necesitas ayuda?

—Sí.

—Entonces voy a darme una ducha y volveré para amamantarlo.

—De acuerdo. —Asentí con la cabeza.

Rafaela volvió a desaparecer de mi vista y yo terminé de cambiarle el pañal a Enzo. Después de abrocharle la ropita, él me agarró el dedo y me quedé mirando esa manito tan pequeña. Era tan delicado que me invadió el miedo de hacerle daño, al mismo tiempo que estaba seguro de que haría todo lo posible para que estuviera bien.



Rafaela Borges

Capítulo cuarenta y cuatro

Me di una ducha rápida, por mucho que el agua estuviera placentera, estaba preocupada por mi hijo. No porque pensara que Andrea tendría dificultades para cuidarlo, sino porque sabía que ya era casi la hora de volver a darle el pecho.

El padre de mi bebé estaba cumpliendo con lo que había prometido y me estaba ayudando, lo que me hacía ceder, porque era genial.

Estaba segura de que mi madre e Isabela también harían todo lo posible, pero Andrea era el padre y su participación era fundamental.

Me puse un camisón de lactancia y volví a la habitación donde Andrea todavía estaba con el bebé. Pensé que después de todo ese tiempo se habría puesto algo de ropa, pero todavía llevaba la toalla en la cintura y tuve la sensación de que se le iba a caer, revelando algo que no quería ver.

¿O quería verlo?

Yo estaba en reposo y ni siquiera podía pensar en esas cosas. Además, la relación con Andrea era demasiado buena, mientras los dos nos centráramos en nuestro hijo, no tenía por qué estropearlo todo dejándome llevar por la lujuria otra vez.

—Puedes dármelo. —Extendí los brazos.

—Está durmiendo otra vez.

—Voy a darle el pecho.

—Está bien. —Andrea me ayudó a acomodar a Enzo en mis brazos y me senté en el sillón que había en un rincón.

Me abrí la camisola de lactancia y acerqué la cara de Enzo al pezón, y él ni siquiera abrió los ojitos, solo me mordió y empezó a succionar.

—Si necesitas algo, llámame.

—No te preocupes.

Andrea me dejó sola con nuestro hijo y me sentí aliviada por no tener que mirarlo semidesnudo. Esa era una tentación que no necesitaba en ese momento.

—Concéntrate en mí, mamá —le dije, mirando a Enzo.

Era lo mejor que podía hacer.

Después de que mi hijo mamara y lo hiciera eructar, lo acosté de nuevo en la cuna y salí de la habitación.

—¿Rafaela? —Me sorprendió que Andrea me llamara desde la cocina.

—¿Sí?

—Imagino que tendrás hambre.

—Sí, tengo hambre.

—Ven aquí. He pedido un calzone. Supongo que te gustará.

—¿A quién no le gusta la comida italiana? —Sonreí al acercarme a él y me senté en la mesa del comedor.

Andrea puso un plato para mí y otro para él.

—¿Zumo de uva?

—Por favor.

Me sirvió un vaso con un poco y le di las gracias con una sonrisa. Desde que descubrí que estaba embarazada, ya no podía tomar vino como antes, pero me había adaptado bien y mi prioridad era el desarrollo saludable de mi hijo.

—¿Todavía estás muy cansada?

—La siesta me ha ayudado.

—Eso es estupendo.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —Decidí continuar con el tema mientras cortaba un trozo de lo que llamábamos pizza cerrada. La masa era fina y típicamente italiana, pero el relleno era tan exagerado como un buen plato brasileño.

—Después de una buena noche de sueño en un colchón mejor, estaré como nuevo.

Me eché a reír y él me guiñó un ojo mientras masticaba un trozo de calzone.

El italiano sabía ser simpático y su presencia durante los días que pasaríamos juntos cuidando de nuestro hijo no parecía que fuera a ser un tormento.

Hablamos de trivialidades y él incluso me dijo que su hermana me enviaba un saludo. Recordaba bien a Graciela, había sido muy amable conmigo al principio de las negociaciones, cuando yo ni siquiera sabía de la existencia de su hermano hasta que sucedió todo aquello.



Andrea Carraro

Capítulo cuarenta y cinco

Rafaela y yo nos llevábamos bien y, en el día a día de esa primera semana que pasó después de nuestra mudanza al apartamento, conseguimos tener una buena convivencia mientras nos centrábamos en lo que era mejor para nuestro hijo.

El sacrificio de estar lejos de Italia y de mi casa se veía recompensado con cada sonrisa desdentada que mi hijo me dedicaba cuando lo tenía en brazos o le cambiaba los pañales.

Ayudaba a Graciela en todo lo posible, trabajando a distancia, tomando decisiones e incluso haciendo reuniones por videoconferencia. Todos los planes que teníamos para la vinicultura ese año iban bien y no había motivos para preocuparme.

Estaba tumbado en la cama, mirando al techo en mitad de la noche. Había perdido el sueño, quizá el cansancio no era tan fuerte como para hacerme dormir y estaba pensando en algunos asuntos que tenía que resolver con mi hermana.

Cuando Enzo empezó a llorar, me levanté sin pensarlo dos veces y fui a su habitación. Llegué primero, pero Rafaela no tardó en aparecer.

—¡Hola! —dijo bostezando.

—Hola, puedes volver a dormir, yo me encargo de él.

—Pero tú viniste la otra vez.

—No pasa nada, ni siquiera tenía sueño.

—¿Estás seguro?

Asentí con la cabeza.

Ella no insistió mucho, solo se alejó de la habitación y yo me acerqué al niño, lo tomé en brazos y le revisé el pañal. Estaba limpio, así que ese no era el motivo del llanto. Miré el reloj mientras él seguía llorando. No habían pasado ni dos horas desde que había mamado, no debía tener hambre.

Intenté calmarlo, meciéndolo en mi regazo y tarareando una canción en italiano que había aprendido cuando era niño, pero nada funcionaba, mi hijo seguía llorando y eso me angustiaba.

—¿Qué pasa? —Rafaela no tardó en volver cuando se dio cuenta de que el llanto no cesaba.

—No lo sé. El pañal está limpio, pero no deja de llorar.

—Dámelo. —Extendió los brazos y, aunque molesto por no haber podido resolverlo, le di el bebé, suponiendo que tenía hambre y que solo Rafaela podría amamantarlo.

Ella se dirigió al sillón y acomodó a Enzo, pero él ni siquiera tomó el pezón de su pecho, se frotó la carita y siguió llorando.

—Parece que no es hambre —comenté.

—Entonces, ¿qué será? —Mostró preocupación en sus ojos marrones.

—Debe haber un termómetro por ahí, podemos ver si tiene fiebre.

Rafaela se quedó con él en el sillón y yo fui a una cesta que había al lado del cambiador, buscando hasta que encontré un termómetro. Ella se lo puso a nuestro hijo y yo me quedé de pie, esperando... Pareció pasar una eternidad hasta que el aparato pitó.

—Treinta y seis coma ocho —Rafaela leyó el resultado.

—Parece normal.

—Sí, no tiene fiebre.

—¿Y si son cólicos? —sugerí, sintiéndome idiota por no haberlo pensado antes. Todos los libros que había leído parecían no servir de nada en ese momento de desesperación.

—Puede ser, pero ¿no crees que sería mejor llevarlo al pediatra?

—¿A estas horas de la madrugada?

—Pero no deja de llorar —se quejó, sufriendo junto con nuestro hijo.

—Déjame intentarlo, si no mejora, iremos al hospital.

Ella me miró con recelo durante un rato, pero finalmente asintió con la cabeza.

Me quité la camiseta polo, lo que hizo que Rafaela abriera mucho los ojos cuando la dejé al lado de la cuna, y luego le tendí las manos para que me entregara al bebé.

Lo acomodé junto a mi pecho y me dirigí a mi habitación. Curiosa, Rafaela me siguió y se detuvo en la puerta, mirándome mientras me tumbaba boca arriba y colocaba al bebé boca abajo sobre mi pecho. Lloró un rato más, mientras yo le acariciaba, sobre todo la espalda.

—Parece que ha funcionado. —Rafaela se acercó y se sentó en el borde de mi cama.

—Sí. —Me incliné para besarle la cabecita.

—¿Cólicos, hijo? —Rafaela también lo acarició y Enzo murmuró un sonido ininteligible, pero como si le respondiera a su madre.

—Ahora todo va a estar bien. —Seguí masajeándolo.

Nos quedamos allí un buen rato, pero Rafaela no dijo nada, ni se alejó, como si nos estuviera vigilando. Supuse que temía que me quedara dormida con el bebé sobre el pecho, pero el único que se quedó dormido fue Enzo.

—Creo que ya puedes tomarlo —le dije cuando vi que mi hijo no iba a volver a llorar.

—¿Se le habrá pasado el cólico?

—Al menos por ahora, si no estaría llorando.

—Tienes razón.

Ella lo tomó en brazos y lo llevó de vuelta a la habitación. Me levanté de la cama y la seguí, observándola mientras acomodaba al bebé en la cuna.

—Espero que ahora duerma el resto de la noche —dijo apoyándose en el lateral de la cuna y mirándolo.

—Yo también. —Me acerqué y me quedé a su lado.

Nos quedamos un buen rato, simplemente observando a nuestro hijo, hasta que me atreví a acercar mi mano a la suya. Mis dedos cubrieron los suyos y Rafaela se giró para mirarme, sorprendida.

—Andrea...

Sabía que no debía haberlo hecho, pero no me aparté de inmediato, como habría sido lo correcto. No sabía si la culpa era de la abstinencia de contacto femenino o simplemente de haber convivido las veinticuatro horas del día durante los últimos días. Rafaela era una mujer guapa y muy atractiva, a pesar de que ambos

estábamos agotados por los cuidados que exigía un bebé recién nacido.

Retiré mi mano de la suya, pero en lugar de alejarme por completo, subí con los dedos por su brazo hasta agarrarle el hombro.

—¿Qué estás haciendo?

—No lo sé...

—Creo que es mejor que vayamos a nuestras habitaciones.

—Tienes razón.

Salimos juntos de la habitación, pero la detuve en el pasillo, agarrándola por la muñeca y haciendo que Rafaela volviera a mirarme.

No dije nada antes de acercarme a ella y tocarle la cara.

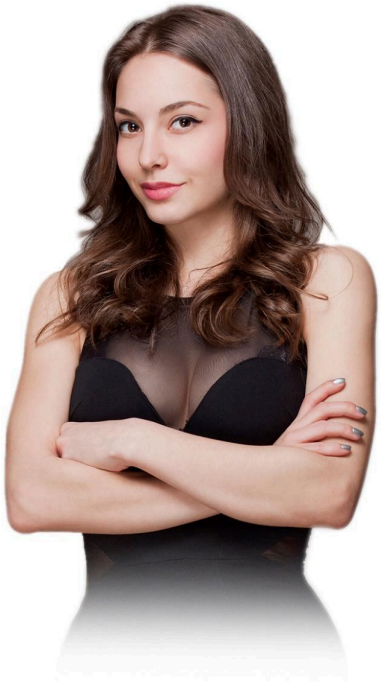
—No hagas eso... —susurró.

—¿No?

—Nos metimos en este lío precisamente por eso.

—Creo que ha sido lo mejor que nos ha pasado.

—Sí, pero... —Se detuvo a mitad de la frase mientras me miraba fijamente, se sintió incómoda y parecía no encontrar las palabras adecuadas para continuar.



Rafaela Borges

Capítulo cuarenta y seis

Me había dicho un millón de veces que volver a involucrarme con Andrea era la decisión más estúpida que podía tomar. Solo debíamos convivir como dos personas civilizadas hasta que él decidiera volver a Italia. Cada uno seguiría su camino mientras llegábamos a un consenso sobre lo que era mejor para nuestro hijo.

Aunque yo estaba decidida a mantenerme fiel a ese punto. Temblé mientras su dedo seguía dibujando el contorno de mi cara.

Me incliné hacia él, apoyando mis manos en su pecho, como si hubiera perdido el equilibrio. Él seguía sin camisa y sentir directamente su piel fue un gran error.

Andrea me agarró la punta del mentón y me levantó la cara, y cuando me di cuenta, su boca estaba sobre la mía y su lengua me dominaba.

Ah, esa boca era más deliciosa de lo que recordaba...

Juro que quería comportarme, pero no pude resistir el deseo que se apoderó de mí, pidiendo más. Subí mis manos por su cuello, tirando de su cabello e intensificando la forma en que nuestras bocas se encontraban.

Mi corazón se aceleró y sentí todo mi cuerpo arder, sobre todo cuando sus manos bajaron por los costados de mi cuerpo, recorriendo mis curvas hasta agarrarme el culo por debajo de la camiseta. Mientras él me tocaba de manera inapropiada, tuve un soplo de racionalidad y conseguí interrumpir el beso.

—Andrea, no puedo... —Le empujé el pecho por mucho que quisiera atraerlo hacia mí.

—Sé que esto lo complica todo, sobre todo por Enzo, pero estoy loco por ti.

—Todavía estoy en reposo.

—Ah. —Él soltó una risita.

Pensé que ese argumento sería suficiente para apagar un poco el fuego que nos consumía, pero volvió a acercarse.

—Sin penetración, déjame a mí.

—¡Andrea! —Apreté los labios para contener un gemido cuando una de sus manos subió por el interior de mis muslos y se acercó a mis bragas.

Una intensa pulsación comenzó allí y solo alejé las piernas, apoyándome en la pared mientras sentía que mis rodillas temblaban y mi cuerpo se tambaleaba. Todavía estaba agotada por el nacimiento de mi hijo, pero el deseo sexual terminó hablando más alto.

Mi médico me había dicho que podía jugar *un poco* si me sentía cómoda y dispuesta a ello, pero parecía difícil que una cosa no llevara a la otra y Andrea acabara dentro de mí.

Me bajó las bragas, su dedo buscó mi clítoris y tuve que contenerme aún más. Con los calambres, Enzo había tardado en dormirse y no quería que se despertara.

Andrea me llevó a su habitación, donde la puerta estaba abierta, y nos tumbamos en la cama mientras volvíamos a besarnos. Era delicioso tener su boca en la mía y sus manos recorriendo mi cuerpo, volvió a masturbarme y yo me retorcí en la cama, entregándome al placer provocado por su dedo.

Mientras me envolvía el placer, extendí la mano y toqué el bulto de sus pantalones cortos, pasando los dedos por su erección.

Andrea apartó su boca de la mía y se acercó a mi oído.

—Tócame.

Cumplí su orden, metiendo mi mano dentro de sus calzoncillos y acariciando su verga, sintiendo las venas y texturas, hasta que lo envolví con mis dedos y volví a masturbarlo mientras él seguía concentrado en hacerme disfrutar.

Quería más, pero, como una adolescente con miedo a perder la virginidad, me conformé con su dedo explorándome, excitándome hasta que la tensión explotó.

Jadeando y temblando, seguí moviendo mi mano sobre su miembro hasta que Andrea me apartó y tomó un pañuelo, haciéndome comprender que estaba a punto de acabar y no quería que me manchara.

—Podemos comportarnos así hasta que termine tu reposo.

—¿Comportarnos? —Puse los ojos en blanco.

Él se rió y me dio otro beso.

Estaba agotada y no me di cuenta de cuándo terminé durmiéndome en la cama con él.

Pensaba que podría salir ilesa de la convivencia bajo el mismo techo que Andrea, pero me estaba dando cuenta de que no sería tan

sencillo.



Andrea Carraro

Capítulo cuarenta y siete

Me desperté con Enzo llorando y me di cuenta de que ya había amanecido. Rafaela se movió a mi lado y solo entonces recordé nuestro beso de la noche anterior.

Debería estar con la conciencia muy pesada en ese momento y muy arrepentido de lo que había pasado, pero no... Haber estado con ella fue bueno y me demostró que realmente quería eso.

Llevábamos más de una semana viviendo juntos y podía decir que estaba muy contento con ello. Por supuesto que tenía deseos y el sexo formaba parte de ello, pero no había pensado ni un solo momento en la colección de mujeres que había dejado en Italia.

Estaba reflexionando sobre eso cuando ella se levantó y fue a ver por qué lloraba nuestro hijo, que esta vez imaginé que era hambre, ya que estaba acostumbrado a mamar alrededor de las seis de la mañana.

Saqué mi celular de la mesita de noche y vi que eran como las seis y media. En Brasil era temprano, pero teniendo en cuenta la diferencia horaria, mi hermana ya estaría levantada, ocupándose de las tareas de la vinicultura desde hacía un buen rato.

Andrea:

¿Qué te parece si me pongo de novio con Rafaela?

Graciela:

¿Quién eres tú y qué le has hecho a mi hermano?

Andrea:

Lo digo en serio.

Graciela:

Yo también. El hermano mayor que conozco no pensaría en hacer algo así ni por asomo.

Andrea:

Con ella es diferente, tenemos un hijo juntos.

Graciela:

Sabes que no tienes que estar con ella solo por el niño, ¿verdad? Estamos en el siglo XXI.

Andrea:

No es solo por Enzo. Claro que eso contribuye, pero ha sido genial vivir estos días con ella. Tenemos más en común de lo que imaginaba, además de la pasión por los vinos y por nuestro hijo.

Besarla ayer tuvo un sabor diferente, mejor...

Graciela:

¿Estás enamorado?

Andrea:

No.

No lo sé...

Graciela:

No tiene nada de malo estar enamorado.

Andrea:

Es solo que no sé cómo funciona eso.

Graciela:

No te preocupes demasiado por eso. Solo debes ser feliz.

Andrea:

Soy feliz aquí con ellos.

Graciela:

Eso es lo que importa. Sabes que te apoyo, ¿verdad?

Andrea:

Sí, gracias.

Graciela:

Hay unos correos electrónicos que tienes que ver, son importantes, échales un vistazo en cuanto puedas.

Andrea:

De acuerdo.

Graciela:

Hasta pronto, hermano.

Andrea:

Adiós.

Aproveché el móvil para revisar los correos electrónicos que me había mencionado mi hermana y luego me levanté de la cama y fui a la habitación de Enzo, donde Rafaela estaba con él de pie, recostado sobre su hombro, esperando a que eructara.

—¿Has dormido bien?

—Sí. —Me dedicó una sonrisa.

—Hoy parece estar mejor.

—Creo que también ha podido descansar después de que le pasara el dolor.

—Pobrecito, debe ser muy molesto para un bebé tan pequeño.

—Es parte del proceso, todos los bebés pasan por eso.

—No podemos estar tranquilos.

—Es verdad. —Ella sonrió y luego se dio la vuelta para acomodar al bebé en la cuna.

—Rafaela... —Di un paso hacia ella, que retrocedió otros dos.

—No hace falta que hablemos de lo que pasó ayer.

—Es precisamente de lo que quiero hablar.

—Los dos estábamos necesitados y nos relacionamos. Fue la necesidad, el cansancio...

—¡Rafaela, cálmate! —Levanté las manos en señal de alto—. No tienes porqué ponerte a la defensiva, ¿ok?

—¿Por qué no? —Se cruzó de brazos.

—Quiero estar contigo.

—¿¡Qué!? —Abrió mucho los ojos y me di cuenta de que quizá no me había expresado de la mejor manera.

—Creo que podemos funcionar como pareja.

—¿Estás hablando de lo que ni siquiera pasó ayer?

—Me refiero a todo lo que ha pasado desde antes del nacimiento de Enzo. A lo que ha cambiado en mí y en nuestra convivencia aquí, en este apartamento.

—No habíamos planeado nada de esto. Habíamos acordado que cada uno seguiría con su vida cuando él fuera un poco mayor.

—Parece que lo único que ha salido según lo planeado desde nuestro primer encuentro ha sido la importación de vinos a Brasil.

—¡Tú vives en Italia!

—Ahora estoy aquí, viviendo contigo. Lo de Italia es un detalle que podemos decidir más adelante.

—¿Lo dices en serio? —Ella dudó.

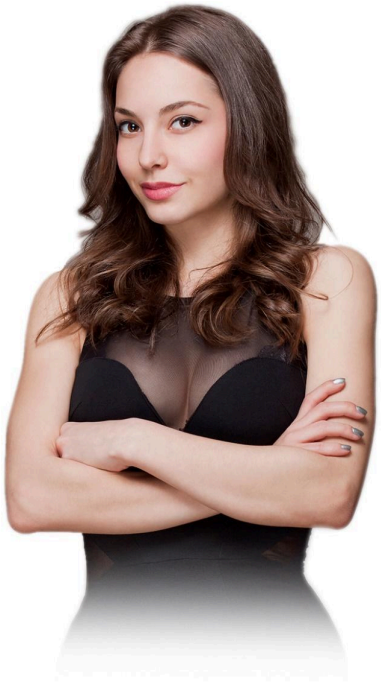
—Sí, así es. —Me acerqué y le toqué la cara, haciendo que sus ojos se fijaran en mí—. Creo que podemos funcionar bien juntos.

Rafaela aún parecía indecisa, pero finalmente asintió con la cabeza y me incliné para besarla en la boca. Sin embargo, antes de que pudiera profundizar el beso, escuché su estómago rugir.

—Lo siento, tengo hambre. —Se rió sin gracia.

—Vamos a ver qué hay en la cocina. —Le tendí la mano.

Fuimos juntos a preparar el desayuno y, con mis dedos entrelazados con los suyos, me sentí feliz como nunca imaginé que podría estarlo junto a una mujer.



Rafaela Borges

Capítulo cuarenta y ocho

Un tiempo después...

—He dejado leche en el congelador. ¿Sabes cómo se calienta?

—Sí, lo sé, Rafaela —murmuró mi mejor amiga mirándome mientras yo caminaba de un lado a otro de la habitación, angustiada.

—A veces llora por los cólicos, ayuda ponerlo boca abajo o hacerle masajes en la barriguita.

—Entendido —Isabela siguió mirándome fijamente mientras yo seguía observando a mi hijo acostado en la cuna.

—Si necesitas algo, cualquier cosa...

—¡Rafaela, basta! —me interrumpió antes de que se enfadara —. Solo disfruta de tu noche con Andrea y deja que yo me ocupe de Enzo.

—¿Crees que te irá bien?

—Estoy segura de que todo irá bien —dijo con una amplia sonrisa—. Soy profesora. Estoy acostumbrada a tratar con niños.

—Pero no con uno tan pequeño...

—¡Rafaela, vete ya! —Mi amiga me gruñó, haciéndome temer que fuera a perder la paciencia.

—Está bien —acabé por aceptar—. Pero no te olvides...

—Te avisaré si pasa algo. Entendido.

—Genial.

—Todo saldrá bien —me aseguró con una gran sonrisa—. Vete y disfruta de la noche.

—Gracias, amiga.

—De nada.

Estaba nerviosa por salir de casa y no llevarme a Enzo conmigo, por mucho tiempo que hubiera pasado desde su nacimiento, la idea de no estar cerca de él en todo momento me aterrorizaba. Sin embargo, ese era un momento solo para mí y para Andrea y, después de que él me hubiera confesado que quería que fuéramos novios, era la primera vez que eso ocurría.

Sería muy bueno para los dos, de eso no tenía ninguna duda.

—Estás preciosa. —Me sonrió cuando fui al salón, donde Andrea me esperaba sentado en el sofá.

—Gracias. —Me sentí un poco incómoda y mis mejillas se sonrojaron de inmediato.

Por fin, la ropa que tenía antes del embarazo me volvía a quedar bien y había recuperado mi peso y mi figura.

—¿Podemos irnos? —Se levantó del sofá esperando mi respuesta.

—Sí, le dije a Isabela que me llamara si pasaba algo.

—Estarán bien.

—Esperemos... —Suspiré al darme cuenta de que estaba paranoica sin motivo. No había razón para entrar en pánico. Mi mejor amiga se quedaría con mi hijo mientras yo salía con su padre para pasar un momento romántico.

Después de tanto tiempo de espera y del fin de mi reposo, nos lo merecíamos.

Me colgué el bolso al hombro y me dirigí al pasillo cuando Andrea me abrió la puerta. Él había estado muy romántico y amable conmigo desde que habíamos empezado a salir, hasta el punto de hacerme dejar a un lado mi escepticismo. El italiano parecía realmente decidido a hacer que nuestra relación funcionara.

—¿Has llamado a un taxi?

—En realidad, pensé en ir en tu coche. Si no te importa.

—Genial.

—Qué bien. —Jugó con el cabello castaño claro, que estaba un poco más largo de lo habitual, y me llamó la atención sus ojos color miel.

Era innegable lo guapo que era y no me sorprendía en absoluto que varias mujeres y yo hubiéramos caído rendidas ante su encanto. Solo esa sonrisa bastaba para mojarme las bragas, pero, en el fondo, sentía un poco de miedo. Había aceptado bien el hecho de que fuera un completo canalla y temía que, en un momento u otro, el italiano no pudiera evitar sus instintos y ese hermoso castillo de naipes que estábamos construyendo acabara derrumbándose.

—¿Rafaela?

—Eh... —Parpadeé y me di cuenta de que estábamos parados frente a mi coche, pero yo estaba completamente perdida en mis pensamientos.

—¿Todo bien?

—Claro. —Sonreí con cierta torpeza, un poco incómoda.

—Tranquila. Enzo está en buenas manos.

Asentí con la cabeza, aunque en ese momento mi temor ya no tenía tanto que ver con nuestro hijo, pensé que era mejor no decir nada. Teníamos todo para pasar una buena noche y no había razón para arruinarla con simples paranoias. Llevábamos casi dos meses viviendo juntos y Andrea lo había hecho muy bien.

Condujo hasta uno de los restaurantes más famosos de la ciudad. No es que yo fuera una asidua comensal de este tipo de locales, pero a veces participaba en cenas o almuerzos con proveedores y también intentaba hacer la parte comercial, ya que estos establecimientos eran los principales compradores de nuestra importadora.

—Señor Carraro —nos saludó la recepcionista cuando nos acercamos a la entrada—. ¡Bienvenidos!

—Gracias —le respondí con una sonrisa sencilla.

—Acompáñenme a la mesa, por favor.

Asentimos y la seguimos, rodeando a otros clientes hasta que nos acomodamos en una mesa para dos cerca de la ventana, que nos ofrecía una amplia vista de la ciudad de São Paulo.

—Aquí está el menú. —Me entregó uno a mí y otro a Andrea —. Enseguida vendrá el camarero a tomar nota.

—Muy bien.

—La última vez que cenamos juntos fue en Venecia —me recordó Andrea mientras abría la servilleta sobre su regazo.

—Yo no sabía quién eras realmente.

—Es solo un detalle sin importancia, pero fue agradable.

—Sí, lo fue. —Sonreí torpemente mientras me pasaba la mano por el pelo y me lo colocaba detrás de la oreja.

—La góndola fue memorable.

—¡Andrea!

—¿Qué pasa? —Se encogió de hombros como si fuera un comentario tonto.

—¿A cuántas has seducido en esa góndola?

—Eso ahora es irrelevante.

—Eras casi un depredador de Venecia.

—¿Yo? —Levantó las cejas, casi como si lo hubiera ofendido.

Asentí con la cabeza y bebí un poco del agua que nos habían servido en una copa para los dos.

—Como si tú no tuvieras también un poco de historia.

—Es diferente.

—¿De verdad? Además, no hice nada que tú no quisieras.

—Eso es cierto —me vi obligada a admitir.

—Entonces todo está bien. —Se inclinó hacia mí y me tocó el muslo, haciendo que mi cuerpo se calentara.

—Andrea, contrólate.

Él esbozó una sonrisa más pícara, pero se apartó cuando el camarero se acercó a nosotros para tomar nota.

Desde que descubrí mi embarazo, evitaba algunos alimentos y cualquier tipo de bebida alcohólica, incluido el vino con el que trabajaba, pero como tenía intención de pasar la noche fuera y ya había sacado leche para amamantar a Enzo, me permití un pequeño capricho.

Empezamos con un Sauvignon Blanc para acompañar el carpaccio de lenguado relleno de queso brie como entrante. Ya había olvidado el sabor de algunos vinos y alimentos y lo deliciosos que eran.

—¿Cómo están las cosas en Italia? —me atreví a preguntar, porque Andrea había abandonado gran parte de su vida para estar aquí con su hijo y, por consiguiente, conmigo.

—Graciela a veces se descontrola, pero es una buena administradora.

—Estoy segura de que sí. —Bebí un poco más de vino—. Recuerdo cómo actuaba al principio de nuestras negociaciones.

—Creo que es demasiado blanda.

—No seas duro con ella.

—También hay que tener mano dura.

—Apuesto a que no coquetea con los compradores.

—Con los hombres seguro que no. —Se rió.

—¿Cómo es eso?

—¿No te lo conté?

Negué con la cabeza.

—Mi hermana prefiere a las mujeres.

—¡Ah! —Dejé escapar un sonido inconexo en medio de la sorpresa.

—Me enteré cuando me presentó a su novia, pero si ella es feliz, por mí está bien.

—¡Por supuesto! Lo mejor que puedes hacer por ella es apoyarla.

—Sí. Durante mucho tiempo solo nos teníamos el uno al otro y ese apoyo siempre ha sido fundamental.

—¿Teníamos?

—Sí. Ahora yo te tengo a ti y a Enzo, y ella, a su novia.

—Tienes razón.

—Disfrutarás pasar tiempo con Graciela.

—Estoy seguro de que sí.

El camarero trajo nuestro plato principal y bajé la cabeza, concentrándome en la comida hasta que Andrea volvió a llamarme.

—¿Rafaela?

—Sí. —Levanté la cabeza para mirarlo y me sorprendió cuando me empujó una caja de terciopelo en mi dirección—. ¡Andrea!

—Estaba pensando en la mejor manera de hacerlo y admito que quizá no sea tan romántico como debería.

—No estarás pensando en...

—Rafaela, ¿quieres casarte conmigo? —Abrió la caja, revelando un hermoso anillo que me dejó sin aliento—. Pertenecía a mi madre y le pedí a Graciela que me lo enviara. Llegó hace una semana y estaba esperando el mejor momento para hacerte la pregunta.

—¿Hablas en serio? —Me quedé completamente boquiabierta.

—Sí. ¿Crees que es demasiado precipitado?

—No... Quiero decir... Es solo que no esperaba este tipo de propuesta.

—¿Eso es un no?

—No. ¡No es un no! —Empecé a reírme al darme cuenta de que me había enredado con las palabras.

Una cosa era estar juntos, dormir en la misma cama, intercambiar abrazos y besos. Otra muy distinta era oír a Andrea proponerme matrimonio.

Desde que me había conformado con la vida de madre soltera, imaginaba que no me casaría. No es que el hecho de tener un hijo me lo impidiera, porque las parejas con hijos de otras

relaciones se unían todo el tiempo. Solo que mi mente paranoica me saboteaba.

—Entonces... —Andrea se quedó mirándome, incómodo, y yo me sentí como si los demás clientes del restaurante estuvieran haciendo lo mismo.

—Quiero casarme contigo —dije con una mezcla de alivio y felicidad.

Él sonrió y se inclinó, tomó el anillo y me lo puso en el dedo.

Los clientes del restaurante aplaudieron y yo me sentí aún más incómoda, pero en el fondo estaba feliz con la propuesta. Durante el tiempo que pasé con Andrea, me enamoré cada vez más de él, por mucho que luchara con todas mis fuerzas contra ese sentimiento. Pensaba que acabaría siendo traicionada por mi corazón, pero afortunadamente me equivoqué.

Sin embargo, después de sonreír torpemente a los demás y de que el momento se enfriara, llevando a cada uno de vuelta a su cena, la realidad se apoderó de mí.

—¿Y tu vida en Italia?

—Bueno... —Respiró hondo y yo me tensé, expectante por lo que diría a continuación—. Pensaba convencerte para que te mudaras allí conmigo.

—¿Por eso me pediste matrimonio?

—Claro que no, Rafaela, pero estaba analizando dónde iríamos a vivir y me pareció el lugar más plausible.

—Yo tengo mi vida aquí.

—Lo sé.

—Un trabajo...

—Pensé en esas posibilidades, pero también imagino que querrás estar siempre cerca de Enzo. Lo cual no será posible cuando vuelvas a trabajar en la importadora.

—Me gusta trabajar.

—Por eso sería estupendo que me ayudaras en la administración de la bodega. Hay muchos asuntos que tratar y tú conoces muy bien el mercado del vino. Realmente creo que puedes aportar mucho.

—No sé... —Le expresé mi temor.

—No tienes que responderme ahora. Puedes pensarlo con más calma.

—Gracias. —Sonreí aliviada por haberme quitado esa presión de encima.

Por mucho que me asustara la posibilidad de vivir en otro país, sentía que sería bueno respirar aires nuevos y criar a mi hijo en un lugar más tranquilo y menos agitado que São Paulo.

Andrea cambió de tema para que el ambiente de nuestra cena no se enfriara. No me perdonaría si lo estropeara todo por una reacción tonta.



Andrea Carraro

Capítulo cuarenta y nueve

Después de cenar, llevé a Rafaela al hotel donde había hecho una reserva para pasar la noche.

Estaba ansioso por pasar un rato a solas con ella después de toda la espera y también por haberle pedido finalmente que se casara conmigo. Sabía que sería complicado intentar mantener esa relación cuando volviera a Italia. Esperaba que ella se diera cuenta de que era mejor venir conmigo.

Abrí la puerta de la habitación, esperé a que entrara y encendí la luz. La habitación era grande, con un cómodo sofá y una cama amplia.

Mentiría si dijera que no estaba loco por ese momento con ella y que mis hormonas no se disparaban a cada instante. Mientras esperábamos que terminara su período de reposo, había sido paciente. Intercambiábamos besos y caricias más provocativas, pero aún no había penetración.

Para alguien con hábitos como los míos, estaba siendo un gran sacrificio, pero estaba seguro de que valdría la pena.

—Mi prometida. —La rodeé por la cintura, acercándola más a mí, y Rafaela dejó escapar un suspiro.

—Ey...

—¿Quieres que me aleje? —le pregunté con la boca en su oído mientras mis manos subían lentamente por su cuerpo, contorneando sus curvas.

—No... —Se estremeció—. De ninguna manera.

Le mordisqueé el cuello, apartándole el pelo a un lado para tener mejor acceso a su sensible piel.

—Andrea... —murmuró después de estremecerse cuando le mordí la oreja.

El deseo crecía cada vez más intensamente, haciendo que mi verga se moviera dentro de mis pantalones. Estaba deseando bajarle las bragas y meterme en ella de una sola embestida, pero debía tener paciencia. Teníamos toda la noche.

—¿Sabes que hay una bañera?

—¿Es eso una invitación?

—Solo si tú quieres.

—Quiero.

Le bajé la cremallera del vestido, haciendo que la prenda se deslizara hasta el suelo. Le besé la nuca, provocándole escalofríos mientras mis manos se deslizaban hasta su pecho desnudo, porque no llevaba sujetador.

Le apreté los pezones, escuchándola gemir ligeramente y sintiendo cómo empujaba su culo un poco más hacia atrás, rozando el bulto de mis pantalones.

—¡Qué buena estás! —Apreté mi verga contra ella y Rafaela gimió aún más fuerte.

Dejé que mis manos bajasen desde sus tetas hasta llegar a la cintura y le bajé las bragas por un lado.

Después de dejarla desnuda, ella se giró, apoyando las manos en mi pecho y su boca buscó la mía. Entrelazamos nuestras lenguas mientras yo le acariciaba las nalgas, apretando su piel suave y voluminosa. Sus tetas prominentes se presionaban contra mi pecho y su cuerpo se amoldaba al mío.

Rafaela bajó las manos hasta mi cintura y le tocó a ella empezar a desnudarme, tirando de mi camisa hacia arriba. Levanté los brazos y agarré la prenda, lanzándola a algún rincón de la habitación.

Sus delicados dedos trazaron las líneas de mi pecho hasta encontrar la cremallera de mis pantalones, que abrió sin demora y me ayudó a quitarme, junto con mis zapatos, calcetines y ropa interior.

Desnudos, frotándonos y cada vez más calientes, nos dirigimos al cuarto de baño. Llené la bañera y me senté en el borde, atrayéndola hacia mí y continuando con los besos. Era difícil resistir la necesidad que sentía por ella mientras su sexo se frotaba contra el mío, pero sin penetración. Sentía que ella se humedecía cada vez más mientras nos frotábamos y yo estaba duro y palpitante. La ansiedad provocada por el deseo de estar dentro de ella ya no cabía en mí.

Pensé en levantarla y encajarla en mí, acabando pronto con esa angustia, pero antes de que lo hiciera, Rafaela se escapó de mis brazos. Se alejó unos pasos y levanté la mirada para mirarla con expresión de perrito abandonado.

Ella sonrió, humedeciéndose los labios, y su expresión aumentó mi excitación. La observé mientras se inclinaba y se arrodillaba entre mis piernas. Apartó mis muslos y se acomodó entre

ellos. Me perdí en medio del placer cuando envolvió mi verga con ambas manos y empezó a jugar con su lengua en mi glande, capturando un poco del líquido lubricante que se escapaba.

Apreté el borde de la bañera, inclinando un poco la cadera hacia delante, en medio de una necesidad cada vez más desesperada, esperando que sus labios me envolvieran. Solo pensaba en lo bueno que sería tener su boca tragándome.

Finalmente, se movió el pelo y se inclinó más. Sus delicados dedos me apretaron y gemí en el momento en que sus labios se deslizaron por toda mi extensión. Sin miedo, empezó a chupármela, proporcionándome una deliciosa visión de sus pechos balanceándose y de su boca recorriendo mi miembro.

Me apretaba y me tragaba hasta que tocaba su garganta. En medio de esa maravillosa mamada, no pude resistirme. Ni siquiera tuve tiempo de avisarle antes de acabar en su lengua. Abrió los ojos con sorpresa, pero tragó antes de apartarse.

Rafaela se levantó, se limpió la boca y me sonrió.

Cerré el grifo de la bañera mientras me recuperaba del orgasmo y luego la atraje por la cintura, acercándola a mí.

Entré primero en la bañera y luego, con las piernas hacia dentro, la hice sentarse en el borde. Le abrí las piernas, sujetándole firmemente los muslos, y fue mi turno de hacerle sexo oral. Chupé sus grandes labios vaginales y Rafaela se inclinó hacia mí. Apretaba su piel con las manos mientras la provocaba con movimientos circulares y pequeños golpes. Rafaela gemía y se contoneaba cada vez más, demostrando que iba por buen camino para darle placer.

Introduje uno de mis dedos en su canal húmedo y ella se contrajo, apretándome con sus músculos. Mientras mi dedo hacía un movimiento de vaivén, mi lengua jugueteaba con su clítoris.

Rafaela se soltó, entregándose al orgasmo.

—¡Vaya! —Suspiró con el pecho subiendo y bajando en medio de una respiración jadeante.

—Ven, entra. —La tiré dentro de la bañera, la puse entre mis piernas y Rafaela se tumbó sobre mi pecho.

Levantó la mano y se fijó en el anillo de compromiso que le había dado, pero no dijo ni una sola palabra.

Nos quedamos en silencio durante un rato hasta que la empujé hacia delante y volví a apartarle el pelo, dejándole mordiscos y pequeños chupetones en el cuello.

Volví a agarrarle las tetas mientras aumentaba la intensidad con la que la besaba y mordía. Rafaela se retorcía dentro de la bañera, haciendo que el agua se balanceara.

Le tiré del pelo, levantándola y haciendo que se inclinara, poniéndola a cuatro patas. La visión de su culo inclinado hacia mí hizo que mi erección volviera a latir intensamente.

Le acaricié la nalga y le di una palmada solo para verla vibrar.

—¿Has hecho sexo anal alguna vez, Rafaela?

—¡No! —Se encogió, sorprendida, como si mi pregunta la hubiera asustado.

—¿Puedo? —No podía dejar de mirar su culo sin sentir ganas de entrar en ese estrecho espacio.

—Me va a doler...

—No te dolerá. Te prometo que iré muy despacio y pararé si te molesta mucho.

—No sé... —Estaba indecisa.

—Solo vamos a intentarlo. —Le acaricié las nalgas y me incliné para darle unos besos y mordiscos, esperando a que se relajara para poner un poco de saliva.

Tomé un condón de una pequeña cesta cerca de la bañera y me lo puse, preparándome para explorarla de una forma sexual diferente.

—Ve despacio. —Ella escondió su rostro en una mezcla de vergüenza y miedo.

—Déjalo en mis manos. —Le agarré las nalgas, separándolas bien, y acerqué mi verga a la entrada inexplorada.

Su cuerpo se tensó cuando sintió mi glande, forzando el paso. La acaricié y le aseguré que todo iría bien, que no tenía ninguna intención de hacerle daño.

—Tócate —le ordené en voz baja, animándola a masturbarse mientras la penetraba.

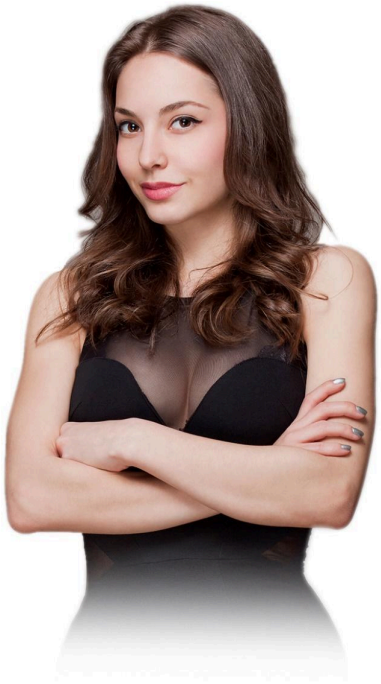
Rafaela accedió a mi petición, colocando la mano entre sus muslos y provocando reacciones visibles de placer en su cuerpo.

Gemí fuerte cuando la presión me envolvió por completo. Estaba tan apretado que, a pesar de haber acabado una vez, tuve que contenerme para no terminar demasiado rápido.

Me moví lentamente, dejando que se acostumbrara a mi presencia. Quería que fuera placentero, no que se lastimara. Rafaela siguió masturbándose y yo fui ganando un poco más de espacio.

Apreté sus nalgas con más fuerza y dejé escapar un grito de placer cuando llegué al orgasmo otra vez. Me incliné un poco más hacia adelante y sustituí su mano por la mía, moviendo el dedo sobre su clítoris hasta que ella también llegó al clímax.

Completamente agotados, caímos en la bañera, derramando un poco de agua. Si tenía alguna intención de llegar a la cama para tener sexo, necesitaba recuperar el aliento.



Rafaela Borges

Capítulo cincuenta

Me pareció extraño despertarme por la mañana con el sol entrando a través de las fibras de la cortina sin que Enzo estuviera llorando para que le diera de comer.

Me moví un poco y sentí a Andrea a mi lado, solo entonces recordé que habíamos dormido fuera.

—¡Buenos días! —Me rodeó la cintura cuando estaba a punto de levantarme, impidiéndomelo.

—Tenemos que irnos —murmuré.

—Ni siquiera nos hemos despertado todavía.

—Pero Enzo seguro que ya está despierto.

—Y tu amiga lo está cuidando.

—Pero... —me interrumpió.

—Si hubiera pasado algo preocupante, Isabela nos habría llamado.

—¿De verdad?

—¿Lo dudas?

—Solo estoy preocupada por él.

—No hay motivo, nuestro hijo está bien. Y nosotros también. —Andrea se tiró encima mío, presionando mi cuerpo con el suyo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Me estremecí cuando me mordisqueó la base del cuello.

—Sexo matutino. —Siguió besándome, haciendo que mi cuerpo se calentase aún más.

—¡Pervertido!

—¿Quieres que pare? —Apoyó ambas manos en la cama y se incorporó para mirarme.

—No. —Admití con una sonrisa y algo avergonzada.

En cuanto volviéramos a casa con la rutina de nuestro hijo, no sabía cuándo tendríamos otro momento como ese solo para nosotros dos.

—¡Lo sabía! —Me mordió el labio inferior con lascivia y mi cuerpo vibró con el deseo desenfrenado por más.

Era como si mi deseo sexual fuera un león hambriento encerrado durante siglos.

Clavé mis uñas en sus hombros, bajando hasta la mitad de su espalda y dejé una marca, lo cual no le importó, solo correspondió a mi beso con la misma necesidad. Sentía sus manos tocándome, explorándome y solo podía pensar en lo mucho que lo deseaba.

Envolví su cintura con mis piernas y me froté contra su erección. Andrea apretó mi cintura y solté un gemido alto cuando me penetró.

Me arqueé aún más, permitiéndole penetrarme con más fuerza, y comenzamos a movernos frenéticamente. Todavía me dolía

por el tiempo que había estado sin sexo, pero la excitación hablaba más alto.

Pronto estábamos jadeando, tumbados en la cama y entregados a un placer delicioso.

Suspiré, me sentía muy bien, pero mi corazón dio un vuelco cuando miré el anillo. Había aceptado casarme con Andrea y la posibilidad de mudarme a Italia estaba en el aire.

Trabajar con él en la bodega y tener a nuestro hijo cerca podría ser bueno para mí. Al mismo tiempo, un nudo en el estómago me pedía cautela. ¿Y si todo salía mal? ¿Y si Andrea cambiaba de opinión?

¡Deja de decir tonterías! Casi escuché a Isabela discutiendo conmigo.

Toda esa paranoia era solo mía y, desde que habíamos empezado a vivir juntos, Andrea demostraba a diario que quería eso, que nos deseaba como familia y que se esforzaba por hacer que funcionara. Tenía la oportunidad de aprovecharla y ser feliz.

Cuando salimos de la habitación ya eran las nueve de la mañana. Desayunamos en un delicioso restaurante local antes de volver a casa.

En cuanto abrí la puerta del salón, vi a Isabela tumbada en el sofá, medio dormida y medio despierta, casi como un zombi.

—¿Todo bien? —Me acerqué, preocupada.

—Todo está muy bien —dijo con una sonrisa mientras se frotaba los ojos y bostezaba.

—Parece que no has dormido nada. ¿Enzo te ha dado trabajo?

—En realidad, no, durmió como un angelito desde las once de la noche hasta las seis de la mañana. Yo fui la que me despertaba con miedo de que pasara algo

—Yo solía hacer mucho eso. —Me reí.

—Ahora lo entiendo. Espero que hayan tenido una buena noche.

—La hemos tenido. —Intercambié una mirada con Andrea y sonreí.

—¿Qué pasa? —Isabela se acercó y me tomó de la mano—. No me digas que ustedes...

—Nos vamos a casar. —Fue Andrea quien respondió.

—¡Vaya! Qué noticia tan maravillosa. Por fin. Estaba deseándolo.

—Sí —balbuceé torpemente.

—Ahora que han vuelto, me voy a mi casa a dormir y les dejo que cuiden del bebé que han tenido.

—Gracias, amiga. —Le di un beso en la mejilla.

—De nada. —Se despidió de nosotros y se marchó. Ni siquiera esperé a que tomara el ascensor antes de ir a la habitación de mi hijo.

Por muy maravillosa que hubiera sido la noche con su padre, estaba deseando estar con mi pequeño.

Me detuve junto a la cuna y él me miró, soltando los piececitos con los que jugaba para mirarme.

—¡Hola, Enzo! Buenos días, hijo mío.

Balbuceó algún sonido inaudible que me alegró el corazón.

—¿Te gustó pasar la noche con la niñera?

—*¡Ta!* —Todavía era demasiado pequeño para hablar, pero emitía sonidos e intentaba imitarnos.

Me incliné sobre la cuna y revisé el pañal. Estaba seco, probablemente Isabela acababa de cambiarlo. Como estaba muy

tranquilo, supuse que tampoco tendría hambre.

Me quedé cerca de él, observándolo, hasta que oí a Andrea entrar en la habitación, pero no me giré hasta que sus brazos me rodearon la cintura.

—¿Cómo está?

—Genial.

—¿Ves? Tu amiga lo ha cuidado bien.

—Sabía que lo haría, pero aun así estaba nerviosa.

—Era la primera vez que salíamos y lo dejábamos con otra persona, lo entiendo.

—Me alegro de que lo entiendas. —Incliné la cabeza hacia atrás y me recosté sobre su pecho. Estuvimos un buen rato en silencio hasta que Andrea decidió cambiar de tema.

—¿Nuestra boda será aquí o en Italia?

—Aquí —respondí sin pestañear—. Mis familiares del interior no irían a Italia ni siquiera a la boda del Papa. —Hice una mueca y él se rió—. Por no hablar de que algunos de ellos ni siquiera tienen pasaporte.

—Entiendo.

—¿Piensas invitar a otras personas además de tu hermana?

—A unos pocos conocidos. No tengo contacto con mis parientes desde la muerte de mis padres.

—Eso es triste.

—Luigi fue quien nos cuidó. Yo ya tenía dieciocho años y podía quedarme con la tutela de mi hermana, pero él era el adulto de la casa.

—Entonces creo que es importante que él esté aquí.

—Creo que vendría con Graciela.

—Eso está bien.

Asentí con la cabeza y le sonreí.

Nos quedamos en silencio, observando a nuestro hijo en la cuna, que había vuelto a jugar con sus piececitos.



Andrea Carraro

Capítulo cincuenta y uno

Un mes después...

La familia de Rafaela estaba allí reunida y me miraba de arriba abajo, sobre todo cuando subí al altar y me puse delante del cura.

Ella optó por una ceremonia católica común, algo que no me pareció un obstáculo, porque compartíamos la misma religión, aunque yo me había alejado después de la muerte de mis padres, porque no podía creer que hubiera alguien capaz de quitármelos.

Luigi se alegró mucho cuando le dije que me iba a casar. Para él, tener una familia era muy importante para mí.

El matrimonio de mis padres era feliz y aún lo tenía como referencia en mi memoria. Creía que con Rafaela podría encontrar algo parecido para que Enzo creciera en un buen hogar, al igual que otros hijos que pudiéramos tener.

Una familia...

Antes era impensable que cambiara la vida que tenía, llena de mujeres, por una sola. Sin embargo, no me arrepentía. Sentía que era la mejor decisión que podía tomar en ese momento y que me haría feliz.

Intercambié algunas sonrisas con mi hermana, que estaba sentada con su novia cerca de mi hijo, al cuidado de la madrina. Por muy agotador que fuera cuidar de un niño de pocos meses, a Isabela le encantaba. Me había acercado a la amiga de Rafaela durante nuestra convivencia y esperaba que encontrara a un gran amor.

Cuando comenzó a sonar la marcha nupcial, saqué las manos de los bolsillos y miré hacia la puerta principal, viendo entrar a Rafaela. Estaba preciosa con un vestido blanco que la hacía parecer una princesa. Noté que mi corazón se aceleraba y mi boca se secaba, e imaginé que podía ponerle un nombre a ese sentimiento: amor.

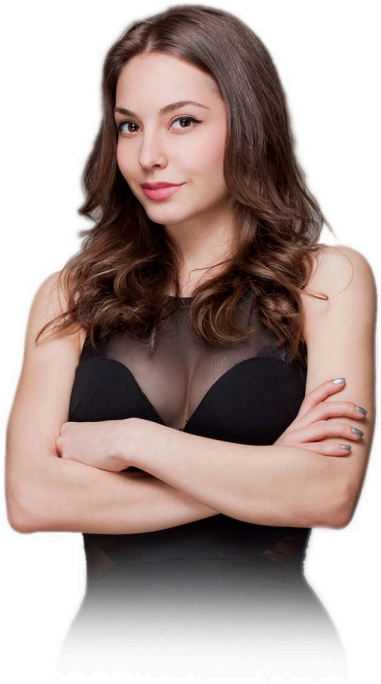
Graciela tenía razón, yo amaba a Rafaela y amaba al hijo que teníamos juntos. El embarazo inesperado que había puesto nuestras vidas patas arriba acabó siendo un regalo.

Saludé a su padre con un gesto de la cabeza y la recibí.

—Hola, amor —murmuré.

—Hola... —La sonrisa en sus labios se hizo aún más grande.

Nos giramos hacia el sacerdote, que comenzó la ceremonia, y pude sentir que mi «sí» a ella sería profundo y sincero.



Rafaela Borges

Capítulo cincuenta y dos

Después de la boda no nos fuimos de luna de miel, pensé que sería complicado con Enzo aún tan pequeño. Habría otras oportunidades para viajar. Pasamos una semana más en el apartamento mientras preparaba las cosas, había aceptado mudarme a Italia y se lo había comunicado a mi jefe, al que no le gustó mucho la noticia, pero no había nada que pudiera hacer.

Sabía que echaría de menos a mis padres y a mi mejor amiga, pero allí estaría la hermana de Andrea y Luigi, que estaba emocionado con la idea de ser *abuelo.* Yo trabajaría en Villa Bosch, con mi hijo cerca, y seguiría en el sector del vino, que siempre ha sido mi pasión.

Me gustaría decir que no estuve nerviosa durante todo el vuelo. Tenía la excusa de que Enzo se había despertado enfermo, pero no era solo eso. La expectativa del cambio hacía que mi corazón latiera aceleradamente.

Una nueva vida...

Aterrizamos en el aeropuerto de Roma y tomamos otro avión a Venecia, donde nos recogió un conductor. En su sillita, Enzo parecía tranquilo y dormía plácidamente, mientras yo observaba el paisaje por la ventana con una mirada diferente.

Andrea entendió el gesto y puso su mano sobre mi muslo.

—¿Va todo bien?

Asentí con la cabeza.

—Pareces tensa.

—Es solo por el cambio.

—Todo va a salir bien. —Subió la mano hasta agarrar la mía.

—Lo sé.

Sonrió y se inclinó para darme un beso en la mejilla. Estaba nerviosa, aunque no había motivos para ello. En el peor de los casos, aún tenía la posibilidad de volver a casa. No es que estuviera deseando que saliera mal, todo lo contrario. Solo era una sensación de nerviosismo que no podía controlar.

Finalmente vi la propiedad y me pareció tan increíble como la primera vez. La mansión era preciosa, con la fachada blanca y estatuas en la parte superior, al igual que las partes adyacentes. Enzo tendría suerte de crecer en un lugar así.

En cuanto el coche se detuvo en la entrada, la puerta se abrió y la hermana de Andrea vino corriendo hacia nosotros, seguida de cerca por un señor, Luigi.

—¡Ah, bienvenidos!

—Hola, Graciela.

—Me alegro de que hayan llegado, estaba muy ansiosa.

—Nosotros también. —Acabé sonriendo al sentirme más aliviada.

—¿Dónde está mi sobrino? —Pasó junto a mí, inclinándose hacia el coche para tomar al niño de la sillita—. Está aún más gordito de lo que recordaba.

—Solo hace una semana que lo viste, Graciela —comentó Andrea.

—Pero los bebés cambian rápido.

En eso tenía razón, desde el nacimiento de mi hijo ya había pasado por grandes transformaciones, muchas ropitas ya no le iban y cada vez estaba más grande.

—¡Vamos, pasen! —Graciela cruzó el vestíbulo con su sobrino en brazos y nosotros la seguimos.

—Hola, señora.

—Hola, Luigi. —Sonreí al hombre, que me devolvió la sonrisa.

—Pídele que lleve nuestras maletas a la habitación, por favor —le dijo Andrea.

—Sí. —El hombre asintió y se alejó de nosotros.

—¿Vamos a ver tu nueva habitación, Enzo? —le dijo Graciela a su sobrino, que se limitaba a mirarla fijamente y yo no sabía si realmente entendía lo que ella le estaba diciendo.

—¿Lo has dejado como te pedí? —preguntó Andrea un poco temeroso.

—Claro que tiene un toque especial de la tía. —Le guiñó un ojo a su hermano y subió las escaleras con el bebé, y nosotros la seguimos.

Graciela estaba muy emocionada con su sobrino y eso me alegraba. Era fundamental que Enzo fuera bien recibido.

Entramos en su habitación y el ambiente era muy similar al de la habitación que tenía en el apartamento de Brasil y confieso que eso me alivió mucho, porque me gustaba esa decoración, aunque sabía que con el tiempo podría darle mi toque personal.

—¿Puedes echarle un ojo? —le preguntó Andrea a su hermana.

—Por supuesto que puedo —respondió ella, haciendo una mueca a mi hijo, que sonrió.

—Ven conmigo. —Andrea me tomó de la mano y me llevó por el pasillo hasta una habitación.

La primera vez que estuve allí no recorrí la planta de las habitaciones ni exploré la casa, así que todo el ambiente era nuevo para mí.

Entramos en una habitación que tenía algunas pertenencias características de Andrea, lo que me hizo suponer que era suya.

—Andrea... —Mi voz tembló mientras él me miraba.

Por mucho que me gustara el contacto físico con él, creía que podíamos esperar un poco.

—No pasa nada. —Me acarició la cara y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Me portaré bien.

—¿De verdad? —Lo miré de reojo.

—Solo si tú quieres. —Su risita me hizo sonrojar.

—Esperemos un poco.

—Está bien. —Retrocedió—. Solo quiero que te acostumbres a la casa. Ahora es tuya.

—¿Empezando por tu habitación?

—*Nuestra* habitación. —Me rodeó la cintura y me atrajo hacia su pecho.

—Pensé que te comportarías.

—Quizás no pueda cumplir esa promesa. —Se inclinó, buscando mis labios, y ni siquiera pensé en resistirme.

Dejé que nuestras bocas se unieran. Su lengua se entrelazó con la mía y me puse de puntillas para que el beso fuera aún más intenso. Sin embargo, antes de que nuestro contacto fuera más allá, oí a Enzo empezar a llorar y aparté a su padre.

—Tengo que irme.

—Graciela está con él.

—Debe ser hambre, ya es hora de que tome el pecho.

—Está bien. —Andrea no insistió y salí de la habitación para amamantar a Enzo.



Andrea Carraro

Capítulo cincuenta y tres

Estaba contento porque, con el paso de los días, Rafaela ya se estaba adaptando a su nuevo hogar. Me encantaba ese lugar y creía que ella podría sentir lo mismo, al igual que mi hijo.

Después de haber pasado tantos días fuera, los compromisos me absorbieron nada más regresar. Graciela había hecho un buen trabajo en mi ausencia, pero había ciertos asuntos que dependían exclusivamente de mí.

Me senté en el borde de la cama y miré a Rafaela, que aún dormía. Pasé unos minutos observando su cuerpo desnudo bajo la manta. Tenía el pelo revuelto, pero parecía aún más hermosa después de la noche que habíamos pasado juntos.

Mientras la observaba, empezó a moverse.

—Buenos días —Parpadeó varias veces antes de mirarme.

—Buenos días, amor. —Me incliné para darle un beso rápido y Rafaela me sujetó la cabeza para intensificarlo.

Le quité la manta del cuerpo y mis manos se dirigieron a sus tetas, que estaban más grandes de lo normal debido a la lactancia.

Rafaela soltó un leve gemido contra mis labios y bajé con la mano, deslizándome entre sus pechos, su vientre, hasta llegar al centro de sus muslos.

—Andrea... —Dejó escapar mi nombre cuando toqué su clítoris y abrió más las piernas, permitiéndome todo el acceso para masturbarla—. ¿No tienes trabajo que hacer? —Ella soltó un gemido mientras se movía.

—Estoy desocupado por unos minutos. —Jugué con su clítoris y bajé, penetrándola con el dedo medio, dándole unos golpecitos que me hicieron extraer su humedad.

—Ah... —Ella echó la cabeza hacia atrás, poniendo los ojos en blanco.

—¿Quieres que pare? —Aumenté la velocidad con la que mis dedos jugaban con ella.

—No...

—Lo sabía. —Una sonrisa se dibujó en mis labios y me incliné para besarla.

Me puse encima de ella, colocando sus muslos a los lados de mi cuerpo y le lamí el cuello, besándola desde la garganta hasta la oreja para escucharla gemir y luego le agarré el culo, colocándola en una posición para poder penetrarla con facilidad.

—Ah, Andrea. —Ella gimió mi nombre, frotando sus tetas erectas contra mi pecho mientras yo la penetraba.

Nos acoplamos al encontrar nuestro propio ritmo.

Me agarré a la cama con ambas manos, empujando con más fuerza y sintiendo sus dos contracciones que demostraban su placer y aumentaban el mío.

Le mordí el labio inferior y ella jadeó aún más. Su placer era música para mis oídos.

Aumenté la velocidad, clavando las uñas en el colchón, y sus caderas se movían contra las mías, sin esperar mi siguiente embestida.

Sus manos rodearon mis hombros y la fricción de su piel contra la mía aumentó aún más mi excitación y no pude contenerme por mucho tiempo cuando su canal comenzó a apretar mi verga con más fuerza.

Apreté los labios y tensé el cuerpo mientras me invadía la deliciosa sensación del placer. Mientras eyaculaba dentro de ella, Rafaela siguió frotándose contra mí, buscando su propio placer.

Cuando recuperé un poco el control de mi propio cuerpo, me incliné hacia un lado y volví a masturbarla. Bailé con el dedo sobre su clítoris y pronto ella comenzó a retorcerse, gimiendo más fuerte mientras alcanzaba su propio orgasmo.

—¡Vaya! —Se pasó la mano por la cara sudada y se quitó los pelos que se le habían pegado a la cara.

—¿Ha estado bien?

—Genial. —Sonrió ampliamente—. Es maravilloso despertarse así por la mañana.

—Claro que sí. —Me incliné para darle un beso y me levanté.

Fui al baño a prepararme.

Mientras me cepillaba los dientes, Rafaela entró desnuda para asearse. La observé por el espejo y me costó concentrarme en lo que realmente tenía que hacer.

—¿Vas a la oficina hoy?

—Tengo cosas en producción que necesito revisar.

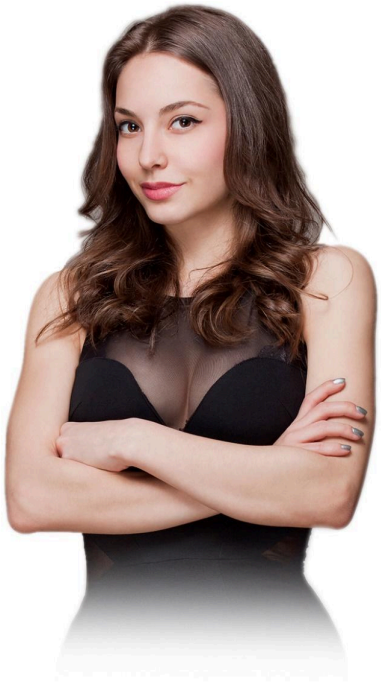
—¿Puedo ir contigo?

—Claro, pero ¿y Enzo?

—Le gusta dar paseos en cochecito.

—Genial. Lo llevaremos con nosotros.

Terminé de arreglarme y ella hizo lo mismo. Mientras yo desayunaba, ella fue a amamantar a nuestro hijo y luego esperé para irnos juntos.



Rafaela Borges

Capítulo cincuenta y cuatro

Empujaba el cochecito con nuestro hijo mientras caminábamos entre las barricas de vino. Esperaba que, al convivir con ello, cuando fuera mayor se interesara por la bebida tanto como su padre y yo.

—*Buongiorno*, señor. —Uno de los hombres saludó a Andrea mientras caminábamos.

—Buenos días. —Mi marido fue cordial—. ¿Cuándo comienza el envasado de la reserva de dos años? —preguntó, interesado, porque no vio las cajas por ningún lado.

—El proceso comienza hoy.

—¡Ya! ¿No estaba previsto que comenzara ayer?

—Desgraciadamente, se ha producido un retraso en la entrega de las botellas.

—¿Pero ya han llegado?

—Sí. Hace unos minutos.

—Mejor. Tengan mucho cuidado de que este retraso no afecte a nuestras entregas.

—Puede estar tranquilo, señor. ¿Quiere acompañarme para ver cómo va todo?

Andrea se giró hacia mí y yo asentí con la cabeza.

Enzo estaba durmiendo en el cochecito y supuse que estaba seguro, porque aún era muy pequeño para moverse. Me alejé un poco, dejándolo en el pasillo entre los barriles, solo para acercarme a donde estaba Andrea con los empleados.

—Esta reserva ya está prácticamente vendida. Quedan menos de cincuenta botellas —comentó Andrea mientras analizaba las barricas.

—Entonces se venderá rápidamente —deduje.

—Es lo que se espera. —Se giró hacia mí y me sonrió.

—Son buenos vinos.

—Los mejores.

—Debemos...

—¡Enzo! —Me interrumpió el grito de Andrea, cuando pasó corriendo a mi lado.

Solo tuve tiempo de girarme antes de ver a Andrea empujando el cochecito y un pesado barril cayendo donde antes estaba el cochecito de nuestro hijo. Mi marido consiguió apartar al bebé del camino, pero no pudo hacer lo mismo con él.

Me quedé completamente en shock cuando Andrea cayó al suelo.

—¡Señor! —gritó el empleado mientras yo permanecía paralizada.

Enzo empezó a llorar dentro del cochecito y el sonido me sacó de mi parálisis momentánea y me hizo correr hacia Andrea, que estaba inconsciente.

—¡Amor! —Me arrodillé frente a él, con el corazón acelerado, y vi que le salía sangre de la cabeza.

El empleado empujó el barril mientras yo tocaba la cara de mi marido, esperando que despertara.

—¡Andrea, háblame!

—Está inconsciente, señora.

—Llame a un médico, por favor.

Enzo seguía llorando y yo no sabía muy bien qué hacer, por mucho que sintiera la necesidad de ir con mi bebé, no podía dejar a Andrea, que parecía desvanecerse en mis brazos.

Aunque era un alivio que hubiera salvado a Enzo, eso no podía haberle causado graves consecuencias.

—¡Andrea! Amor, por favor, despierta —lloriqueé en pánico y el llanto de Enzo era aún más fuerte que el mío.

Pareció pasar una eternidad hasta que llegó una ambulancia y los paramédicos me apartaron de mi marido. Fui hasta el cochecito y tomé a mi hijo en brazos. Estaba manchado con la sangre de su padre, pero Enzo parecía estar bien, solo asustado.

—¡Rafaela! —Graciela apareció corriendo, asustada, aún sin comprender bien lo que había sucedido—. Mi hermano...

—Él... El barril... —Empecé a sollozar y a tartamudear, sin poder articular palabra.

—¿Cómo está mi hermano? —Corrió hacia los paramédicos.

—Solo podremos decirlo cuando llegue al hospital.

—Yo voy con él. —Graciela entró en la ambulancia sin decirme nada y yo seguí en estado de pánico con mi bebé en brazos.

Fue un accidente, todos lo sabíamos, no había nada que pudiéramos haber hecho para evitarlo, pero aun así, no podía dejar de darle vueltas a la cabeza pensando en qué podría haber hecho para que Andrea no se hubiera hecho daño.



Andrea Carraro

Capítulo cincuenta y cinco

Estaba completamente aturdido y me dolía la cabeza. Lo intenté varias veces, pero no conseguía abrir los ojos.

¿Estaba drogado? Quizás...

Por un momento no sabía nada, había olvidado quién era e incluso mi nombre. Pareció pasar una eternidad hasta que las piezas finalmente comenzaron a encajar en mi mente.

Los últimos recuerdos que tenía volvieron en flashes a mi mente y me alarmaron.

—¡Enzo! —Me moví en la cama gritando por mi hijo—. ¡Enzo!

—¿Andrea? —Oí la voz de Rafaela.

Forcé mis ojos para abrirlos una vez más y finalmente pude ver a mi esposa, desenfocada. Estaba parada cerca mío y me di cuenta de que yo estaba acostado.

—Andrea, mi amor...

—¿Dónde está nuestro hijo?

—Aquí. —Se alejó y volvió poco después con el bebé en brazos, que se estaba despertando y miraba a su alrededor con un mordedor en la boca.

—Está bien. —Respiré aliviado.

—Sí. Gracias a ti.

—¿Qué me ha pasado? —Intenté levantar la mano y llevarla a la cabeza, pero me di cuenta de que tenía un derrame.

—El barril te golpeó en la cabeza. Te hizo un edema y tuvieron que ponerte en coma inducido para esperar a que bajara la hinchazón.

—¿Cuánto tiempo he estado dormido?

—Casi dos semanas.

—¡Vaya! —murmuré—. Todavía me duele la cabeza.

—Todavía tardará un tiempo en recuperarse al cien por cien.

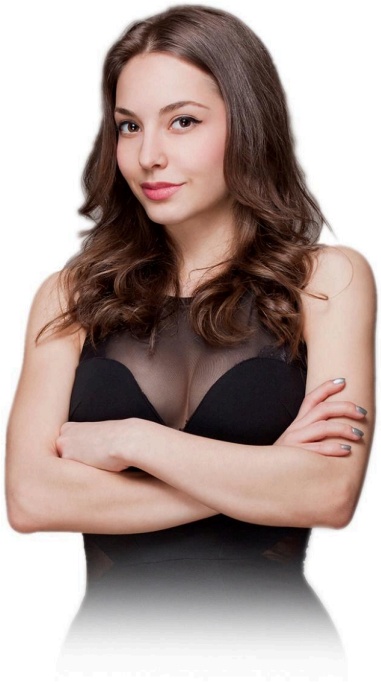
—Lo importante es que nuestro hijo está bien. —Extendí la mano para tocarle la pierna y Enzo se estiró hacia mí.

—Tú lo salvaste. —Le sonreí.

—Siempre lo salvaré.

—Te amamos.

—Yo también los amo. —Le devolví la sonrisa.



Rafaela Borges

Epílogo

Dos años después...

Era un tranquilo día de primavera con un sol brillante, pero no demasiado caluroso, y una brisa fresca soplaba entre las hojas de los árboles cercanos. Cada día que pasaba en Villa Borch, me enamoraba más del lugar.

Al final, por mucho que me costara admitirlo, mudarme a Italia había sido estupendo y me había proporcionado experiencias que quizá nunca hubiera vivido antes.

Después de todo lo que Andrea y yo habíamos pasado, empecé a darme cuenta de las cosas buenas que había en lo improbable e inesperado.

—¡Enzo, cuidado, hijo mío! —Andrea se levantó corriendo de nuestra toalla de picnic y fue a tomar a nuestro hijo, que estaba jugando con una flor, pero había una abeja revoloteando cerca.

—*Florcita...* —Nuestro pequeño refunfuñó cuando su padre lo apartó.

—Cuidado con la abeja —Andrea le indicó al niño para que se diera cuenta de la presencia del insecto.

—*Las abejas pican.*

—Sí, las abejas pican. Volvamos con tu madre.

Enzo asintió y los dos se acomodaron cerca mío.

Estaba embarazada de casi nueve meses, esperando una niña esta vez, y me costaba moverme con esa enorme barriga.

—¿Cómo están mis niñas? —Andrea se inclinó para darme un beso.

—Disfrutando del paisaje y del padre sobreprotector.

—Tengo que cuidar de ustedes. —Me miró con esa mirada que era capaz de seducirme fácilmente.

—Sí, tienes que hacerlo.

Andrea se inclinó más para profundizar el beso, pero, antes de que pudiera, Enzo lo apartó.

—¡Papá, papá! *Una mariposa.*

Andrea se alejó para seguir a nuestro hijo por el campo florido detrás de una mariposa amarilla.

No había duda alguna del regalo que Enzo había sido para nuestras vidas y de los cambios positivos que había traído a mi vida y a la de su padre.

Fin.

Acerca del autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es brasileña y forma parte del ranking Forbes Brasil Under 30, el ranking de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para público infantil y adulto, fantasía, aventuras, romance y, sobre todo, literatura caliente, un auténtico fenómeno editorial entre los lectores.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica comenzó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14 con el lanzamiento de su primer libro, "Vale das Sombras". Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Participó en la adaptación de una de sus novelas, "Eternamente Minha", en un largometraje transmitido por la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que integran el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Descubre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sitio web del autor Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X


Jéssica
Macedo
escritora

Lea también:



Link: https://amzn.eu/d/7pELJxM

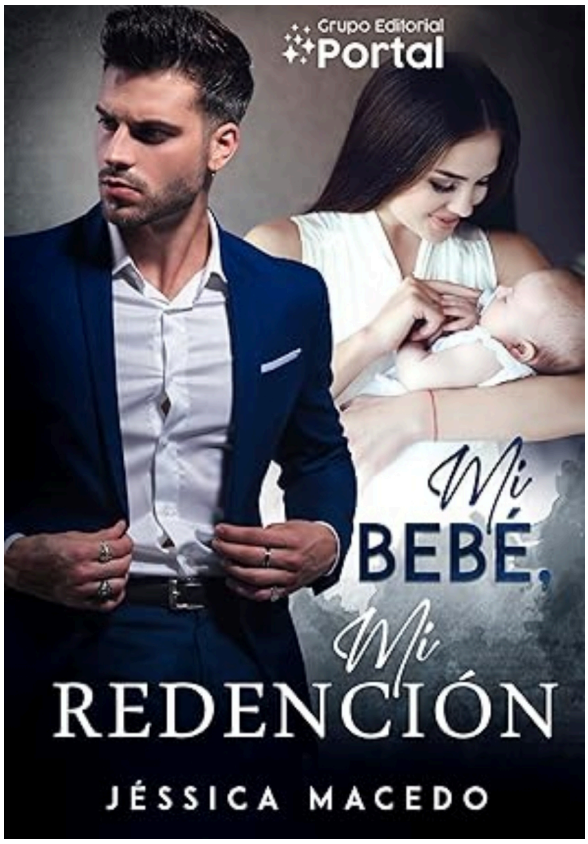
Sinopsis:

Rico desde que nací, crecí en una burbuja, alejado de la gente común y rodeado solo de personas como yo. Heredero, a punto de asumir un imperio, era tratado como tal. Sin embargo, había algo en mí que me impulsaba a querer conocer una versión del mundo en la que la gente no me viera como el futuro director ejecutivo de Fontana Emprendimientos.

En una loca aventura, tomé el coche del jardinero y me hice pasar por conductor de aplicación, conociendo a gente diferente y yendo a lugares de la ciudad que nunca había frecuentado. Fue entonces cuando la conocí.

Llorando, Thaís se subió al coche después de haber visto a su ex novio engañándola. Decidí llevarla a distraerse, pero nuestra noche acabó yendo mucho más allá de unas hamburguesas y unas risas.

Entonces mi padre enfermó y tuve que dejar de lado las distracciones para asumir mi responsabilidad con todo el legado que me estaba dejando. Pensé que nunca volvería a ver a Thaís, pero la reencontré un tiempo después y descubrí que estaba embarazada y que yo era el padre del bebé. Pero, para ella, yo no era más que un humilde chofer, así que vi la oportunidad de construir una relación que no se basara en mi dinero. Sin embargo, las mentiras no duran para siempre. En algún momento tendría que decirle quién era yo en realidad.



Link: https://amzn.eu/d/4U9Goq6

Sinopsis:

Malvado y multimillonario, ¡soy el rey de Texas! Como director ejecutivo y principal propietario de Global Oils, una enorme petrolera, siempre he tenido todo lo que he querido, con el dinero suficiente para eliminar cualquier obstáculo. La belleza y el encanto también son algunas de mis cualidades, lo que hacía que las mujeres se lanzaran a mis pies.

A punto de comenzar la extracción de un nuevo yacimiento petrolífero, que me haría aún más rico y poderoso, Olivia García se convirtió en un obstáculo en mi camino. La pobre ranchera se negaba a vender la propiedad a mi empresa, pero ella descubriría que el dinero no era mi único poder.

Dispuesto a todo para conseguir lo que quería, me hice pasar por un vaquero, la seduje y la convencí de que me diera lo que quería.

El destino siempre estuvo en mis manos, o eso creía yo, hasta que una reunión de negocios en un restaurante me hizo reencontrarme con ella con un bebé en brazos, que tenía mis mismos ojos azules, cambiando instantáneamente mi noción del amor...



Link: https://amzn.eu/d/0Qi7ipY

Sinopsis:

Este libro transcurre treinta años antes de los volúmenes 1, 2 y 3. Puede leerse como una novela independiente.

Harrison Clark abrió una concesionaria de coches de lujo en Miami. Se convirtió en millonario, figurando en la lista de los hombres más ricos de Estados Unidos. El CEO de Golden Motors tiene mucho más que automóviles de lujo a su disposición: posee mujeres y sexo cuando lo desea. Sin embargo, lo único que realmente amaba era a su hermano gemelo, arrancado de su vida en un terrible accidente.

Laura Vieira perdió a sus padres cuando aún era muy joven y se fue a vivir con su abuela, que también le fue arrebatada. Sola, se vio impulsada a seguir sus sueños y emprendió la aventura más insensata y peligrosa de su vida: emigrar a Estados Unidos. Pero entrar de manera ilegal resultó ser mucho más arriesgado de

lo que imaginaba y, para empezar de nuevo, tuvo que enfrentarse a momentos de auténtico terror en manos de coyotes.

Ya en Miami, acompañada por una amiga que conoció durante la travesía, Laura consigue trabajo como limpiadora en una mansión, y el destino la llevará a cruzarse con el seductor millonario. Sin embargo, Harrison descubrirá que ella no es tan fácil de conquistar como las demás mujeres con las que se ha relacionado. Antes de poder arrebatarle la virginidad, tendrá que entregarle su propio corazón.

Cuando la joven brasileña, indocumentada en Estados Unidos, comienza a vivir un verdadero cuento de hadas, todo puede desmoronarse en un abrir y cerrar de ojos, porque no todos desean ver cumplida su felicidad.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br